

USA TODAY BESTSELLING AUTHOR

LEEANNA
MORGAN

LA MAGIA

Del Sol



LA MAGIA DEL SOL

UNA DULCE HISTORIA DE AMOR DE PUEBLO PEQUEÑO

AMOR EN ANCHOR LANE

LIBRO DOS



LEEANNA MORGAN

Derechos de autor

Derechos de autor © 2024 por Leeanna Morgan

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña del libro.

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 1: La Magia del Arco Iris](#)

[Gracias](#)

[Disfruta de más libros de Leeanna Morgan](#)

ACERCA DE ESTE LIBRO

¡A los fanáticos de Pamela Kelley y Robyn Carr les encantará este romance de pueblo pequeño!

La carrera de Harper como enfermera de trauma en la ciudad de Nueva York la ha dejado exhausta y desilusionada. Durante los últimos cuatro meses, ha estado viviendo en Sapphire Bay con su amado abuelo, sanando su mente y su corazón de todas las cosas que ha visto.

Rodeada por el impresionante paisaje de su ciudad natal, entabla una amistad con Owen, el hermano de su mejor amiga y ex oficial de policía que lleva el peso de su propio pasado maldito.

A medida que navegan por los desafíos de sus vidas, Harper y Owen se sienten atraídos por su compasión y comprensión compartidas. En medio del telón de fondo de una comunidad muy unida, se embarcan en un viaje de recuperación que promete nuevos comienzos y el redescubrimiento de la esperanza.

LA MAGIA DEL SOL es el segundo libro de la serie *Amor en Anchor Lane* y se puede leer fácilmente como un libro independiente. Todas las series de Leeanna están vinculadas. Si encuentras un personaje que te guste, podría estar en otra novela.

Si quieres saber cuándo se publicará el próximo libro de Leeanna, visita leeannamorgan.com y suscríbete a su boletín. ¡Feliz lectura!

Disfruta Más Libros De By Leeanna Morgan:

Las cabañas en Anchor Lane:

- Libro 1: La cabaña de las flores (Paris y Richard)
- Libro 2: El Café de la Luz Estelar (Andrea y David)
- Libro 3: La tienda de colchas acogedoras (Shona y Joseph)
- Libro 4: Una puntada a tiempo (Jackie y Aidan)

Amor en Anchor Lane:

- Libro 1: La magia del verano (Daniella y Harrison)
- Libro 2: La magia del sol (Harper y Owen)
- Libro 3: La magia del arco iris (Emily y Steve)
- Libro 4: La magia de la Navidad (Chloe y Liam)

CAPÍTULO 1



Harper sonrió al salir de su habitación y entrar en la sala de estar de la casa de su abuelo. El sol de la mañana se filtraba a través de las cortinas, arrojando un cálido resplandor sobre la modesta habitación que era el corazón de la casa de Benjamin.

Había cambiado el ritmo implacable de ser enfermera de trauma en uno de los hospitales más concurridos de la ciudad de Nueva York por las tranquilas y familiares calles de su pueblo natal, todo para cuidar al hombre que una vez la había cuidado a ella. Esta pequeña pero acogedora casa se había convertido en su mundo, y estaba tan contenta de estar aquí.

Benjamin estaba sentado en su sillón favorito, con una fina manta sobre sus rodillas. Su rostro, marcado con la sabiduría de sus años, se iluminó con una sonrisa cuando se acercó. El derrame cerebral que había sufrido hace seis meses lo había afectado, dejando sus movimientos lentos y su habla ligeramente arrastrada. Pero sus ojos aún brillaban con la misma amabilidad gentil que siempre había estado allí.

“¿Tienes todo lo que necesitas, abuelo?”, preguntó, ajustando las almohadas detrás de él para mayor comodidad. Sus manos, hábiles y firmes por años de enfermería, se movieron con cuidado practicado.

“Todo menos mi enfermera favorita”, respondió Benjamin con un toque de su antiguo humor, su voz áspera como papel de lija grueso.

Harper rio, su corazón hinchándose de afecto. “Desafortunadamente, te quedas conmigo en su lugar”, bromeó, entregándole sus medicamentos matutinos y un vaso de agua.

Mientras Benjamin tomaba sus píldoras, la mente de Harper vagaba por las tareas por delante. Durante los últimos meses, su vida había cambiado por completo. La decisión de dejar Nueva York no había sido fácil, pero sabía que era la correcta. Sapphire Bay, con su precioso lago y su comunidad unida, ofrecía un tipo diferente de curación, tanto para su abuelo como para ella misma.

Después de asegurarse de que Benjamin tuviera su andador al alcance y de recordarle el botón de llamada de emergencia alrededor de su cuello, tomó su casco y su mochila. “Estaré en casa para almorzar. La Sra. Peterson de al lado estará aquí pronto”, dijo, inclinándose para besar la frente de su abuelo.

Benjamin asintió, una pequeña sonrisa agradecida en sus labios. “Ve, entonces. No hagas esperar al pueblo”.

Harper salió y el aire fresco del lago la recibió como una cálida bienvenida a un nuevo día. Montando en su bicicleta, pedaleó por las pintorescas calles de Sapphire Bay, hacia su trabajo como recepcionista en el centro médico.

El edificio de ladrillo rojo con su brillante puerta amarilla estaba a medio camino por Main

Street. Zac Hilary, el único médico de la ciudad, había estado más que feliz de tener a Harper en su equipo, incluso si su papel estaba lejos del caos lleno de adrenalina de la enfermería de trauma.

Harper aseguró su bicicleta y entró en la clínica. Por el pasillo, la puerta de Zac ya estaba abierta, al igual que la de Ethan, uno de los dos consejeros que trabajaban con Zac. En su camino hacia su escritorio, revisó la luz del contestador automático. Eran solo las ocho en punto, pero ya había mensajes esperando ser borrados.

La transición de enfermera de trauma a recepcionista no estuvo exenta de desafíos, pero fue un cambio que disfrutó. Sapphire Bay podría no tener los rascacielos y las sirenas interminables de la ciudad de Nueva York, pero ofrecía algo más: un sentido de comunidad y pertenencia que había extrañado.

Avanzando por el pasillo, golpeó la puerta de Zac. “Buenos días, jefe”.

Zac levantó la vista desde detrás de su escritorio y sonrió. “Buenos días. ¿Cómo está Benjamin hoy?”, preguntó, su voz teñida de genuina preocupación.

“Está mejor, gracias a la ayuda de todos”.

Ethan le saludó desde la puerta de su oficina. “Buenos días, Harper. Si tienes un momento después, me encantaría discutir el programa de alcance comunitario contigo”.

“Por supuesto. Iré a verte durante mi descanso”. Harper estaba feliz de ayudar a Ethan de cualquier manera que pudiera. Sus programas se centraban en mejorar la salud mental de la comunidad y era una parte importante de los servicios de la clínica. “¿Va a venir Bailey hoy?”

“Ella está trabajando desde el Centro de Bienvenida”, respondió Ethan. “Si alguien llama queriendo hablar con ella, pásamelo a mí”.

“Entendido”. Bailey trabajaba a tiempo parcial como terapeuta familiar. Con la cantidad de personas que vivían en el Centro de Bienvenida, pasaba dos mañanas a la semana trabajando con las familias, tratando de hacer su transición a la vida en el pueblo un poco más fácil.

La mañana en la clínica se desarrolló con su ritmo habitual. Harper gestionaba eficientemente la recepción, programando citas, contestando llamadas telefónicas y recibiendo a los pacientes con calidez y amabilidad.

Durante su descanso, se unió a Ethan en su oficina. Era un espacio maravilloso para que los pacientes lo visitaran. Estanterías llenas de libros sobre psicología y terapia familiar alineaban una pared, y una ventana con vista a un pequeño jardín estaba en otra. “¿Es un buen momento para hablar sobre el programa de alcance?”, preguntó.

Él levantó la vista de su escritorio y asintió. “Es perfecto. Estuve hablando con una de las enfermeras comunitarias la semana pasada. Mencionó cuántas personas están cuidando a padres ancianos o miembros de la familia que necesitan apoyo adicional. Nuestro programa de alcance está funcionando mejor de lo que esperaba, pero podemos hacer más. ¿Qué piensas de agregar un grupo de apoyo para cuidadores?”

Harper se sentó frente a Ethan. Desde que comenzó a cuidar a su abuelo, había aprendido mucho sobre ser el cuidador de alguien. La lección más grande que ambos habían aprendido era mantenerse fieles a su relación. Era demasiado fácil tratar a Benjamin como su paciente en lugar de su abuelo. Si hubiera encontrado a otras personas en una situación similar cuando se mudó a Sapphire Bay, habría sido mucho más fácil.

“Creo que un grupo de apoyo es una idea maravillosa. Es difícil conciliar los compromisos laborales con todas las citas y el cuidado que otra persona necesita. Incluso si solo vinieran un par de personas, valdría la pena”.

“¿Te gustaría ayudarme a establecerlo?”

Harper asintió. “Me encantaría”.

“Estupendo. El Pastor John está contento de que usemos una de las salas de reuniones en el Centro de Bienvenida. Tan pronto como tengamos algunas fechas para nuestras reuniones, las reservaré”. Ethan le entregó una carpeta. “Estas son algunas ideas que he tenido. Si puedes echarles un vistazo y agregar cualquier cosa que creas que marcará la diferencia, lo apreciaría”.

Harper tomó la carpeta. “Echaré un vistazo en los próximos días. Si quieres hacer otro momento para hablar sobre el grupo de apoyo, podríamos discutir las ideas entonces”.

“Suena bien”.

Harper miró su reloj. “Será mejor que vuelva al escritorio de recepción antes de que lleguen más pacientes”.

Después de salir de la oficina de Ethan, saludó a una mujer que había entrado en la clínica y respondió una llamada telefónica. A pesar de lo que la había llevado aquí, Harper sabía que estaba justo donde necesitaba estar.



OWEN ESTABA PARADO en medio de su estudio de vidrio, rodeado de los cuencos y jarrones que había hecho. Desde que dejó el departamento de policía en Detroit, su estudio se había convertido en un santuario de calor, luz y color. Aquí, podía dar forma a la belleza desde el vidrio fundido e intentar olvidar el trágico tiroteo en el centro comercial que lo había traído de vuelta a Sapphire Bay.

Steve, un amigo que había conocido en un grupo de apoyo para el trastorno de estrés postraumático, estudiaba un cuenco que estaba sobre un estante. “Este es increíble. ¿Cómo conseguiste las burbujas dentro del vidrio?”

“De la misma manera que inflas un globo, pero uso un tubo de metal para llenar el vidrio de aire”. Owen sacó otro cuenco del horno de templado. Había puesto seis cuencos allí dentro anoche para que se enfriaran lentamente. Si los hubiera dejado en el banco, habría terminado con un montón de vidrio agrietado y nada que mostrar por las horas que había tomado crearlos.

Mientras giraba el cuenco en sus manos, un profundo sentido de orgullo llenaba su pecho. Este lote era aún mejor que los que había hecho a principios de semana.

Steve tomó un jarrón azul cobalto. “¿Cuántas piezas vas a vender en el festival de verano?”

“Cerca de cuarenta, si puedo terminarlas a tiempo. También quiero probar algo diferente, pero aún estoy pensando cómo puedo hacerlo”.

La expresión de Steve se volvió pensativa mientras devolvía el jarrón al estante. “¿Ayuda estar de vuelta aquí y hacer esto?”

“Es diferente”, Owen admitió, sus ojos escaneando el estudio. “Necesitaba irme de Detroit y vivir cerca del lago Flathead es genial. Trabajar en mi estudio me da algo en qué concentrarme”.

Steve asintió, sus ojos mostrando una mirada de conocimiento. “¿Están tu mamá y papá contentos de tenerte de vuelta en Sapphire Bay?”

Owen sacó el último cuenco del horno de templado. Un nudo se le formó en la garganta al pensar en el apoyo que sus padres le habían brindado. “Después del tiroteo, estaban preocupados por mí. Es mejor para todos que esté aquí”.

El estudio quedó en silencio. La palabra 'tiroteo' quedó suspendida en el aire, trayendo recuerdos de sirenas y horror. Era un pasado que aún se aferraba a Owen, una sombra de la que trabajaba incansablemente para escapar. Hizo un gesto hacia su trabajo. “Pero esto es reconfortante, especialmente cuando algo resulta mejor de lo que pensaba. Lo único negativo es

que mis padres son un poco demasiado protectores. Especialmente cuando me olvido de decirles a dónde voy”.

Steve había buscado en Sapphire Bay, junto con la mayoría de los amigos de Owen, cuando sus padres no pudieron encontrarlo. En circunstancias normales, los padres de Owen no habrían entrado en pánico. Pero él estaba pasando por un mal momento, y estaban preocupados por su salud mental.

“No seas demasiado duro con ellos”, dijo Steve suavemente. “Se preocupan porque les importas. Ojalá mis padres sintieran lo mismo”.

El viaje de Steve a Sapphire Bay no fue tan directo como el de Owen. Había llegado con una vida que una guerra había destrozado, y una familia que no entendía lo que estaba pasando.

Owen miró por la ventana hacia la calle tranquila. En unas horas, el sol se pondría sobre el lago, llenando el cielo de Montana de un naranja quemado y rayas moradas, los mismos colores que intentaba replicar en su vidrio.

Después de pasar la mayor parte de su vida adulta como policía, ya no sabía quién era. Su uniforme lo había definido, le había dado propósito y un sentido de orgullo. Cuando renunció, perdió una parte de sí mismo, y no sabía si alguna vez volvería a encontrarla.

“Este lugar es hogar”, dijo en voz baja. “Es donde recuerdo quién era antes de unirme a la fuerza policial. Antes de que la vida se complicara”.

Steve miró alrededor del estudio. “Después de lo que has pasado, me sorprende que hayas creado todo esto”.

La mirada de Owen se detuvo en el horno y en el resto del equipo de segunda mano que había encontrado en subastas y en línea. “Si no hubiera descubierto el soplado de vidrio, no estaría aquí”. Tomando una respiración profunda, forzó una sonrisa. “Además, el festival de verano es una buena distracción. Es... normal”.

Steve asintió. “Mientras hablamos del festival, tenemos que decidir cómo será tu puesto. Tenía algunas ideas sobre cómo podemos proteger todo de los elementos y de los curiosos asistentes al festival”. Colocó su bloc de dibujo en el banco de trabajo. Examinaron los dibujos, comparando las ventajas de su último diseño sobre el puesto estándar que se le daría a Owen.

Cuando el pastor John le preguntó a Owen si quería vender sus vidrios en el festival, no estaba seguro de si era una buena idea. Ya vendía sus jarrones y cuencos en una tienda local, en el vivero de árboles de Navidad y en su sitio web. Hacer suficiente stock para abastecer a sus clientes habituales y a las personas que estarían en el festival sería casi imposible.

Pero John podía ser persuasivo. Con la oportunidad de promocionar sus productos de vidrio ante un público más amplio y recaudar dinero para los programas de la iglesia, se inscribió en un puesto. Significaba trabajar día y noche, pero había acumulado suficiente stock y tenía más que suficiente para vender.

Cuando habían decidido el diseño para el puesto, Steve se levantó, estirando la espalda. “Ahora que eso está organizado, nos vemos en el antiguo museo de barcos a vapor a las seis de la tarde de mañana. Construiremos estanterías de exhibición que serán la envidia del festival”.

Owen sonrió mientras acompañaba a Steve hasta la puerta. “Siempre y cuando los organizadores estén de acuerdo en que pueda modificar el puesto, lo tomaré en serio”.

Steve se rió. “El diseño podría ser tan exitoso que podría empezar un negocio fabricando estanterías de alta gama.”

Owen no descartaría nada de lo que Steve decía. Tenía una forma de convertir algo ordinario en una obra de arte. Era una lástima que no estuviera listo para mostrarle a nadie lo que hacía en su taller.

Con un último saludo, Steve se dirigió afuera, dejando a Owen solo con sus pensamientos. Se tomó un momento para apreciar la tranquilidad; la forma en que la luz menguante se reflejaba en el vidrio, convirtiendo cada pieza en un pequeño faro de esperanza.

Cuando estuvo listo, cerró el estudio con llave y salió al aire fresco de la tarde. Respirando profundamente, dejó ir la duda que ensombrecía su vida. El festival se acercaba y, por primera vez en mucho tiempo, se sentía listo para enfrentarse a las multitudes que estarían allí; para compartir su trabajo, para ser parte de algo más grande que él mismo.

Con la ayuda de Steve, construiría un puesto diseñado a medida y daría otro paso hacia la reconstrucción de su vida en el pueblo que le había dado tanto.

CAPÍTULO 2



Harper saludó a Gordon Jessop mientras pedaleaba por las calles de Sapphire Bay. Esa tarde, Mabel Terry y Emma Devlin iban a celebrar la primera reunión comunitaria para el próximo festival de verano.

Cada año, Harper volvía a casa para el fin de semana del festival para disfrutar de las artes y artesanías locales con sus abuelos. Había probado demasiada comida, mordisqueado dulces de todo tipo, y comprado preciosos recuerdos para llevar a casa.

El primer año sin su abuela fue desgarrador, y este año sería solo un poco mejor. Su abuelo había luchado primero con el dolor y luego con los efectos a largo plazo de su derrame cerebral.

Harper aún no podía creer lo valiente que era. Después de vivir con él durante cuatro meses, sabía que tenía momentos de desesperación total, pero siempre encontraba una sonrisa, una manera de reconectarse con un mundo que nunca sería el mismo para él.

Disminuyó la velocidad en una intersección y luego pedaleó con fuerza cuando no había tráfico en la carretera. En un par de meses más, tendría que dejar su bicicleta en el garaje de su abuelo cuando los días tardíos de verano se convirtieran en otoño. Los días fríos y lluviosos harían más difícil moverse por Sapphire Bay en bicicleta. Pero, por ahora, estaba feliz de disfrutar del aire fresco y la libertad que venía con estar afuera.

Dejando su bicicleta fuera de la Iglesia Connect, Harper entró. Incluso antes de entrar a la sala de reuniones, oyó las voces de la gente elevadas por la emoción. Había un zumbido en el aire, una anticipación de lo que el festival significaría para la comunidad.

Mabel y Emma, las organizadoras del festival, estaban al frente de la sala. Mabel y su esposo, Allan, habían sido los dueños de la tienda general desde que Harper tenía memoria. El talento de Mabel para reunir a las personas aseguraba que todos se sintieran incluidos en el festival y que cualquier desafío se superara. Junto a ella, Emma, la dueña de un negocio de diseño de redes sociales y sitios web, estaba configurando una computadora portátil con el logo de su empresa.

Harper había conocido a Emma en una de sus visitas anteriores a Sapphire Bay. Con sus brillantes ojos azules y su maravilloso sentido del humor, era fácil ver por qué había mantenido a muchos de sus clientes cuando se mudó a Sapphire Bay desde Nueva York. Harper no podía imaginar a una persona más perfecta para publicitar todas las cosas maravillosas que la gente podía disfrutar en el festival.

Desde el fondo de la sala, miró a su alrededor para ver quién estaba allí. Brooke y Megan de Sweet Treats estaban hablando con el Pastor John y su esposa, Shelley. Las hermanas Terry se reían de algo que decía Cassie, una joyera local.

Otras personas ya habían encontrado asientos en la sala llena. Paris, la dueña de la Cabaña de las Flores, saludó a Harper desde el otro lado de la sala. A su lado, Shona y Andrea estaban

hablando con Natalie, una artista que exponía en galerías de todo el mundo.

Harper devolvió el saludo a Paris y miró a la persona sentada en la fila de adelante. Owen, el hermano de su amiga Daniella, estaba sentado solo.

Lo había visto por primera vez cuando estaba en la escuela primaria. Él era cuatro años mayor y siempre desaparecía cuando ella tenía una cita de juegos con su hermana. Cuando estaba en la secundaria, se mudó a Polson con su mamá. No lo había vuelto a ver hasta que se apresuró a la casa de sus padres cuando su papá tuvo un ataque al corazón. Desde entonces, se habían visto algunas veces. Y, cada vez, él era tan amable como siempre, pero con una actitud distante que la confundía.

Con una sonrisa, Harper fue a pararse junto a él. “Hola, Owen. ¿Te importa si me siento a tu lado?”

Él levantó la vista, su expresión cambiando de un reconocimiento educado a alivio. “Siéntete libre. Es bueno verte aquí.”

Ella se acomodó en la silla, colocando su libreta y bolígrafo en su regazo. “Mi amiga Jackie tiene un puesto en el festival. Me pidió si quería agregar mis tejidos a las cosas que está vendiendo, y le dije que sí. No estoy segura de qué tan bien se venderá todo, pero es por una buena causa.”

“¿Es la primera vez que vienes a un festival de verano?”

Harper negó con la cabeza. “He vuelto la mayoría de los años. ¿Y tú? Daniella dijo que has alquilado un puesto.”

Owen asintió. “Estoy vendiendo mi vidrio soplado a mano. Creo que he hecho suficientes artículos, pero veremos.”

“El cuenco que me hiciste cuando cuidé a tu papá es increíble. Lo puse en la mesa del salón de mi abuelo y me encanta.”

Owen se relajó contra el respaldo de su silla. “Me alegra saberlo. ¿Cómo está tu abuelo?”

“Está bien. Cuando tiene un buen día, lo llevo al lago y vamos a pescar o disfrutamos de los senderos. No puede caminar muy lejos, así que llevamos su silla de ruedas. Sigue bromeando que deberíamos haber comprado un modelo de tracción en las cuatro ruedas para pasar sobre todos los baches.”

“¿Crees que volverá a caminar largas distancias?”

Harper negó con la cabeza. “La fisioterapia que está haciendo está ayudando, pero nunca será el mismo de antes del derrame. Daniella dijo que tu papá está bien después de su ataque al corazón.”

“Lo está. Lo único que no le gusta es no poder conducir.”

“¿Qué les pasa a los hombres con sus vehículos?” preguntó Harper, medio en broma. “Mi abuelo es igual. Casi muere y todo lo que piensa es en la camioneta que está en el garaje.”

Antes de que Owen pudiera responder, Mabel llamó al orden de la reunión. Harper sonrió mientras la voz de Mabel, en su típico estilo llamativo, se elevaba sobre el murmullo de la multitud. No había nada que Mabel disfrutara más que estar en el centro de todo lo que estaba sucediendo, y este era uno de los eventos comunitarios más grandes del año.

“¡Bienvenidos, todos!” dijo Mabel a la emocionada multitud. “Es maravilloso ver una asistencia tan grande para nuestra primera reunión del festival. Esta noche, hablaremos sobre el plan operativo para el festival y lo que ustedes y nuestros visitantes pueden esperar ver. Si tienen preguntas, tendremos mucho tiempo para hablar de ellas al final de la reunión.”

Con una brillante sonrisa, Emma tomó el relevo, haciendo clic en una presentación que mostraba el sitio web del festival. “Tendremos una presencia en línea fantástica este año,”

anunció. “Nuestras cuentas de redes sociales están zumbando, y tenemos algunas características fabulosas en el sitio web para destacar nuestro talento local.”

Harper escuchó, impresionada por la experiencia de Emma y la capacidad de Mabel para entusiasmar a la comunidad. La gente asentía y sonreía, incluso cuando Emma hablaba del plan de gestión del tráfico que habían presentado al condado.

A medida que la reunión avanzaba, Harper se dio cuenta de que la estaba disfrutando más de lo que pensaba. Si todo salía según lo planeado, sería su mayor festival hasta ahora.

Durante una breve pausa en la reunión, Owen le preguntó: “¿Qué piensas de todo hasta ahora?”

“El festival parece divertido. Y es aún mejor ahora que estaré al lado del puesto de Kathleen y Brooke. Me encanta el dulce de Sweet Treats.”

Una sonrisa transformó la seria expresión de Owen en algo mucho más. “Su chocolate y dulces de bayas mixtas es el mejor. Mi mamá me dice que acabaré con diabetes si sigo comiendo tanto.”

“Tiene fruta, así que debe ser saludable,” respondió Harper con una sonrisa. “Pero esa es mi opinión personal, no mi opinión médica.”

“Lo recordaré cuando vea a Zac en la clínica.”

Harper se inclinó más cerca de Owen. “Si llevas un poco del dulce de cereza de Sweet Treats, estará de acuerdo contigo. Es su favorito.”

La sonrisa de Owen se amplió. ¿Se daba cuenta de lo diferente que se veía cuando bajaba la guardia?

Emma llamó la atención de todos nuevamente hacia el frente de la sala, y Harper se acomodó para la última media hora de la reunión. Después de pasar tanto tiempo fuera de Sapphire Bay, sintió una oleada de gratitud por la conexión reavivada, por la comprensión compartida de lo que significaba ser parte de un pequeño pueblo.

A medida que la reunión llegaba a su fin, Owen preguntó sobre la modificación de su puesto. Ella estaba asombrada de lo naturalmente que hablaba de su trabajo, con su pasión por el soplado de vidrio evidente en cada palabra. Otros artistas que tenían artículos frágiles para vender escucharon atentamente sus ideas y tuvieron más preguntas propias.

Si el nivel de interés era un indicio, Owen y su amigo Steve podrían recibir algunas consultas sobre las opciones de estanterías que habían discutido.

Después de que la reunión terminó, Harper saludó a Paris y a sus otras amigas rápidamente y luego siguió a Owen fuera de la sala. Estar rodeada de tantas personas entusiastas hizo que sus preocupaciones se desvanecieran, reemplazadas por una sensación de anticipación para el festival.

“Buena suerte haciendo más artículos para el festival,” le dijo Harper a Owen cuando se despidieron. “Lo que sea que crees, se venderá rápido.”

“Eso espero. Si necesitas estanterías adicionales, llámame. Steve y yo hicimos un par de diseños diferentes antes de decidirnos por el que estamos usando. Podría prestártelos para el festival.”

Harper deslizó su libreta en su mochila y sonrió. “Eso es muy considerado de tu parte. Le diré a Jackie. Fue genial verte de nuevo.” Después de despedirse de Owen con un gesto, desbloqueó su bicicleta y pedaleó a casa con una sensación de anticipación.

Aunque no estaba muy segura de formar parte del festival, esperaba con ansias estar allí. Charlar con Owen había hecho la reunión aún más agradable. Era un buen chico con un alma gentil, y le gustaba el dulce de Sweet Treats. ¿Quién no disfrutaría pasar tiempo con alguien así?

En Sapphire Bay, siempre había nuevos comienzos esperando a la vuelta de la esquina, y Harper estaba agradecida de ser parte de esta vibrante y solidaria comunidad. Y el festival, con toda su promesa de nuevas experiencias y conexiones, era una parte importante de lo que hacía especial a esta comunidad.



HARPER APOYÓ su bicicleta contra la casa de su abuelo y subió rápidamente los escalones del porche. La casa la recibió con su calidez habitual, un abrazo reconfortante después de la emoción de la tarde. “Hola, abuelo,” dijo mientras colgaba su chaqueta en el perchero.

“¿Cómo fue la reunión?” preguntó Benjamin desde su sillón en la sala de estar.

Harper dejó su casco y se unió a él. “Fue maravillosa. El festival será mejor que nunca este año. Todo el pueblo está emocionado.”

Los ojos de Benjamin brillaron con una mezcla de orgullo y nostalgia. “Recuerdo cuando tu abuela y yo solíamos ir. Le encantaba ver todas las artesanías, y siempre volvíamos a casa con más de lo que podíamos cargar. Eran buenos tiempos.”

Harper tomó su mano, sintiendo la delgada piel de papel. “Sé que la extrañas, especialmente en época de festival. Pero me gusta pensar que aún está con nosotros, asegurándose de que no compremos demasiado algodón de azúcar.”

Benjamin se rio. “Tu abuela tenía debilidad por los dulces, pero tienes razón, nos mantenía en línea. Dime, ¿viste a alguno de tus amigos en la reunión?”

Ella asintió, sus pensamientos derivando hacia Owen. “Vi a Owen Judd. ¿Recuerdas al hermano de Daniella? Está vendiendo sus piezas de vidrio en el festival.”

“Owen siempre fue un chico brillante,” reflexionó Benjamin, una expresión pensativa cruzando sus desgastadas facciones. “Cuando vi a su papá la semana pasada, me dijo que estaba orgulloso de cómo se había establecido en Sapphire Bay.”

“Daniella dijo que ha montado un estudio de vidrio en el pueblo.”

Benjamin asintió. “Eso es lo que me dijo su papá también. Me alegra que haya encontrado su camino de vuelta a casa, igual que tú. Disfruto tenerte aquí, Harper.”

Ella apretó suavemente su mano. Era bueno saber que a su abuelo le gustaba tenerla allí, especialmente cuando ella estaba tan angustiada cuando le llamó. “Me alegra que podamos ayudarnos mutuamente. ¿Te conté que he terminado la mayoría de mis tejidos para el festival? Si algo no se vende, Jackie lo añadirá a las piezas que he tejido para Una Puntada a Tiempo.”

“Esa es una buena idea.” La mirada de Benjamin tenía un destello de admiración. “Tu abuela habría estado encantada de que estuvieras involucrada. Siempre encontraba algo para su cesta de tejidos en el festival.”

Harper suspiró al recordar a su abuela sosteniendo sus agujas de tejer. “Recuerdo caminar por los puestos, buscando los proveedores de lana favoritos de Nana. Es parte de la razón por la que decidí aprender a tejer y vender mis piezas este año. Me hace sentir más cerca de ella.”

Benjamin extendió la mano, tomando la suya. “Cada artículo que haces tiene su toque.”

Harper besó la mejilla de su abuelo. “Ella me enseñó todo lo que sé. ¿Recuerdas lo que solía decirme sobre tejer?”

Su abuelo sonrió. “¿Cómo podría olvidarlo? Ella solía decir, ‘punto por punto, fila por fila, tejer es la forma en que dejo que mi corazón se muestre’.”

Harper sonrió. “Estoy segura de que lo decía para hacerme esforzar más.”

“Tu abuela tenía una manera de hacer que todos se esforzaran un poco más por ser mejores

personas. Antes de conocerla, yo era un vagabundo, nunca echaba raíces ni me importaba nada. Tu abuela cambió todo eso. Me dio algo que mantener cerca, una razón para quedarme y construir una vida.”

Harper subió sus pies al sofá y escuchó a su abuelo contarle sobre su vida en Sapphire Bay con su joven esposa. La mayoría de las historias ya las había oído antes, pero no importaba. Estaba pasando tiempo con el hombre que la había cuidado cuando sus padres se divorciaron; cuando todo en su vida no tenía sentido y no tenía a dónde ir.

A medida que la habitación se oscurecía con el sol poniente, Harper se levantó de su asiento. “Vamos a prepararte para la cama, abuelo. Necesitas descansar.”

Con una rutina ahora familiar y tierna, ayudó a Benjamin a ponerse de pie. Se movieron lentamente hacia el dormitorio, su dependencia del caminador un recordatorio de los efectos duraderos del derrame. Harper mantenía un ojo atento sobre él, con su corazón dolido de amor por el hombre que había sido su roca durante tantos años.

En el dormitorio, le ayudó a cambiarse a su pijama, sus movimientos suaves y prácticos. “Ahí estamos,” dijo suavemente mientras lo arropaba en la cama, esponjando sus almohadas para asegurarse de que estaba cómodo.

“Gracias,” dijo Benjamin, su voz suavizándose mientras el cansancio se infiltraba en sus huesos. “Eres una buena chica, Harper. No sé qué haría sin ti.”

Harper apartó un mechón de cabello de su frente. “No tienes que preocuparte por eso. Siempre estaré aquí para ti.” Colocó una pequeña campana en la mesita de noche junto a él, asegurándose de que estuviera al alcance. “Si necesitas algo durante la noche, solo toca esta campana y estaré aquí.”

Benjamin asintió, sus párpados pesados con el tirón del sueño. “Lo haré, querida.”

Apagando la luz principal, Harper conectó una luz nocturna para mantener a raya las sombras. Se quedó en el umbral de la puerta, observando cómo su abuelo se dormía, con el pecho subiendo y bajando con respiraciones profundas y uniformes.

En silencio, volvió a la sala de estar. La casa estaba en silencio, excepto por el crujido ocasional de la madera que se asentaba y el susurro del viento en los árboles.

Miró el cuenco de vidrio sobre la mesa y sonrió. Le había gustado ver a Owen esa noche. Había sido sorprendentemente fácil hablar con él, volver a conectar después de muchos años de estar lejos de casa.

Daniella no había dicho por qué su hermano había regresado a Sapphire Bay, y Harper no se lo había preguntado. Pero después de verlo esta noche, sintió que entendía sin necesidad de preguntar.

Había una profundidad en Owen que hablaba de experiencias demasiado complejas para una conversación casual. Pero su presencia en la reunión insinuó que estaba dispuesto a volver a comprometerse con la vida que había dejado atrás. Su entusiasmo por el festival mostraba a un hombre que, a pesar de lo que lo había hecho retroceder, estaba encontrando su equilibrio de nuevo. Si había algo que ella respetaba, era el coraje que se necesitaba para reconstruir tu vida.

CAPÍTULO 3



Owen medía y marcaba las láminas de acrílico en el taller del viejo museo del barco de vapor. La mayor parte del equipo de construcción se había ido por el día, pero Steve estaba allí con él, construyendo las estanterías que usaría en el festival de verano.

Hace unos años, el Pastor John había convertido el viejo museo del barco de vapor en un gran taller para construir casas diminutas. La mayor parte del edificio aún se usaba para ese proyecto, pero otras áreas eran utilizadas por artesanos locales que necesitaban espacio para crear sus productos.

Además de trabajar en las casas diminutas, Steve había alquilado una habitación para las esculturas que hacía en su tiempo libre. Era una situación beneficiosa para todos, especialmente cuando necesitaba hacer algo un poco diferente, como construir estanterías para el festival. En lugar de enviar polvo al aire en su estudio, podía usar el área de construcción donde se construían las casas diminutas. Mientras se limpiara después, todos estarían contentos.

Steve colocó el último tornillo en un marco y miró a Owen. “¿Qué te parece?”

Owen encendió una tira de luces LED y la colocó dentro de la unidad de estanterías. “Ha quedado mejor de lo que imaginé. Los paneles de acrílico transparente mostrarán el vidrio mucho mejor que las estanterías de madera.” Con una base amplia y una abrazadera decorativa que se fijaba al borde del puesto, la unidad de exhibición era robusta y no se volcaría.

Steve sostuvo otro panel frente a la unidad. “Podemos añadir la cubierta frontal una vez que estés satisfecho con el diseño. Eso mantendrá los dedos curiosos lejos de todo.”

Owen apagó las luces LED. “Has hecho un trabajo increíble.”

“Hemos hecho un trabajo increíble,” corrigió Steve. “Esto habría tomado mucho más tiempo si lo hubiera hecho solo.”

Owen se giró cuando las puertas principales se abrieron de golpe.

Harper entró en la habitación y escaneó rápidamente la zona de construcción. Cuando lo vio, sonrió y caminó hacia él.

Las cejas de Steve se alzaron. “¿Hay algo que no me hayas contado?”

“Ella es Harper,” le dijo Owen antes de que sacara conclusiones equivocadas. “Es amiga de mi hermana.”

“Eso no hace ninguna diferencia,” susurró Steve mientras Harper se acercaba a ellos.

“Hola, Owen. ¿Has visto a Richard? Mabel pensó que estaría aquí, así que me dio información sobre el festival para él. Se suponía que debía entregarla de camino a casa.”

“Estuvo aquí antes, pero tuvo que recoger a su hijo del entrenamiento de baloncesto. No estoy seguro de si volverá.”

Steve se limpió las manos en sus jeans y se acercó a Harper. “Si es urgente, puedo pasar por

la casa de Richard más tarde. Está de camino a mi casa.”

Owen vio la duda de Harper. “Harper, este es mi amigo, Steve Patterson. Puede que parezca un poco tosco, pero confiaría en él con mi vida.”

Steve miró sus jeans desgastados y los agujeros en el suéter que usaba cuando soldaba. “No tiene sentido arreglarse para trabajar,” murmuró.

Harper sonrió. “Agradecería que entregaras el sobre, Steve. Y no te preocupes por tu ropa. Te ves genial.”

Owen no estaba seguro de cómo se sentía respecto a la mirada con superioridad que Steve le lanzó.

“Es bueno saber que alguien no juzga un libro por su portada.” La sonrisa que Steve le envió a Harper estaba llena de encanto anticuado. “He conocido a la mayoría de las personas en Sapphire Bay, pero no te he visto por el pueblo.”

“Me mudé aquí hace unos cuatro meses. Estoy quedándome con mi abuelo mientras decido qué haré a continuación.” Miró la unidad de estanterías. “Has hecho un gran trabajo.”

“Está quedando bien,” dijo Owen antes de que Steve respondiera. “Una vez que adjuntemos las luces a cada estante, el efecto será diez veces mejor que las estanterías de madera.”

“¿Vas a vender algo en el festival?” Steve le preguntó a Harper.

“Estoy compartiendo un puesto con Jackie de Una Puntada a Tiempo. He estado tejiendo como loca, tratando de terminar suficientes artículos. Estoy un poco nerviosa, pero emocionada de ver qué pasa.”

La sonrisa de Steve se ensanchó. “Estoy seguro de que tu puesto será uno de los destacados del festival.”

Owen aclaró la garganta. Se sentía como si estuviera en un programa de citas, viendo cómo se desarrollaba una relación frente a él. “Deberíamos volver al trabajo.” La sonrisa divertida de Steve solo hizo que Owen estuviera más decidido a alejar a Harper de él. Recogió una de las tiras de luces LED y la colocó dentro de la unidad de estanterías.

La sonrisa de Harper se desvaneció. “Lo siento si interrumpí.” Le entregó el sobre a Steve, quien lo guardó en su cinturón de herramientas. “Gracias de nuevo, Steve. Dile a Richard que Mabel se pondrá al día con él mañana.”

“Lo haré,” dijo Steve con un amistoso asentimiento. “Buena suerte con todo lo que estás haciendo para el festival.”

“Gracias.” Harper asintió a Owen antes de girarse hacia las puertas principales.

Owen se sintió como un idiota por decirle que necesitaba irse. La mirada directa que Steve le lanzó no ayudó mucho tampoco. “¿Qué?” articuló en silencio.

Con un rodar de ojos, Steve llamó a Harper. “¿Has visto el estudio de Owen?”

El corazón de Owen se hundió. Lo último que necesitaba era que Steve coqueteara con Harper en su estudio.

Harper se giró. “He pasado por allí un par de veces, pero nunca he entrado.”

“Deberías visitarlo antes del festival. Owen podría mostrarte.”

Steve miró a Owen, esperando que dijera algo.

“Claro,” dijo Owen con cautela. “Pero si el soplado de vidrio no es lo tuyo, lo entenderé.”

Harper le envió una mirada inquisitiva. “Me encantaría ver cómo haces tus cuencos, pero solo si quieres mostrarme.”

Respirando profundamente, Owen asintió. “Estoy allí hasta las seis y media la mayoría de las noches. Podrías pasar de camino a casa del trabajo algún día.”

Harper sonrió. “Me gustaría eso. Mañana estoy ocupada, pero ¿pasado mañana estaría bien?”

Solo trabajo a tiempo parcial con Zac, así que podría visitar tu estudio alrededor de la una y cuarto.”

Owen asintió y esperó que no pudiera ver el pulso latiendo en su garganta. “Nos vemos entonces.” Aparte de su familia y Steve, no le había mostrado el estudio a nadie. Era su santuario, un lugar donde podía crear algo hermoso a partir del desastre en que se había convertido su vida.

Después de que Harper dejó la habitación, Steve sonrió. “Eso no fue tan difícil, ¿verdad?”

Los ojos de Owen se agrandaron. “Estabas coqueteando con Harper.”

“Se llama hablar. Necesitarás practicar si vas a volver a verla. De lo contrario, pensará que no te atrae.”

Owen no se molestó en decirle a Steve que Harper le atraía porque era cierto. “La conocía de cuando llevaba coletas y aparatos en los dientes. No quiero complicar las cosas ni hacerla sentir incómoda.”

Steve cogió un taladro, listo para volver al trabajo. “Ya no lleva coletas. A veces, las mejores cosas de la vida vienen cuando sales de tu zona de confort.”

Mientras Owen sacaba otra lámina de acrílico de una caja, una parte de él se sentía esperanzada. Tal vez mostrarle a Harper el estudio sería un buen primer paso. Una oportunidad para compartir su amor por el soplado de vidrio y tal vez explorar la conexión que sentía con ella.

Si no estaba interesada en conocerlo mejor, ella se lo diría. Y, si eso sucedía, al menos sabría cómo había hecho el cuenco de vidrio que le había regalado.



HARPER LLEVÓ una caja al salón de Jackie y se sentó en el suelo. Estaba ordenando todo el tejido donado para el festival con su amiga, tratando de poner un poco de orden en los artículos hechos a mano que estaban llegando a la tienda.

Le encantaba pasar tiempo en la casa de Jackie. La cabaña de estilo antiguo era el tipo de casa con la que siempre había soñado. Con paredes adornadas con fotos y una variedad de novelas y guías de tejido llenando las estanterías, era todo lo contrario del estrecho apartamento que había compartido con sus amigas en Nueva York.

“¿Qué piensas de este?” Jackie sacó de la caja a su lado un gorro grueso de punto trenzado, con un hilo de un profundo color granate, rico y acogedor.

Harper se inclinó hacia adelante, sus dedos trazando el intrincado patrón. “Es hermoso. El patrón se ve genial con el color que eligió la tejedora. ¿Quién lo hizo?”

Jackie lo colocó en la mesa de centro con los otros gorros tejidos a mano para el festival. “Lo hizo una mujer del grupo de tejido del miércoles en la tienda. Alguien en la comunidad donó diez enormes bolsas de hilo y han estado tejiendo sin parar para tener todo listo para el festival.”

Harper miró en su caja y encontró otro gorro. Este era de un rosa brillante con una gran flor blanca de ganchillo en el lateral. Había bufandas con delicados patrones de encaje, vibrantes mantas para bebés y un par de calcetines con patrones peculiares que parecían lo suficientemente acogedores para soportar los inviernos más fríos.

“¿Ellos hicieron todo lo que hay en estas cajas?”

Jackie asintió y recogió una bufanda suave verde azulado. “Me gustaría poder tejer más, pero la tienda ocupa la mayor parte de mi tiempo. Extraño perderme en un patrón y olvidarme de todo lo demás que tengo en mente.”

Harper sonrió. “Tejer por las noches ha sido una especie de refugio para mí, especialmente cuando estoy con mi abuelo. Es tranquilo y pacífico. Además, se siente bien crear algo con tus propias manos, ¿no?”

Jackie asintió, sus ojos tomando una mirada nostálgica. “Sí, lo es. ¿Cómo está tu abuelo?”

“Está bien. Algunos días son mejores que otros.” Harper dobló cuidadosamente la bufanda. “El derrame cerebral cambió muchas cosas para él. Pero es fuerte. Dijo que tenerme allí le ayuda a recordar tiempos más felices.”

“¿Y tu mamá? ¿Volverá a Sapphire Bay para cuidarlo?”

“Mamá no puede dejar su trabajo,” le dijo Harper. “Quiere que el abuelo se mude a Polson, pero él se niega a dejar su casa.”

Jackie cruzó la habitación y recogió otra caja de tejido. “Es bueno que te tenga a ti.”

“Soy la afortunada,” murmuró Harper. “Es genial pasar tiempo con el abuelo. No puede caminar tanto como antes, pero todavía tiene el mismo sentido del humor. Sigue diciéndome que va a comprar un Ferrari para conducir por la ciudad.”

Jackie sonrió. “Puedo imaginarlo haciendo algo así.”

Harper sacó de su caja un par de guantes tejidos a mano cubiertos con un delicado patrón de copos de nieve. “Alguien se enamorará de estos en el festival. Serán perfectos para los paseos matutinos cuando hace un poco de frío.”

Jackie señaló otra caja. “He dejado todos los guantes en la caja junto a la chimenea. Hablando del festival, París dijo que te sentaste junto a Owen en la primera reunión comunitaria. ¿Estará vendiendo su vidrio en el festival?”

Harper dejó los guantes con los demás. “Sí, lo hará. Tuve que dejar algo en el antiguo museo de barcos de vapor anoche. Estaba haciendo estantes de acrílico para su puesto con un amigo suyo.”

Los ojos de Jackie se abrieron de par en par. “Eso suena interesante. Iba a llevar algunos de los estantes de madera de la tienda, pero son demasiado pesados y grandes. Los estantes de acrílico serían mucho mejores.”

“Voy a ver a Owen mañana por la noche. Podría preguntarle si tiene algunos que podría prestarte.”

“Eso sería maravilloso,” dijo Jackie. “Me sorprende que hayas tenido una conversación con Owen. No habla con muchas personas.”

Harper levantó un par de botines y una chaqueta de bebé de la caja. “Estuvo bien conmigo, pero eso puede ser porque nos conocemos. Se ofreció a mostrarme su estudio. Bueno, su amigo, Steve, estaba allí y lo hizo ofrecerse a mostrarme el estudio.”

Jackie levantó las cejas con picardía. “¿Owen estaba contento de darte un tour?”

“Parecía estarlo.”

Jackie recogió otro par de botines. “Conociendo lo tímido que es Owen, eso suena un poco más que solo amistoso.”

Harper se sonrojó, mirando su regazo. “No sé sobre eso. Owen siempre ha sido... bueno, él es Owen. Pero estoy emocionada de ver su trabajo.”

Un momento de silencio llenó la habitación mientras los pensamientos de Harper volvían a su infancia, a los días cuando un adolescente Owen parecía un personaje de un cuento. “Recuerdo haber tenido un enamoramiento con él cuando tenía doce años. Él tenía dieciséis y era guapísimo. Cada vez que lo veía, murmuraba algo sobre tener otras cosas que hacer y desaparecía. Es gracioso pensar en eso ahora.”

Jackie sonrió. “Son buenos recuerdos. ¿Has decidido quedarte en Sapphire Bay o volverás a

la enfermería?”

La expresión de Harper se volvió sombría. “He estado pensando mucho en eso. Trabajar como enfermera en Nueva York durante el COVID fue... fue duro. Aún me despierto a veces sudando frío, reviviendo esos turnos. Aunque no es tan malo ahora, no estoy segura de estar lista para volver al hospital. Además, el abuelo todavía necesita ayuda.”

“¿Has pensado en hablar con alguien? ¿Tal vez un consejero o unirse a un grupo de apoyo?” sugirió Jackie suavemente.

“El hospital proporcionó consejería, pero se sentía como si estuviera poniendo una tapa a lo que había pasado y apartándolo a un lado. Ethan mencionó el grupo de apoyo para TEPT del Pastor John,” admitió Harper, con la mirada distante. “He estado pensando en ir a la próxima reunión. Podría ayudar hablar con personas que no estuvieron involucradas en lo que pasó en el hospital.”

Jackie tomó la mano de Harper y le dio un apretón reconfortante. “Podría ser bueno para ti. A veces, compartir lo que hemos pasado hace que sea más fácil de soportar.”

Harper asintió. Desahogar su corazón, aunque sea un poco, podría ayudarla a aceptar lo que había visto. “Tal vez lo haga. Por ahora, me estoy enfocando en el festival y en visitar el estudio de Owen.”

La habitación cayó en un silencio cómodo, lleno solo de sus suaves suspiros mientras ordenaban los artículos tejidos. Harper tomó una manta de bebé, su hilo una suave mezcla de colores pastel. “Esto es encantador. Es tan suave y los colores son perfectos para una guardería.”

Jackie sonrió, sus ojos llenos de orgullo. “Gracias. Hice esa pensando en las nuevas mamás del pueblo. Hay algo especial en crear una manta para un bebé recién nacido.”

Harper lo colocó cuidadosamente en una pila separada para el festival. “Hay algo especial en todo esto”, dijo, señalando su colección. “Cada pieza tiene su propia historia que contar”.

Jackie estuvo de acuerdo, sosteniendo un gorro y una bufanda a juego. “Los hice durante una tormenta de nieve el invierno pasado. Me recuerdan a caminar alrededor del lago en las mañanas frescas, cuando tu aliento forma pequeñas nubes y tus pies se arrugan en la nieve”.

Harper sonrió con tristeza. “Me encantaban los días así. Estaba tan ocupada en Nueva York que dejé de disfrutar de los momentos que me hacen feliz”.

“Bueno, si te quedas en Sapphire Bay durante el invierno, tendrás muchos momentos nuevos para recordar”.

Harper sabía que su amiga quería que se quedara. Por ahora, Sapphire Bay era perfecto. Pero todo dependía de su abuelo y de cuánto tiempo la necesitaría.

CAPÍTULO 4



Owen miró el reloj en la pared por décima vez en pocos minutos. Harper debería llegar pronto para recorrer su estudio. Mientras bajaba la temperatura del horno, se preguntaba por qué diablos había ofrecido darle un recorrido. Para cualquiera que no estuviera interesado en el soplado de vidrio, lo mejor que se podía decir del estudio era que era funcional.

No había lámparas elegantes ni murales coloridos. Aparte de las paredes originales de ladrillo rojo, el estudio era una habitación espaciosa y práctica diseñada para hacer el proceso de soplado de vidrio lo más eficiente posible.

Tomando una respiración profunda, guardó algunas de sus herramientas. ¿Apreciaría Harper lo que implicaba hacer el tipo de cuenco que le había dado por cuidar a su padre? ¿Se daría cuenta de que el soplado de vidrio era mucho más que un trabajo? Le había dado algo en lo que concentrarse, algo para llenar las largas noches cuando no podía dormir. Cuando su mente reproducía los últimos y angustiosos momentos de la vida de su amigo.

La puerta principal se abrió y Harper entró. Su sonrisa no ayudaba a su corazón acelerado ni lo hacía más seguro de que había tomado la decisión correcta al invitarla. Al menos sus ojos estaban llenos de curiosidad y asombro. Eso tenía que ser un buen comienzo.

“Hola, Owen. No puedo creer que no haya estado aquí antes. Tu estudio está a un corto paseo de Una Puntada a Tiempo.”

Owen se aclaró la garganta, tratando de estabilizar su voz. “Esa es una de las razones por las que elegí esta ubicación. Si decido vender mis productos desde aquí, está cerca de las otras tiendas en Main Street.”

La mirada de Harper recorrió la habitación, tomando en cuenta el horno, el horno de recocado y los estantes llenos de cuencos y jarrones de vidrio. “Esto es increíble. No sabía que el soplado de vidrio implicaba tantas piezas de equipo,” dijo, su voz llena de interés genuino.

Owen la llevó al horno, explicándole que era el comienzo del proceso de soplado de vidrio. Sus manos estaban firmes mientras le mostraba las herramientas que usaba para derretir el vidrio, pero por dentro, estaba muy consciente de la presencia de Harper. Especialmente cuando su atención se centraba en él y en su trabajo.

“Pensé en mostrarte cómo hacer algo, pero no estaba seguro de cuánto tiempo tenías.”

Harper pasó su mano por el gran banco de trabajo de acero en el centro de la habitación. “El vecino de mi abuelo está con él en este momento. Tengo que estar de regreso para las dos en punto, así que probablemente sea mejor que no me lo muestres ahora.”

Owen asintió. “Quizás en otra ocasión, entonces. Debe ser difícil compaginar tu trabajo y cuidar a tu abuelo.”

“No es tan malo,” le dijo Harper con un encogimiento de hombros. “Ha sido un poco más

difícil desde que aumenté mis horas en la clínica, pero nos las arreglamos. Los vecinos y amigos de mi abuelo son maravillosos. Lo llevan a algunas actividades durante la semana y se pasan a verlo cuando yo no estoy. ¿Dónde aprendiste sobre el soplado de vidrio?”

En algún momento, Harper inevitablemente le haría esa pregunta. Aunque había practicado lo que diría, las palabras no salieron más fáciles. “Un amigo me invitó a un retiro. Una tarde, visitamos a un soplador de vidrio que daba clases para principiantes. Disfruté su demostración y me inscribí en su próximo conjunto de talleres. Hice esos y luego pasé a las clases avanzadas.”

“Recuerdo que disfrutabas del arte en la escuela, pero nunca pensé que tendrías algo como esto. Debes disfrutar más del soplado de vidrio que de ser policía.”

Owen comenzó a decir lo mismo que les decía a todos cuando le preguntaban por qué había dejado la fuerza policial, pero no se sentía correcto. “¿Te ha contado Daniella por qué me mudé aquí?”

Harper frunció el ceño. “Lo único que me dijo es que habías dejado el Departamento de Policía de Detroit.”

Él recogió un par de grandes pinzas y las colocó con sus otras herramientas. “Hace dieciocho meses, alguien disparó a diez personas en un centro comercial en Detroit. Mi mejor amigo murió en mis brazos. Nos llamaron al centro comercial para hablar con alguien que había sido sorprendido robando en una tienda. El adolescente tenía un arma y...” Tomó una respiración profunda, tratando de calmar su corazón acelerado.

Harper colocó su mano en su brazo. “¿Estás bien?”

Él asintió y reenfocó sus pensamientos. “Después de eso, no podía dormir. No me interesaba comer, y estaba aterrorizado de volver al trabajo. Hice algo de terapia y cambié a un trabajo de escritorio por unos meses. Nada ayudó hasta que comencé el curso de soplado de vidrio.”

Los ojos de Harper se llenaron con una mirada triste y lejana. “Es bueno que encontraras algo que te ayudara. Yo estaba luchando con todo después de la última ola de COVID-19 en Nueva York. Todos en el hospital trabajaban largas horas y había tantos momentos desgarradores. Intenté encontrar otros pasatiempos para despejar mi mente de lo que estaba pasando, pero no había suficientes horas en el día. Todo lo que hice fue hacer mi vida aún más estresante.”

Owen observó su rostro de cerca. “¿Es por eso por lo que regresaste a Montana?”

Ella asintió y le envió una sonrisa irónica. “Me quedé con mamá en Polson por unos meses y visitaba a mi abuelo durante la semana. Mi mamá es genial, pero quería ser más independiente. Cuando la movilidad de mi abuelo se convirtió en un problema, me mudé aquí. Se suponía que solo debía visitarlo por unas semanas, pero nos llevamos tan bien que me pidió que me quedara. Ahora que estoy trabajando en la clínica médica, finalmente siento que estoy recuperando el equilibrio.”

Él miró las ojeras debajo de sus ojos. “¿Cómo va el dormir?”

“No tan bien. He intentado todo, pero nada detiene las pesadillas.”

Owen se dirigió al horno de recocido. “Cuando no puedo dormir, corro hasta agotarme. Parece ayudar con mis pesadillas también.”

“Me gusta andar en bicicleta, pero no salgo de noche. Necesito estar en casa para mi abuelo en caso de que necesite ayuda extra.” Harper señaló el horno. “¿Qué hace esto?”

Él le mostró el horno de recocido y la mesa de acero donde se daba forma al vidrio. Se encontró hablando más de lo usual, explicando cada detalle, tal vez demasiado consciente de la mirada de Harper sobre él.

“Los colores en las piezas terminadas comienzan aquí,” dijo, guiándola a las varillas y polvos de vidrio coloreado. “Elegir la combinación correcta realmente puede dar vida a una pieza.”

Harper estaba intrigada por los pequeños fragmentos de vidrio que añadían textura y color a cada pieza que creaba. Fue un alivio ver su interés genuino mientras le explicaba cómo los usaba.

Sus ojos se posaron en la colección de bolas de vidrio con motas de rosa, rojo, negro y blanco en su interior. “Estas son hermosas. ¿Qué te inspiró a hacerlas?”

Sus nervios se calmaron mientras compartía la historia de los pisapapeles. “Cuando era más joven, papá nos llevaba a Daniella y a mí de aventuras alrededor del lago. Teníamos competencias para ver quién podía recoger los guijarros más coloridos. Incluso encontramos piedras preciosas. Quería incorporar todo el color y la belleza del lago en algo que a mis clientes les gustara. Los hice como pisapapeles, pero podrían usarse para muchas cosas.”

“Son hermosos. ¿Puedo sostener uno?”

Él asintió y observó a Harper sostener suavemente un pisapapeles en sus manos. “Espero que a los turistas que visitan Sapphire Bay les encanten. Serían regalos increíbles. Ben, el dueño de la tienda de regalos en la granja de árboles de Navidad, también quiere venderlos.”

“¿Los venderás en el festival?”

Owen estudió el rostro de Harper mientras ella miraba los otros pisapapeles. “Ese era el plan, pero Ben los vio ayer y quiere que guarde al menos dos docenas para su tienda. No me quedarán muchos para el festival.”

Harper volvió a colocar el pisapapeles. “Son preciosos. No puedo creer que solo hayas trabajado con vidrio por un corto tiempo.”

“Fue una curva de aprendizaje empinada.” Mientras hablaban, Owen se dio cuenta de que estaba disfrutando compartiendo su estudio con Harper. Cuando ella revisó su reloj, sintió un toque de decepción. “¿Debes irte?”

Harper asintió. “El vecino de mi abuelo se irá pronto. Realmente lo he disfrutado. Gracias por mostrarme el lugar.”

“De nada. Si quieres aprender a hacer un jarrón de vidrio o un cuenco, podría mostrarte en otra ocasión.”

“Eso sería maravilloso.” Harper se puso su chaqueta y caminó hacia la puerta principal con él. “Buena suerte con todo para el festival de verano.”

“A ti también,” respondió él. “Gracias por enviarme un mensaje sobre los estantes. Jackie los recogerá esta noche.”

“Me alegra.” Con un rápido gesto de despedida, Harper se despidió y salió de su estudio.

Mientras Owen hacía una lista de los materiales que tenía que comprar mañana, pensó en las preguntas que ella había hecho y en la sonrisa que nunca estaba lejos de su rostro.

Nadie que la conociera se daría cuenta de que había pasado por tanto, o que su vida era más complicada que la de la mayoría. Pero debido a lo que había pasado, entendían las luchas del otro. Harper era diferente de la mayoría de las personas que había conocido, y eso la hacía aún más especial.



HARPER SE APRESURÓ A ENTRAR en El Bosque de las Hadas para recoger las mantas tejidas de su amiga Daniella para el festival de verano. El gran centro de eventos con temática de hadas era increíblemente popular y valía la pena ser visitado. Pero con solo quince minutos para regresar a la clínica médica, no tenía tiempo para disfrutar del jardín interior, la fuente de chocolate o el arco iris de luces que decoraban las paredes.

Una mujer de cabello oscuro vestida como un hada salió por una puerta con forma de antiguo

roble. “Hola, Harper. Llegaste en buen momento. Acabo de despedir a unos invitados de una fiesta de cumpleaños. ¿Cómo estás?”

“Hola, Daniella. Estoy bien, pero ha sido una mañana ocupada. Zac y Ethan tuvieron citas consecutivas y el teléfono no paró de sonar. Tuve suerte de poder salir a tiempo.”

Daniella llevó a Harper a su oficina. “Deberías haberme dejado llevarte las mantas. Te habría ahorrado tiempo.”

“No es problema. Me gusta venir aquí.” Ella no era la única persona corriendo por Sapphire Bay. Con el festival de verano a solo unos días, todos se estaban preparando para la avalancha de personas que estaba por descender en su pequeño pueblo de Montana.

Cuando vio la caja de mantas que Daniella había hecho, sonrió. “Son perfectas.”

“Tejí doce para el festival. Si no vendes todas, avísame. Las llevaré al Centro de Bienvenida para los invitados del Pastor John.”

Harper miró la etiqueta de precio en una de las mantas. “No creo que tengamos problemas para venderlas. ¿Estás segura de que no quieres cobrar un poco más por ellas?”

Daniella negó con la cabeza. “Estoy contenta con el precio que puse. La lana fue donada, así que lo único que necesito cubrir es mi tiempo.”

“Si tú estás contenta, yo también.” Harper cerró las solapas de la caja y la levantó. “¿Cómo está Owen?”

Daniella recogió una caja más pequeña y siguió a Harper hasta el vestíbulo. “Trabajando largas horas para tener todo listo para el sábado. Dijo que disfrutaste el recorrido por su estudio.”

“Me encantó cada minuto.” Y así fue. Escuchar cómo Owen hacía sus productos de vidrio solo la hizo más determinada a ver el proceso en acción. “Volveré una vez que termine el festival y veré a Owen hacer algo.”

Daniella abrió la puerta principal. “Él es mucho más artístico que el resto de nuestra familia.”

Harper sonrió. “¿Has mirado El Bosque de las Hadas últimamente? Es increíble. Si alguien te dice que lo que has creado no es arte, no les hagas caso. Todos los que entran en tu edificio quedan impresionados por lo que ha logrado tu imaginación.”

“Mi imaginación y un gran préstamo del banco,” dijo Daniella con una mueca. “Hay algo atractivo en trabajar para otra persona. Al menos no tienes que cubrir tus gastos generales, pagos de hipoteca y nómina cada semana.”

“Eso es cierto. ¿Está todo bien con El Bosque de las Hadas?” Era la primera vez que Daniella mencionaba su negocio en términos menos que elogiosos.

Una leve sonrisa tocó los labios de Daniella. “Son solo las preocupaciones habituales del negocio. Mantenerse al día con los gastos, asegurarse de tener suficientes reservas. Es mucho, pero lo amo. El Bosque de las Hadas es mi sueño hecho realidad, incluso con los desafíos.”

Harper solo podía imaginar lo que se necesitaba para hacer que un centro de eventos fuera exitoso. “Has construido algo único. Cuando la gente visita El Bosque de las Hadas, es como entrar en otro mundo.”

Cuando llegaron a la camioneta de Harper, Daniella deslizó la caja de mantas tejidas en el asiento trasero. “Eso es lo que quería. Me alegra que hayas visto el estudio de Owen. Hemos estado tratando de convencerlo de abrirlo al público, pero él no cree que a nadie le interese verlo trabajar.”

Su renuencia no sorprendió a Harper. “No lleva mucho tiempo soplando vidrio. Podría sentirse más seguro en unos meses.” Añadió su caja al asiento trasero. “Es diferente a como lo recuerdo cuando estábamos en la escuela.”

Daniella sonrió mientras cerraba la puerta de la camioneta. “La gente cambia. Me alegra que

se estén conociendo. Es una gran persona.”

Harper sacó sus llaves de su bolsillo. “Ha sido de gran ayuda con el festival. Jackie está usando algunas de las estanterías que él hizo en su puesto.”

“Eso es genial,” dijo Daniella, retrocediendo. “No puedo esperar para ver cómo resulta todo.”

Harper sonrió y subió al asiento del conductor. “Si no te veo antes, nos vemos en el festival. Si puedo ayudarte con algo en El Bosque de las Hadas, avísame.”

“Lo haré.”

Con un rápido gesto de despedida, Harper arrancó la camioneta y salió del espacio de estacionamiento. Mientras conducía de regreso a la tienda de Jackie, su mente era una mezcla de anticipación por el festival y curiosidad por lo que vendría con Owen.

El festival de verano, con su promesa de celebración comunitaria y descubrimientos personales, se perfilaba como un evento que todos recordarían.

CAPÍTULO 5



Después de meses de planificación, Harper finalmente estaba detrás del puesto de Una Puntada a Tiempo en el festival de verano. Estaba lleno de productos hechos a mano y otros artículos especiales que un entusiasta del tejido apreciaría.

La mañana fue un torbellino de interacciones alegres con lugareños y turistas por igual, atraídos por los hermosos diseños de los artículos que Harper y muchas otras personas habían creado.

Mirando alrededor del parque, era fácil ver por qué el festival atraía a tanta gente a Sapphire Bay. Con carpas decoradas con colores brillantes, una gran área de actividades para niños y músicos tocando desde un escenario temporal, era un vibrante tapiz de color, sonido y espíritu comunitario.

Mientras Harper envolvía un delicado chal para un cliente, se reían de una historia divertida que Jackie les estaba contando. Estar allí le daba a Harper una profunda sensación de conexión con su ciudad natal. El festival era más que una celebración de artes y oficios; reflejaba el corazón y el alma de la comunidad.

Cuando Vanessa, una de las empleadas a tiempo parcial de Jackie, llegó para comenzar su turno, Harper le mostró lo que había estado haciendo. Con otros voluntarios programados para ayudar durante el día, Harper pudo mirar los otros puestos y disfrutar de ser parte de la multitud.

Después de despedirse de Jackie, compró algunos dulces en Sweet Treats y se dirigió a encontrar el puesto de Owen. Después de algunos giros equivocados, finalmente lo encontró. No era sorprendente que hubiera una multitud de personas admirando sus creaciones de vidrio.

Buscó al amigo de Owen, pero no lo vio. Ya era bastante difícil ayudar a todos con dos personas, pero estar solo era agotador.

Puede que no tuviera un conocimiento profesional profundo del soplado de vidrio, pero conocía lo básico. “Hola, Owen. ¿Necesitas una mano?” preguntó.

El rostro de Owen se iluminó con alivio y una cálida sonrisa. “Eso sería genial. Steve se ha ido a almorzar y no volverá por un rato. Solo pregunta si necesitas ayuda con alguna pregunta técnica. Los precios incluyen todos los impuestos.”

Harper asintió y sonrió a la señora al otro lado de la mesa. El tiempo voló mientras trabajaba junto a Owen. Ayudaba que cada artículo fuera hermoso. Incluso las personas que solo se detenían a mirar el vidrio se sentían tentadas a comprar algo.

“Es asombroso cómo cada pieza cuenta una historia,” comentó Harper a un cliente mientras envolvía el pisapapeles que el hombre había comprado. “La persona que reciba este regalo lo amará.”

Con otro cliente feliz saliendo del puesto, Harper ayudó a Owen a envolver dos cuencos de

vidrio para una señora que visitaba desde Orlando. Después de deslizar los cuencos en dos cajas, ayudó a otra cliente a elegir un pisapapeles para su nieta de diecisiete años.

Trabajar con Owen fue más divertido de lo que pensaba. Era amable y paciente con las personas que querían hablar sobre el soplado de vidrio. Ninguna pregunta era demasiado básica y nadie se iba sin una sonrisa.

Unos minutos después de que Steve regresara, Harper levantó la vista y vio a su abuelo con Allan y Mabel Terry. Disculpándose del puesto, se apresuró a saludarlos.

“¡Abuelo! Es tan bueno verte aquí.” Abrazó suavemente a Benjamin en su silla de ruedas. “Pensé que no querías venir al festival.”

“Allan y Mabel insistieron en que viniera,” dijo Benjamin, sus ojos brillando de orgullo. “Te ves como en casa aquí.”

Harper se arrodilló junto a su abuelo. “Owen estaba ocupado y su amigo Steve estaba almorzando, así que me ofrecí a ayudar. No sé mucho sobre el soplado de vidrio, pero a nadie parece importarle. ¿Adivina qué?”

Benjamin sonrió. “¿Tu receta de scones de jengibre ganó el Concurso de Mejor Panadero?”

“Este año no. El pastel de chocolate de Rebecca Juliard se llevó el primer premio. Es sobre mi tejido. Todo lo que hice se vendió en las primeras horas del festival.”

“Eso es maravilloso. Sabía que sería popular. Creo que esta es la mayor multitud que he visto en el festival.”

Harper estuvo de acuerdo. “Había gente esperando mientras todos montaban sus puestos. No sé si eso es normal, pero hizo la mañana muy ocupada.” Un gran grupo de personas caminó hacia el puesto de Owen. Con una persona delante sosteniendo un paraguas en el aire, debían ser un grupo turístico. “Será mejor que vea si Owen necesita una mano, abuelo. ¿A dónde vas ahora?”

“Les prometí a Allan y Mabel un café y un trozo de pastel, así que nos dirigimos a la zona de comida.”

Harper se alegró de que los Terry hubieran convencido a su abuelo de venir al festival. Además del aire fresco y el sol, pasar tiempo con sus amigos lo haría sentir mucho mejor. “No sé cuánto tiempo estaré en el puesto de Owen. Si necesitas algo, mándame un mensaje.”

Allan le entregó a su abuelo el mapa del festival. “Benjamin está en buenas manos con nosotros. Te avisaré cuando nos vayamos a casa.”

“Eso sería maravilloso. Que se diviertan.” Después de un rápido beso en la mejilla de su abuelo, Harper regresó al puesto de Owen. Incluso si todo lo que hacía era envolver el vidrio que la gente compraba, valdría la pena escuchar lo que todos pensaban de los productos de vidrio brillantes.

Si Owen tenía alguna reserva sobre abrir un estudio en la ciudad, esto debía hacerlo sentir más seguro. Especialmente cuando la mayoría de los artículos que había hecho ya estaban vendidos.



A CUANDO EL festival de verano llegó a su fin, Owen guardó la última estantería y la llevó al camión de Steve. El día había sido largo y exitoso, pero había sido agotador hablar con tanta gente. Sin la ayuda de Steve y Harper, no sabía si habría podido superar el día.

Harper se le acercó, con una expresión mezcla de disposición y cansancio. “Hola, Owen. ¿Necesitas ayuda?” ofreció, mirando el puesto casi vacío.

Owen sonrió. “Ya casi termino, pero gracias. ¿Cómo te fue en el puesto de Jackie?”

“Acabamos de terminar de empacar. Aparte de un par de artículos, todo lo que trajimos al festival se vendió. Tú también debes estar contento.”

“Estoy sorprendido de lo rápido que se vendió todo.” Cerró la compuerta del camión y se volvió hacia Harper. “Los pedidos que tomé me mantendrán ocupado durante los próximos meses.”

Su sonrisa se ensanchó. “Eso es maravilloso. ¿Está bien si devuelvo las estanterías que pedimos prestadas mañana? Vine en bicicleta, así que Jackie las está guardando en Una Puntada a Tiempo.”

“Está bien. No hay prisa. Estaba pensando en ir a The Ice Cream Shack a comprar algo frío. Steve tuvo que irse temprano, pero ¿te gustaría acompañarme? Es lo menos que puedo hacer para agradecerte por tu ayuda.”

Para su alivio, Harper asintió. “El helado suena perfecto. Ha sido un día caluroso y ajetreado.”

Dejando el camión en el estacionamiento, caminaron a través del campo de hierba hacia la segunda tienda favorita de Owen en Sapphire Bay. Pinturas coloridas de conos de helado, copas y paletas llenaban el revestimiento de madera amarilla brillante de The Ice Cream Shack. Una cerca blanca rodeaba el área de asientos al aire libre, y un puñado de mesas de picnic, cada una bajo una sombrilla brillante, estaban dispersas alrededor.

Al entrar, Owen respiró profundamente. El dulce aroma de los conos de waffle llenaba el aire, prometiendo demasiados sabores deliciosos de helado.

Harper le sonrió. “Parece que no soy la única persona adicta a este lugar.”

Se rió al ver el brillo en sus ojos. Por un momento, el sonido lo sorprendió. No había reído con una mujer en tanto tiempo que se sentía extraño. “Cuando he tenido un día largo en el estudio, vengo aquí y pido un cono de waffle con tres bolas, cubierto de salsa de chocolate y nueces picadas.”

“Suenan absolutamente delicioso y muy desordenado.” Harper se apartó del camino mientras una familia recogía sus conos de helado. Cuando se fueron, miró el cartel vintage sobre el mostrador y suspiró. “El especial de hoy es helado de vainilla y caramelo de maní. Es mi favorito de todos los tiempos.”

Owen estudió la expresión de Harper mientras debatía entre ese sabor y el de fresa con remolino. A pesar de todo lo que había pasado en la ciudad de Nueva York, ella seguía siendo tan dulce y sencilla como la recordaba de su infancia.

“Está bien,” dijo finalmente. “He tomado mi decisión. Tomaré una bola de helado de caramelo de maní.”

“¿Con salsa de chocolate?” preguntó Owen.

Harper sonrió. “¿Por qué no? Hoy debo haber quemado todas las calorías extra.”

Después de hacer su pedido, Owen aclaró su garganta. “Te habría invitado a ti y a Steve a cenar, pero estar en un restaurante concurrido habría sido demasiado, especialmente después de hoy.”

Harper se volvió hacia él, con una mirada de comprensión en sus ojos. “¿Es por tu TEPT?” preguntó suavemente.

Owen asintió. “He aprendido a manejarlo la mayor parte del tiempo. Estoy bien mientras no haya ruidos fuertes y repentinos.”

“Daniella dijo que la ayudas en El Bosque de las Hadas cuando tiene grandes fiestas. ¿Cómo te va allí?”

“Por alguna extraña razón, estoy bien. Creo que es porque es más controlado y sé qué

actividades están ocurriendo mientras estoy allí.”

“Eso tiene sentido,” dijo Harper, mientras tomaba sus conos de helado de la persona detrás del mostrador.

Encontraron una mesa tranquila lejos del bullicio de los otros clientes. Owen lamió su helado, la frescura dulce era un alivio bienvenido. “También he estado yendo a un grupo de apoyo para TEPT en la casa del Pastor John. Ha sido útil hablar con otros que entienden cómo es.”

Harper asintió. “Es bueno tener ese tipo de apoyo. Daniella me contó sobre el grupo del Pastor John.”

Su conversación derivó hacia temas más ligeros, discutiendo sus partes favoritas del festival y el espíritu comunitario de Sapphire Bay. Owen sentía una sensación de tranquilidad con Harper, una conexión que iba más allá de sus intereses compartidos en las artes y la artesanía.

Justo cuando estaban terminando sus helados, el teléfono de Harper vibró con un mensaje de texto. Frunció el ceño al leerlo. “Es de Mabel. Dice que el abuelo no se siente bien y el centro médico está cerrado.” Harper tomó su mochila. “Lo siento, pero tengo que irme.”

Owen se levantó. “¿Necesitas que te lleve?”

Harper asintió, visiblemente preocupada. “Eso sería genial. El abuelo está en su casa.”

Desecharon lo que quedaba de sus helados y se apresuraron hacia su camioneta. Owen solo esperaba que el Sr. Nelson no estuviera teniendo otro derrame cerebral.

CAPÍTULO 6



El corazón de Harper estaba lleno de preocupación mientras Owen conducía por las calles familiares de Sapphire Bay. Había llamado a Mabel para ver si su abuelo necesitaba una ambulancia. Lo que fuera que estaba pasando no parecía demasiado grave, pero cualquier cambio en la salud de Benjamin pesaba mucho en su mente.

La posibilidad de que hubiera sufrido otro derrame cerebral era un temor que no podía ignorar. Había sido tan disciplinado con la toma de su medicación, comiendo alimentos saludables y haciendo ejercicio lo mejor que podía. Pero, no importa lo que hiciera, podría no ser suficiente.

Estaba agradecida por la amabilidad de Owen y el apoyo silencioso que le brindaba simplemente estando a su lado. No había intentado hacer una conversación trivial ni decirle que todo estaría bien. Su abuelo había pasado por mucho. Su corazón era débil y el lado derecho de su cuerpo aún más débil. Si iba a tener otro derrame cerebral, este era el momento en que podría ocurrir.

Cuando llegaron a la casa, se quitó el cinturón de seguridad.

“Iré contigo,” dijo Owen rápidamente. “Podrías necesitar ayuda para mover a tu abuelo.”

“Gracias, Owen. Te lo agradezco.” Juntos, se apresuraron hacia la puerta principal.

Mabel los recibió en la entrada, su expresión tensa de preocupación. “Gracias a Dios que estás aquí,” dijo, su voz delatando su ansiedad. “Zac está en camino. Deberíamos haberte contactado antes.”

Harper puso su mano en el brazo de Mabel. “Está bien. Yo habría hecho lo mismo.” Se apresuró hacia la sala de estar. Su abuelo estaba sentado en su sillón con los ojos cerrados. Se veía frágil y vulnerable, tan diferente del hombre vibrante que solía ser.

“Abuelo, ¿cómo te sientes?” preguntó, su voz cargada de preocupación mientras se arrodillaba a su lado.

Su débil sonrisa hizo poco por tranquilizarla. “He tenido mejores días.”

La mente de Harper repasó la lista de síntomas de un derrame cerebral. “Abuelo, ¿puedes apretar mi mano?” pidió, buscando la tranquilidad de su fuerza en su agarre. Aunque débil, su respuesta fue suficiente para aliviar su preocupación. “Ahora dame una de tus grandes y amplias sonrisas.”

Benjamin forzó su boca en una sonrisa, y ella tocó su mano. “Lo estás haciendo muy bien. ¿Puedes levantar ambos brazos para mí?”

Con más esfuerzo del que debería haber tomado, levantó sus brazos. Su lado derecho seguía débil desde su último derrame, pero eso no le preocupaba. “Te ves bien, abuelo. Ahora cuéntame sobre tu día. ¿Qué disfrutaste más?”

Benjamin sabía lo que ella estaba haciendo, pero no se quejaba. De todas las personas en la sala, él sería el más aterrorizado de tener otro derrame cerebral.

“Disfruté verte reír y hablar con la gente que visitó tu puesto. Pasas tanto tiempo cuidándome que no te veo con otras personas muy a menudo.”

Harper suspiró. Sus palabras no estaban arrastradas ni distorsionadas, pero lo que había dicho le tocó el corazón. “Paso bastante tiempo con otras personas, pero también disfruto estar aquí contigo.” Se inclinó y susurró, “Ser una mariposa social está sobrevalorado.”

Eso le ganó una sonrisa genuina de su abuelo. “Te lo recordaré algún día.”

“Estoy segura de que lo harás. Mientras todos están aquí, iré a buscar mi botiquín de primeros auxilios.” Al salir de la habitación, le sonrió a Owen. Él estaba de pie junto a la puerta, observando todo lo que estaba sucediendo. “Gracias por quedarte.”

“¿Necesitas que haga algo?” preguntó.

“¿Puedes llamar al número de atención médica fuera de horario de la clínica? Irá al celular de Zac. Dile que he hecho un examen inicial de mi abuelo y no parece que haya tenido un derrame cerebral. Lo llamaré si encuentro algo más. Si pudieras preguntarle a qué distancia está, también sería genial.”

Owen asintió y sacó su celular.

Con una rápida mirada por encima del hombro, Harper corrió a la cocina y tomó su botiquín de primeros auxilios. Al regresar al lado de su abuelo, lo abrió y sacó un estetoscopio. Suavemente, lo colocó contra el pecho de Benjamin, escuchando atentamente cualquier irregularidad en los latidos de su corazón. El constante tump-tump era reconfortante, pero era solo una parte de la imagen.

Después de comprobar su pulso y tomarle la temperatura, ella se sintió cautelosamente aliviada.

Mientras esperaban a Zac, Harper se sentó cerca de su abuelo, sosteniéndole la mano y ofreciéndole palabras de consuelo.

Cuando Zac llegó, ella lo observó con el corazón en la garganta mientras examinaba a su abuelo. Cuando todo pareció relativamente normal, todos respiraron aliviados. Con la promesa de ir directamente al hospital si algo cambiaba, él los dejó para que continuaran con el resto de la noche.

Cuando Mabel colocó una taza de café caliente junto a Benjamin, él miró a todos con una sonrisa cansada pero agradecida. “Bueno, eso es un alivio,” dijo, con una voz más fuerte ahora. “Siento haberlos preocupado tanto.”

Harper le devolvió la sonrisa con una lágrima en los ojos. “Sabes cómo asustarnos, abuelo. Me alegra que no haya sido otro derrame cerebral.”

Benjamin le dio una palmadita en la mano, sus ojos brillando con un destello travieso que ella siempre había amado. “No estoy listo para dejarlos todavía. Hay más helados que debemos compartir y demasiadas piezas de vidrio de Owen que admirar.”

Harper rió suavemente, el sonido llevaba una mezcla de alivio y cariño.

Mabel recogió su bolso. “Allan y yo deberíamos irnos a casa. ¿Necesitas algo?”

“Estaremos bien,” aseguró Harper. “Gracias por cuidar al abuelo.”

Allan abrazó a Benjamin. “Tuvimos un gran día. La próxima vez, volveremos a casa antes.”

“No cambiaría nada,” aseguró Benjamin a su viejo amigo. “Disfruté cada minuto en el festival.”

Mabel besó su mejilla. “Tómalo con calma esta noche. Está prohibido hacer volteretas por el pasillo.”

Benjamin les envió a sus amigos una sonrisa afectuosa. “Haré mi mejor esfuerzo por no meterme en problemas.”

Mientras Mabel y Allan se iban, Owen tocó el brazo de Harper. “¿Hay algo que pueda hacer?”

“Creo que estamos bien por ahora, pero gracias,” dijo ella, con gratitud genuina. “No sé qué hubiera hecho sin tu ayuda.”

“De nada. Si pasa algo durante la noche, estoy a solo una llamada de distancia.” Miró alrededor de la habitación y recogió una pluma y un cuaderno que ella había dejado en la mesa de café. “Aquí está mi número. Volveré al parque y recogeré tu bicicleta. ¿Usaste un candado?”

“Lo hice, pero no te preocupes. Estará bien hasta la mañana.”

Owen no parecía tan seguro. “No es problema.”

Harper sonrió. “Sapphire Bay no es Detroit. Normalmente, no desaparece nada. Si lo hace, alguien sabrá dónde ha ido.”

“Bueno, si estás segura.” Owen se acercó al abuelo de Harper. “Fue bueno verlo de nuevo, señor Nelson. Me alegra que esté bien.”

“Yo también, hijo. Cuando veas a tu papá, dile que me llame. Extraño nuestras noches de póker con los chicos.”

Owen sonrió. “Lo haré. Que tenga una buena noche.”

Harper lo acompañó hasta la puerta principal. “Aprecié que estuvieras aquí.”

Owen le envió una cálida sonrisa. “No habría sido un buen amigo si te hubiera dejado venir en bicicleta. ¿Estás segura de que no quieres que te ayude a llevar a tu abuelo a la cama? Es un trabajo grande y tú no eres tan grande como yo.”

Flexionando su brazo, Harper sonrió. “En este caso, el tamaño no importa. Puedo tener un metro sesenta y tres, pero soy fuerte.” Estaba agradecida de que Owen no flexionara sus propios músculos. Sus bíceps habrían hecho que los de ella parecieran cacahuates.

Extendiendo la mano, él tocó su brazo. “Tienes mi número. Si necesitas ayuda en cualquier momento, llámame. No estoy lejos.”

“Lo haré.” Harper se apoyó en el marco de la puerta, observando a Owen mientras se dirigía de vuelta a su camioneta. Cuanto más tiempo pasaba con él, más veía lo increíble que era. Pero mientras su abuelo la necesitara, pasar más tiempo con Owen no era una de sus prioridades.

“¿Está todo bien, Harper?”

Cerró la puerta principal y caminó hacia la sala de estar. “Todo está bien, abuelo.” Con una sonrisa de alivio, se sentó en el sofá. “¿Te he dicho cuánto te quiero?”

Benjamin asintió. “Puedes decírmelo todas las veces que quieras. Yo también te quiero, Harper. ¿Puedes hacer algo por mí?”

“Por supuesto que sí. ¿Qué te gustaría?”

“No le digas a tu mamá sobre hoy. Se preocupará sin motivo.”

Harper frunció el ceño. “Pero mamá querrá saber lo que ha pasado.”

“Quiere que me mude a un apartamento de vida asistida en Polson,” dijo Benjamin con un temblor en su voz. “No quiero vivir allí. Esta es mi casa.”

Harper apretó la mano de su abuelo. “Eso es solo porque se preocupa por ti. Pero, con los cuidadores que Zac organizó y tus amigos viniendo a visitarte, no hay muchas veces en las que estés solo.” El brillo en los ojos de su abuelo se apagó. No se sentía reconfortado por lo que ella había dicho. “Si te hace sentir mejor, no diré nada.”

Benjamin suspiró aliviado. “Gracias. Estaría perdido si no viviera en Sapphire Bay.”

“Lo sé.” Harper estaba atrapada en una cuerda floja emocional. Entendía la preocupación de

su mamá, pero también veía por qué no sería bueno para su abuelo. Independientemente de los amigos que pudiera hacer en Polson, de las actividades en las que podría participar, estaba decidido a no mudarse de su hogar. Y, mientras ella pudiera ayudarlo a quedarse aquí, lo haría.

“¿Te apetece ver una película, abuelo?”

Benjamin asintió. “¿Qué te parece Casablanca? Todavía nos quedan cuarenta minutos para ver desde la última vez que la pusimos.”

Harper sonrió y tomó el control remoto. “Eso suena perfecto. Voy a hacer las palomitas mientras preparas la película.” Con su abuelo enfocado en la televisión, Harper caminó hacia la cocina. Afortunadamente, lo que fuera que le había causado mareos y malestar había pasado.

Esta vez, no le diría nada a su mamá. Pero, si pasaba algo más serio, no tendría más remedio que contarle todo.



LA SIGUIENTE NOCHE, Owen se acomodó en el familiar entorno de la sala de estar del Pastor John, el lugar de sus reuniones regulares del grupo de apoyo para el TEPT. Unos meses después de llegar a Sapphire Bay, se unió al grupo. Owen no había asistido a muchas reuniones, pero las disfrutaba. Se sentía seguro compartiendo lo que ocurría en su vida y escuchando a los demás hablar sobre sus desafíos sin temor a ser juzgado.

La reunión de esta noche era mucho más pequeña de lo habitual. Aparte de John, solo Andrea, Connor, Steve, Jarrod y Levi habían llegado. Owen sonrió al mirar la mesa del comedor. Lo que habían perdido en número, lo habían ganado en comida.

Compartir una comida juntos hacía que estas reuniones fueran mejores que cualquiera a las que había asistido en Detroit. Seguían hablando sobre sus vidas y trabajaban en diferentes formas de reducir sus desencadenantes, pero eran las amistades que habían formado durante la cena lo que hacía la mayor diferencia. La comida los había unido y hacía que fuera más fácil celebrar el hecho de seguir vivos.

Mientras discutían sobre mecanismos de afrontamiento y las pequeñas victorias que cada uno había logrado, la puerta se abrió y Harper entró en la habitación.

“Hola a todos”, dijo con un tono vacilante. “Perdón por llegar tarde. Vi a Shelley hace un par de horas y me habló de la reunión de esta noche. Me tomó un tiempo encontrar a alguien que cuidara de mi abuelo.”

Owen sintió inmediatamente una oleada de protección. No era fácil entrar a este tipo de reunión por tu cuenta, especialmente cuando tenías a alguien más a quien cuidar. “Es genial que pudieras venir”, le dijo. “Hay un asiento libre junto al mío si quieres unirme a nosotros.”

Ella le envió una sonrisa agradecida. Antes de unirse a ellos, levantó un plato como si fuera una ofrenda de paz al grupo. “Shelley dijo que todos traen un plato de comida. Yo traje un pastel de manzana para el postre.”

Connor, el experto en todo lo dulce, le envió una sonrisa de agradecimiento. “Me alegra que hayas traído algo para el postre. Es mi parte favorita de la comida.”

Andrea sonrió. “Y mi café estará eternamente agradecido por tu gusto por lo dulce, Connor. Bienvenida a la reunión, Harper.”

“Gracias. Es bueno estar aquí.” Dejó su pastel en la mesa del comedor y tomó asiento junto a Owen. Él pudo sentir su inquietud, la lucha interna de si pertenecía ahí, pero se alegró de que hubiera venido.

A medida que la reunión avanzaba, cada persona tomó su turno para hablar. La voz de

Harper temblaba mientras contaba sus experiencias trabajando en el hospital durante la pandemia de Covid-19. Habló de los largos y angustiosos turnos, la sensación de impotencia y el impacto profundo que tuvo en ella, llevándola a un diagnóstico de TEPT.

“Tengo problemas para dormir, y la idea de volver a la enfermería...” La voz de Harper se desvaneció.

Owen entendió su miedo. A pesar de trabajar en la clínica médica, la idea de regresar a su rol anterior debía llenarla de pavor.

El grupo escuchó atentamente, sus expresiones una mezcla de empatía y apoyo. El Pastor John, después de un momento de silencio reflexivo, ofreció algunas palabras inspiradoras. “Está bien sentirse inseguro sobre el futuro”, dijo. “Lo que sientes es válido, y estamos aquí para apoyarte en este viaje.” Luego le entregó a Harper un diario. “Escribir tus pensamientos cada noche puede ayudar a despejar tu mente. Es un pequeño paso, pero a veces, son los pequeños pasos los que llevan a los mayores cambios.”

Al terminar la reunión y reunirse para cenar, Owen se acercó a Harper. “Es bueno verte aquí”, dijo suavemente. “¿Cómo te sientes?”

Harper lo miró, con una mezcla de gratitud y algo más—quizás alivio—en sus ojos. “Abrumada, pero de una buena manera. Se siente bien estar aquí, escuchar las historias de todos. Me hace sentir menos sola.”

Owen asintió. “Así me sentí cuando comencé a venir aquí. El TEPT cambia tu vida, pero es más fácil de manejar cuando no tienes que enfrentarlo solo.”

Steve le entregó a Harper un plato vacío para la cena. “Y es más fácil cuando comes buena comida. Prueba los tacos de pollo. Son increíbles.”

Después de señalar cada plato que Harper debería probar, Steve probó su pastel de manzana. “Delicioso. Esto es tan delicioso como los pasteles que Andrea hornea en El Café de la Luz Estelar.”

Eso causó una discusión aún mayor cuando Andrea escuchó lo que Steve había dicho. Después de que Harper prometiera enviarle la receta, la charla animada continuó durante la cena. Las risas y las historias compartidas que llenaban la habitación hicieron que Owen se sintiera agradecido de que Harper hubiera venido a la reunión.

El Pastor John había dicho una vez que no es la ausencia de miedo o dolor lo que define a las personas, sino cómo lo enfrentan. Owen había aprendido por las malas que estaba bien sentirse abrumado y perdido. Era parte de ser humano y no algo para esconder.

Solo esperaba que Harper se sintiera cómoda rodeada de personas que estaban pasando por lo mismo que ella. Para bien o para mal, todos estaban lidiando con el TEPT lo mejor que podían. Este grupo lo había ayudado a descubrir un futuro más brillante para sí mismo. Sería fantástico si Harper pudiera encontrar lo mismo.

CAPÍTULO 7



Harper despidió a Andrea y Steve mientras todos se iban de la casa del Pastor John. Al tomar una profunda respiración, llenó sus pulmones con el dulce aroma de las flores de verano y se sintió agradecida por estar aquí esta noche.

Si no fuera por Owen animándola a venir, y la esposa del Pastor John contándole sobre la reunión de esta noche, se habría perdido escuchar las historias de todos y la esperanza que estas reuniones les daban.

Owen estaba a su lado, un hombre con un corazón amable y una capacidad aún mayor para vivir su vida al máximo. Había hecho reír al grupo, aligerado el ambiente cuando sus historias se volvían sombrías e inimaginables. La había hecho sentir bienvenida y segura. Y lista para enfrentar la pesadilla que la había llevado de regreso a casa.

Mientras quitaba el candado de su bicicleta, Owen se colocó la mochila sobre el hombro. “¿Te gustaría tomar un café conmigo? El café de la esquina todavía está abierto.”

Harper mordió su labio inferior. “El café suena tentador, pero realmente debería regresar. La vecina de mi abuelo fue maravillosa al ofrecerse a cuidarlo. No quiero hacerla esperar.”

“Lo entiendo. ¿Te gustaría que te acompañara a casa?” ofreció Owen.

“¿Y tú camioneta?”

Él se encogió de hombros. “La casa de tu abuelo no está tan lejos de aquí. Iré a buscarla.”

El corazón de Harper se alivió con su oferta. “Si estás seguro de que no te importa, eso sería agradable. Apreciaría la compañía,” respondió, empujando su bicicleta mientras comenzaban a caminar.

Sus pasos eran lentos mientras cruzaban el estacionamiento. Después de escuchar a todos hablar sobre su experiencia con el TEPT, Harper tenía la sensación de que la reunión había afectado a Owen tanto como a ella.

“El Pastor John parecía entusiasmado con que hicieras una exhibición de tu trabajo,” dijo, rompiendo el cómodo silencio entre ellos. “¿Crees que lo harás?”

Owen miró hacia adelante. “Quiero abrir mi estudio al público. Pero, después del festival, no estoy seguro de que sea una buena idea.”

“A todos les encantó tu trabajo,” le dijo Harper con suavidad. Sabía que a Owen no le gustaban las grandes multitudes y el mucho ruido, pero lo había hecho muy bien. “Si decides hacerlo, podría ayudarte.”

El Pastor John había sugerido que Owen convirtiera su estudio en una galería por un fin de semana. Le daría la oportunidad de ver si era algo que le gustaría hacer regularmente y si la gente disfrutaba verlo trabajar.

Las esquinas de los ojos de Owen se arrugaron. “Eres mucho mejor hablando con la gente

que yo.”

“Eso es cierto,” dijo Harper con una sonrisa. “Pero lo hiciste muy bien en el festival. ¿Qué tal si finges que me estás mostrando cómo soplar vidrio cuando abras tu estudio al público? Podría no parecer tan intimidante.”

Owen frunció el ceño. “Las personas que vengan podrían aburrirse.”

Los ojos de Harper se agrandaron. A todos les encantaría ver a Owen trabajando en su estudio, especialmente después de todos los cumplidos que recibió en el festival. “Me sorprendería si lo hacen, pero si eso sucede, no tienen que quedarse. Podrían disfrutar de las piezas expuestas y marcharse.”

Owen la miró con una expresión esperanzada. “Si estás ahí, ¿me ayudarías a explicar el proceso?”

“Me encantaría.” Se sentía bien ser incluida, ser parte de algo especial para otra persona. “Pero no sé tanto como tú. Tendrás que responder muchas preguntas.”

“Es mejor que responder todas solo.”

Continuaron caminando, con su conversación llena de una amistad fácil y algo increíblemente dulce.

Harper empujó su bicicleta al otro lado de la calle y sonrió. “Algo gracioso pasó en la clínica hoy. Zac siempre es tan serio, pero se quedó encerrado en la sala de suministros por accidente. Yo estaba ocupada contestando llamadas y Ethan estaba con un paciente. No fue hasta que alguien en la sala de espera lo escuchó golpear la puerta que nos dimos cuenta de dónde estaba.”

Owen se rió; con un sonido profundo y genuino. “Puedo imaginar su cara cuando finalmente salió.”

Harper sonrió. “Llamó a un cerrajero justo después de eso. Si hubiera habido una máquina de café dentro de la habitación, no le habría importado tanto.”

“Eso suena como Zac.” Owen metió las manos en los bolsillos. “Escuché que hablabas sobre un curso avanzado de trauma en la reunión,” dijo Owen después de un rato, con un tono suave. “Suena interesante.”

El agarre de Harper en los manillares de la bicicleta se apretó. “El curso es genial. Si todavía estuviera trabajando como enfermera de trauma, sería perfecto. Zac piensa que sería bueno para mí refrescar mis habilidades, pero no estoy segura de estar lista.”

Owen se detuvo. “Si hay algo que he aprendido, es que no puedes dejar que el miedo dicte tu vida. Aparte de lo que pasó durante el COVID, ¿disfrutabas ser enfermera de trauma?”

“Me encantaba,” dijo suavemente.

“¿El curso implica trabajar con pacientes en un hospital?”

Harper asintió. “Solo por unos pocos turnos. La mayoría del tiempo usaremos maniqués de entrenamiento robóticos o haremos nuestras tareas desde casa.” Miró a Owen y suspiró. “Sé lo que estás tratando de hacer.”

Él se encogió de hombros. “A veces necesitas una perspectiva diferente. ¿Te ayudó?”

Respirando hondo, se enfocó en cómo se sentía. Hace seis meses, si alguien hubiera sugerido mejorar sus calificaciones, habría entrado en pánico. Pero su corazón no estaba latiendo descontroladamente y su respiración era lenta y constante.

“Me siento normal,” confesó con más que un poco de sorpresa. “Debe ser la compañía.”

Owen sonrió. “La adulación te llevará a todas partes. Cuando estés lista, sabrás si ser enfermera de trauma es la carrera a la que quieres volver. Y, si lo es, el curso que mencionaste podría ser útil.”

Harper pensó en su abuelo y en las otras complicadas capas de su vida. “Ojalá fuera tan

simple. Si quisiera ser enfermera de trauma en Montana, Billings tiene el centro de trauma nivel 1 más cercano. Pero el abuelo quiere quedarse aquí. Ni siquiera considera mudarse a Polson para estar más cerca de mamá.”

“¿Te quedarías aquí si volvieras a la enfermería?”

“Podría, pero no estaría usando lo que he aprendido.” Pensar en dejar Sapphire Bay y los amigos que había hecho le produjo un nudo en la garganta. “A Zac le gustaría tener ayuda médica extra, sin embargo.”

“La comunidad también lo agradecería si algo pasara.” Reanudaron la caminata y Owen mantuvo los ojos enfocados en la acera. “Si tu abuelo supiera que quieres volver a la enfermería, podría considerar mudarse.”

“No lo creo. Siempre me dice lo feliz que es viviendo aquí. El abuelo tiene grandes amigos y todos en la comunidad lo conocen. Está preocupado de que, si se muda, sus amigos se olvidarán de él y no conocerá a otras personas.”

Owen frunció el ceño. “No puedo imaginar que eso pase. Tiene la clase de personalidad que atrae a la gente.”

“Eso es lo que solía decir mi abuela.” Harper se detuvo frente a la casa de su abuelo. “Me alegra que te ofrecieras a acompañarme a casa. Era justo lo que necesitaba.”

“Yo también lo disfruté. Recuerda avisarme si quieres hacer un cuenco de vidrio. Lo que aprendas te será útil cuando abra mi estudio al público.”

“¿Eso significa que tendrás una exposición?”

Owen asintió. “No puedo decirte que salgas de tu zona de confort y quedarme en la mía. Quién sabe, podría incluso disfrutarlo.”

Harper se rió. “Si no estuviera sosteniendo mi bicicleta, te daría un abrazo.”

Owen se adelantó. Con la bicicleta entre ellos, la rodeó con sus brazos. “No puedo rechazar un abrazo. Gracias por ser tú, Harper.”

Con el corazón acelerado, ella lo rodeó con los brazos. “Gracias por ser tú también. Somos una buena combinación.”

Owen sonrió mientras se apartaba. “Recuerda eso cuando estemos rodeados de personas preguntando cómo hago todo.”

El ceño de Harper era juguetón, suavizado por el calor persistente del inesperado abrazo de Owen. “No será tan malo. Pensaré en el curso que Zac quiere que haga también.”

Con un último saludo, Harper se despidió de Owen y lo observó mientras se alejaba. Por primera vez desde que dejó la ciudad de Nueva York, estaba reconsiderando su decisión de dejar la enfermería. Owen quería que ella fuera feliz, pero después de mudarse aquí, ya no sabía lo que eso significaba.



OWEN HABÍA PASADO mucho tiempo en los senderos alrededor del Lago Flathead. Esta tarde, lo hacía para una escapada muy necesaria. El ritmo constante de sus zapatillas golpeando la tierra ayudaba a calmar sus pensamientos acelerados.

A su lado, Steve igualaba su paso mientras avanzaban a través del denso aire de Montana, impregnado del aroma de pino y la promesa de la noche que se acercaba.

La tranquilidad de la tarde era lo opuesto al caos de una hora atrás. Un accidente automovilístico cerca de su estudio había enviado una ola de ruido a lo largo de la calle. El sonido repentino y discordante lo había agarrado con un puño frío, llevándolo de vuelta a

recuerdos que luchaba por mantener a raya. Había llamado a Steve, desesperado por salir de la ciudad y calmar sus nervios desgastados.

Steve miró a Owen. “¿Cómo te estás sintiendo?”

Owen inhaló profundamente, dejando que el aire fresco llenara sus pulmones y despejara su mente. “Mejor,” respondió. “Correr siempre ayuda.”

Steve asintió, un gruñido de comprensión escapando de él mientras continuaban por el sendero. Eventualmente, se detuvieron en la orilla del lago. Owen se inclinó hacia adelante, manos en las rodillas, recuperando el aliento.

Steve miró al horizonte. “Nunca me cansaré de ver este paisaje. ¿Cómo pude vivir en Los Ángeles tanto tiempo y nunca visitar Montana?”

Una sonrisa irónica asomó en las comisuras de la boca de Owen. “Estabas contento con lo que conocías. Me alegra que hayas decidido vivir aquí.”

“Yo también.” Después de un momento de silencio, Steve aclaró la garganta. “Llamé a mi papá anoche. No podrá asistir a mi fiesta de cumpleaños.”

Owen sabía lo molesto que debía haber sido eso. La relación de Steve con su papá era difícil en el mejor de los casos, pero ambos habían pensado que no rechazaría la invitación. “¿Dijo por qué?”

“Estará en una conferencia. Pensé que intentaría venir, pero dijo que tenía que estar allí.”

Para Owen, la familia era el compromiso más importante que cualquiera podía tener. Era una pena que el papá de Steve no sintiera lo mismo. “Al menos lo intentaste.”

Steve puso las manos en las caderas. “No sé por qué me molesto. Siempre encuentra una excusa para quedarse lejos.”

Owen sintió empatía por su amigo. La mamá de Steve había muerto hace unos años. Sin hermanos, su papá era casi la única familia que tenía. Le había dado a su papá meses de aviso sobre la fiesta, esperando que hiciera una diferencia. Pero no lo hizo. “Cumplir treinta y cinco es importante, pero si tu papá no quiere venir, se lo pierde él.”

“Eso es lo que me dije a mí mismo, pero no ayuda. Me siento como un idiota por intentarlo.”

Owen estiró los músculos de la pantorrilla antes de que empezaran a acalambrarse. “Yo también me siento idiota.”

Steve frunció el ceño. “¿Por qué te sientes idiota?”

“Me gusta Harper,” confesó Owen. “Iba a llamarla hoy para ver si quería cenar conmigo, pero el accidente lo impidió.”

“¿Por qué querer pasar más tiempo con ella te hace idiota?”

“Ella no sabe si se quedará en Sapphire Bay.”

Las cejas de Steve se alzaron. “¿Has hablado con ella sobre cómo te sientes?”

Owen sacudió la cabeza. “No tiene sentido. Ya tenemos suficiente en nuestras vidas sin complicarlo todo.”

Steve lo miró, con preocupación grabada en sus rasgos. “Has pasado por cosas peores. ¿Qué más te preocupa?”

“Ambos tenemos TEPT. Me asusta lo que significaría con eso encima.”

“Es difícil,” le dijo Steve. “Pero ambos entienden algo el uno del otro que la mayoría de las personas ni siquiera pueden imaginar. Eso es un comienzo poderoso para cualquier relación.”

Owen se pasó una mano por el pelo. “¿Qué pasa si mis cambios de humor y la depresión son demasiado? No puedo construir una relación con Harper si sé que soy lo peor que le ha pasado.”

Steve se paró frente a Owen. “Habrá momentos en los que será difícil. Pero con toda la terapia que has hecho, sabes cómo superarlo. Tienes que decidir si vale la pena luchar por lo que

sientes por ella, luego decirle cómo te sientes.”

La mirada de Owen se desvió hacia la extensión del lago, su superficie reflejando los colores profundos del cielo. Las palabras de Steve resonaban en su mente, recordándole que, aunque las heridas del pasado eran profundas, no tenían por qué dictar el futuro.

“Harper es divertida, dulce y decidida. Me gusta más que cualquier otra persona que haya conocido,” dijo finalmente Owen, sintiendo que las palabras eran a la vez una promesa y un riesgo.

Steve sonrió. “Por lo que he visto, Harper disfruta de tu compañía también. Solo dale una oportunidad y ve a dónde lleva. Además, somos dos de los humanos más confundidos en Sapphire Bay y nos llevamos bien.”

Un peso pesado se levantó de los hombros de Owen. “Solo en los buenos días,” bromeó.

Steve señaló el sendero. “Puedes decirme lo confundido que estoy mientras corremos de vuelta a casa. Tengo una cita en el Centro de Bienvenida y no quiero llegar tarde.”

Owen se rió. “Estás haciendo voluntariado otra vez, ¿verdad?”

“Culpable,” dijo Steve mientras comenzaba a correr. “Esta noche hay una casa llena de invitados y nadie cocina costillas tan bien como yo. Especialmente cuando están cubiertas con mi salsa secreta.”

Owen había probado las costillas de Steve y su amigo no exageraba. “¿Hay espacio para otro comensal hambriento si ayudo con los platos?”

“Siempre hay espacio, ya lo sabes.” Steve aceleró el paso. “Si quieres venir conmigo, podríamos llegar temprano. Mabel dijo que precalentaría la parrilla, pero está tan ocupada que podría olvidarlo.”

Owen se esforzó y mantuvo el ritmo de Steve. Conociendo a Mabel, tendría la parrilla encendida y la mitad de la comida preparada para cuando llegaran.

El ritmo constante de su movimiento, los resoplidos de su respiración y la belleza del mundo a su alrededor le recordaban que la vida se trata de avanzar, no de quedarse en el pasado.

Y tal vez, si tenía suerte, Harper querría avanzar con él.

CAPÍTULO 8



Harper guió a su abuelo hacia el Centro de Bienvenida. Por el sonido de todas las risas y conversaciones que se derramaban en la entrada, debía haber mucha gente esta noche.

Las cenas de los viernes eran un pilar en Sapphire Bay, un momento para que la comunidad se reuniera y compartiera buena comida y muchas historias. A Benjamin le gustaban estas reuniones, especialmente por la oportunidad de ponerse al día con su viejo amigo, Patrick Devlin. Patrick trabajaba en el proyecto de casas pequeñas y tenía historias tan vastas como el cielo de Montana.

Cuando encontraron un lugar junto a Patrick, Harper miró y vio a Owen sirviendo comidas junto a Steve. La sonrisa fácil de Owen y la manera genuina en que interactuaba con los residentes del pueblo le recordaron por qué le gustaba.

Sonrió mientras su abuelo reía ante algo que dijo Patrick. En momentos como este, se daba cuenta de lo importante que era Sapphire Bay para su abuelo. La comunidad lo veía por lo que era; un hombre que había vivido una buena vida, trabajado duro y contribuido al pueblo al que llamaba hogar. En una ciudad más grande, sería solo otro anciano en un mar de caras, tratando de salir adelante lo mejor que pudiera.

Cuando su abuelo terminó de hablar, ella le tocó el brazo. “Voy a buscar algo de comer.”

Benjamin la miró y sonrió. “Tomaré un poco de todo, especialmente las costillas. Se ven especialmente buenas esta noche.”

Harper se unió a la fila. Su abuelo tenía razón. El olor picante de las costillas le estaba haciendo rugir el estómago. Combinadas con papas calientes, mazorcas de maíz dulce y ensalada fresca del jardín, era una comida que todos disfrutarían.

Los ojos de Owen se iluminaron cuando se encontraron con los de ella. “Hola, Harper. ¿Cómo estuvo tu día?” preguntó mientras ponía una generosa porción de costillas en su plato.

“Estuvo ocupado en la clínica,” respondió Harper, aceptando el plato con una sonrisa y entregándole otro para su abuelo. “¿Y tú?”

“Empecé algunos nuevos diseños,” le contó Owen. “Y Steve no ha dejado de hablar sobre una nueva técnica de carpintería que está probando.”

Steve se rió. “Owen está pensando en nuevas formas de mostrar lo que hace.” Le entregó un plato a Owen. “¿Por qué no cenas con Harper? Yo puedo servir las costillas.”

Owen miró la sala casi llena. “¿Estás seguro?”

“Por supuesto. Parece que la mayoría de la gente ya está aquí. Me uniré a ustedes después de que hayamos servido la última comida.”

Harper esperó a que Owen añadiera algunas costillas y papas a su plato antes de moverse

hacia el área de ensaladas. “¿Te gusta ayudar con las cenas de los viernes por la noche?”

“Sí. Normalmente, trabajo en la cocina preparando los vegetales y asegurándome de que los platos estén limpios, pero a Mabel le faltaba un servidor.” Owen añadió algo de ensalada a los platos de Harper. “Es genial ver a tu abuelo tan feliz,” comentó, señalando a Benjamin. Él estaba sonriendo y asintiendo a algo que otra persona estaba diciendo.

“Le encanta venir a estas cenas,” dijo Harper. Mientras se acomodaban en la mesa con Benjamin y Patrick, la conversación fluyó cómodamente, y el sentido de comunidad impregnaba a Harper, haciéndola sentir feliz de estar allí.

Entre bocados de su comida, Benjamin se inclinó hacia ella. “Casi olvido decirte; llegó una carta para ti hoy.” Metiendo la mano en su bolsillo, se la entregó. “Quería dártela antes de que saliéramos de casa.”

El corazón de Harper dio un vuelco cuando miró el sobre. La dirección del remitente era del hospital donde había trabajado en Nueva York. No esperaba oír de ellos, y ver su nombre trajo una avalancha de recuerdos.

Con manos temblorosas, abrió el sobre y sacó una hoja de papel. La carta era de una enfermera con la que había trabajado en la Unidad de Cuidados Intensivos. Se habían hecho amigas y se llamaban cada dos meses para ver cómo estaban.

Era genial saber que todo estaba bien en el hospital, pero a Harper le sorprendió que Ellie le hubiera enviado la carta.

Owen se inclinó más cerca. “¿Estás bien?”

Tomando una respiración profunda, ella miró sus ojos preocupados. “Trabajé con una enfermera llamada Ellie en la UCI durante unos años. Un paciente al que cuidé durante la pandemia de COVID-19 quiere verme.”

“¿Sabe él que te has mudado a Montana?”

Harper negó con la cabeza. “Ellie no le ha dicho nada, pero Henry era especial. Lo cuidamos durante los peores días de la pandemia.” La lucha de Henry había sido severa. Ella le contó a Owen que, dentro de un día de contraer COVID-19, Henry estaba jadeando por aire, con su cuerpo sucumbiendo al implacable agarre del virus. Sin otras opciones, los doctores lo pusieron en un ventilador. En esa etapa, nueve de cada diez pacientes en la misma situación estaban muriendo. “Casi no lo logra,” susurró, los recuerdos volviéndose demasiado reales.

La mano de Owen descansó sobre su brazo. “Debe haber sido maravilloso cuando sobrevivió.”

Harper asintió. “Fue el milagro que todos necesitábamos. Recuerdo el día en que finalmente pudo abrir los ojos y apretar mis dedos. Se sintió como si hubiéramos ganado la lotería más grande.”

“¿Lo contactarás?” preguntó, sus ojos buscando una respuesta en los de ella.

Harper permaneció en silencio por un momento, perdida en el pasado. La idea de reabrir ese capítulo de su vida, de revivir esos días angustiosos, era desalentadora. Pero también había un tirón, un deseo de reconectar con alguien que le había dado a ella y a sus colegas tanta esperanza en un momento de desesperación.

“No lo sé,” dijo finalmente. “Me gustaría saber cómo está, pero otra parte de mí quiere dejar esa parte de mi vida en paz.”

Su abuelo le regaló una triste sonrisa. “Cosas como esas nunca te dejarán en paz, cariño. Lo que aprendiste sobre ti misma y las personas a tu alrededor estará contigo para siempre. Encuentra lo bueno en lo que hiciste y agárrate a eso.”

Harper pensó en la vida de su abuelo y en el dolor que lo había tocado de maneras que ella

solo podía intentar entender. Cuidadosamente, deslizó la nota de vuelta en el sobre. Si su abuelo podía encontrar alegría después de todo lo que había pasado, ella también podría. Y Henry era uno de los pocos puntos brillantes en tres años de dolor desgarrador.

“Mañana llamaré a Ellie y conseguiré el número de teléfono de Henry,” les dijo a su abuelo y a Owen.

Benjamin le dio una palmadita en la mano. “Esa es mi chica.”

Cuando Harper miró a Owen, él le envió una sonrisa reconfortante. “Si yo estuviera en los zapatos de Henry, haría lo mismo. Le salvaste la vida y eso es algo para celebrar.”

Benjamin aclaró su garganta. “Y también lo es el crumble de arándanos de Kathleen.”

El brillo en los ojos de su abuelo centró todos los pensamientos turbulentos que corrían por la mente de Harper. Él la estaba distraendo de una reunión que podría darle pesadillas o sanar su corazón dañado.



OWEN ESTABA de pie en el centro de su estudio con Harper a su lado. El suave zumbido del horno llenaba el aire, era un telón de fondo reconfortante para las largas horas que había estado trabajando desde la última vez que se vieron.

La semana había pasado rápidamente mientras se preparaba para la próxima exposición. El éxito en el festival había sido una grata sorpresa, pero también significaba que tenía mucho trabajo por hacer.

Hoy, le estaba mostrando a Harper cómo hacer un cuenco de vidrio. Después de haber tomado una bola de vidrio fundido del horno, le sonrió. “Aquí,” dijo mientras giraba el cañón de soplado, “es donde todo comienza. El vidrio necesita estar a la temperatura justa. A medida que se enfría, se vuelve menos manejable, lo que significa que el tiempo lo es todo.”

Harper observaba atentamente, su curiosidad brillando en sus ojos mientras absorbía cada detalle. “¿Y girar el cañón de soplado mantiene el vidrio uniformemente calentado?”

“Así es. Sigo recalentando el vidrio en el ‘horno de recalentamiento’ para mantenerlo en la consistencia adecuada. Demasiado frío, y podría romperse; demasiado caliente, y pierde forma. Es un equilibrio delicado.”

La guió a través de los siguientes pasos, mostrándole la mesa de trabajo donde se realizaba la mayor parte de la conformación. “Una vez que está a la temperatura adecuada, enrolló el vidrio a lo largo de la mesa de acero para crear la forma que quiero.”

Mientras Owen continuaba dando forma al vidrio, miró a Harper. “¿Llamaste al hombre al que cuidaste en Nueva York?”

Harper tomó una respiración profunda, sus ojos desviándose del vidrio a Owen. “Hablé con Henry al principio de la semana. Nos veremos el próximo viernes.”

“¿Cómo te sientes al respecto?”

“Es... mucho que procesar.”

Owen pudo escuchar la mezcla de emociones en su voz. Colocó el cañón en el ‘horno de recalentamiento’ para calentar el vidrio. “Revisar esa parte de tu vida es un gran paso. Pero no eres la misma persona que eras entonces.”

La sonrisa de Harper estaba teñida de tristeza. “Sigo diciéndome que solo es un café, solo ponerse al día. Pero es más que eso. Es enfrentar una parte de mi pasado que dejé atrás por una razón.”

Owen regresó a la mesa de trabajo y asintió. Cuidadosamente, giró el cañón y sopló

suavemente en él. “El pasado te hizo quién eres. Hiciste una diferencia entonces y la estás haciendo ahora.”

Harper observó cómo el vidrio se expandía y tomaba forma. “Supongo que tienes razón. Pero es difícil mirar atrás y no sentirse abrumado.”

Owen tomó otra herramienta. “Podría ir contigo si eso lo hace más fácil.”

Harper negó con la cabeza. “Mi abuelo dijo lo mismo, pero estaré bien.”

Observó, fascinada, mientras él le mostraba una técnica llamada ‘punting’, transfiriendo la pieza a una nueva varilla para trabajar en la apertura del cuenco. “Hacer esto me permite abrir el cuenco y terminar la forma.”

Harper se apoyó en la mesa. “Debe ser imposible hacer dos cuencos idénticos.”

Owen siguió trabajando. “Incluso si intentara hacer dos cuencos iguales, no podría.” Cuando estuvo contento con la forma, colocó cuidadosamente la pieza terminada en el horno de recocado para enfriarla lentamente y evitar cualquier grieta. Quitándose los guantes, se secó la frente con el antebrazo. “Conocer a Henry es muy parecido a lo que estamos haciendo ahora. Estás revisitando un momento candente en tu pasado y dejándolo remodelar en algo que puedes manejar ahora.”

Harper sonrió. “Un filósofo, un oficial de policía y un artista. Sapphire Bay tiene suerte de tenerte viviendo aquí.”

Owen se rió. “Deberías decirle eso a mi familia. No pueden esperar a que encuentre mi propio lugar.”

“¿Has hablado con el pastor John? Podría saber si hay algo que puedas alquilar.”

“Hablé con él hace unas semanas. Una cabaña en Anchor Lane podría estar disponible pronto.” Owen sabía que tenía suerte de siquiera ver la cabaña. Con la falta de alojamiento asequible en Sapphire Bay, era difícil encontrar un lugar donde vivir. “Una vez que termine la exposición, le preguntaré sobre eso.”

“Es una buena idea.” Harper miró alrededor del estudio. “¿Tendrás suficientes cosas para exhibir?”

“Ben está feliz de prestarme algunos de los artículos que he enviado a la tienda de Navidad. Entre esas piezas y lo que hay aquí, debería estar bien. Me alegra que me estés ayudando.”

Harper sonrió. “No me lo perdería por nada del mundo.”

Owen le devolvió la sonrisa y señaló hacia el horno. “¿Estás lista para hacer un cuenco de vidrio?”

“Haré lo mejor que pueda,” le dijo. “Pero no será ni la mitad de hermoso que los tuyos.”

“He tenido mucho más tiempo para practicar.” Mientras se dirigían al horno, Owen la guió a través de los pasos. Una oleada de adrenalina fue directo a su corazón cuando el cuenco de Harper tomó forma. Fue un momento de pura creación, una oportunidad de moldear algo hermoso a partir del caos, muy parecido a lo que ella esperaba hacer con su pasado.

Lo que ocurriera en los próximos días podría cambiar su vida. Por el bien de Harper, esperaba que le trajera cierre y una sensación de alivio. Y si eso la hacía decidir quedarse en Sapphire Bay, él estaría aún más feliz.

CAPÍTULO 9



Harper estaba de pie fuera de la clínica médica, con la mano sobre el pomo de la puerta. Durante los últimos días, había pensado mucho en el curso que Zac quería que hiciera. Toda la noche había sentido una mezcla de anticipación e incertidumbre. Era la reintroducción perfecta a la enfermería de trauma, pero ¿estaba lista para ello?

Su tiempo era valioso. Si tenía que elegir entre el curso de trauma o el programa de divulgación comunitaria para cuidadores, elegiría el programa de divulgación sin dudarlo. Especialmente si ayudaba a personas que estaban en una situación similar a la suya.

“Buenos días, Harper”, dijo Mabel Terry mientras caminaba apresuradamente por la acera. “Me alegra ver que crees en el refrán ‘al que madruga, Dios le ayuda’.”

Harper normalmente no estaría en el trabajo tan temprano, pero Zac quería hablar con ella antes de que llegaran sus pacientes. “Tengo una reunión rápida con Zac. ¿Cómo está el señor Terry?”

Mabel se detuvo y suspiró. “Cree que tiene cuarenta años en el cuerpo de un anciano. Estuvo trabajando en el jardín hasta las siete de la noche y apenas puede moverse esta mañana.”

A Allan le encantaba trastear en su jardín. Durante todo el año, llevaba canastas de frutas y verduras frescas para que su abuelo las disfrutara. Desafortunadamente, había tenido una caída hace unas semanas y eso no había ayudado a su movilidad. “Si crees que le ayudará, podría llevarle algo de la crema que mi abuelo se frota en los músculos.”

Mabel rechazó su oferta con un gesto. “Estará bien en una o dos horas. Espero que no estés muy ocupada hoy.”

“Yo también. Que tengas un buen día, Mabel.”

“Tú también.” Con un cálido saludo, Mabel se dirigió a la tienda general, lista para atender a sus primeros pacientes del día.

Tomando una respiración profunda, Harper empujó la puerta y entró. La clínica estaba tan tranquila que podía escuchar la fotocopidora funcionando en una sala a mitad del pasillo.

Caminando hacia la oficina de Zac, sintió el peso de su decisión presionando sobre ella.

Zac la recibió con una cálida sonrisa. “Gracias por venir a trabajar un poco más temprano, Harper. Toma asiento.” Asintió hacia la silla frente a su escritorio. “¿Has pensado más en inscribirte en el curso de trauma?”

Deslizándose la mochila de los hombros, se sentó en la silla. “Es una gran oportunidad, pero me preocupa el compromiso de tiempo. Ya estoy ayudando a Ethan a dirigir el grupo de apoyo para cuidadores. No estoy segura de cómo podría hacer ambas cosas.”

Zac se recostó en su silla. “Pensé que podría ser difícil. Ambas son importantes, pero, si tuvieras que elegir, ¿cuál harías?”

Sin dudarle, Harper respondió, “El grupo de apoyo. Si puedo hacer la vida de otra persona un poco más fácil compartiendo lo que he aprendido, todo el tiempo extra que tome valdría la pena.”

Zac asintió. “Esperaba que volvieras a la enfermería después de hacer el curso, pero entiendo por qué quieres ayudar a Ethan.”

Cuando ella empezó a trabajar para Zac, él le había dicho cuánto necesitaban personal médico adicional. Harper entendía lo difícil que era encontrar personal especializado en esta parte de Montana, pero no estaba lista. Su vida había cambiado, y estaba contenta con las decisiones que había tomado.

“Por ahora, realmente disfruto ser recepcionista. Si alguna vez quiero volver a la enfermería, te lo haré saber.”

“Espero tener esa conversación.” La mirada firme de Zac sostuvo la suya. “He estado donde tú estás, Harper. Cuando volví a casa después de trabajar con Médicos Sin Fronteras, estaba destrozado. Nunca pensé que volvería a practicar la medicina, pero, después de que el doctor Reilly se jubiló, no había nadie más para ocupar su lugar. Pensé que no tenía otra opción, pero sí la tenía, y no me he arrepentido ni un minuto de mi tiempo aquí.”

Harper solo podía imaginar lo grande que debió ser esa decisión. “¿Fue difícil volver a la medicina?”

“Fue una de las cosas más difíciles que he hecho. Acercarme a las personas y no saber si podría soportar perderlas me aterrorizaba. A veces, necesitas crear algo positivo a partir de las cosas horribles que has visto. Ayudar a la comunidad me ha ayudado.”

Harper tragó el nudo en su garganta. “Vi tantas muertes sin sentido en el hospital. En las calles, la gente pensaba que era invencible, pero no sabían ni la mitad de lo que estaba pasando. Aún tengo pesadillas sobre cuerpos siendo cargados en camiones refrigerados porque la morgue estaba abarrotada.”

La expresión en los ojos de Zac se suavizó. “Un día, podrás dejar esas imágenes a un lado y verás cuánto has hecho.”

Harper recogió su mochila y la abrazó contra su pecho. “Eso espero. Gracias por ser tan comprensivo con el curso.”

“De nada. Debería ponerme al día con algo de papeleo. Avísame cuando llegue mi primer paciente.”

Harper sonrió y dejó a Zac con la pila de carpetas en su escritorio. Trabajar aquí era bueno para su alma. Pero, algunos días, todo lo que quería era retroceder en el tiempo y cambiar su decisión de trabajar en la ciudad de Nueva York. El trabajo que tanto había prometido casi la había destruido.

Y uno de los pacientes que había cambiado su vida llegaría en los próximos días.



OWEN ABRIÓ la puerta principal de la segunda cabaña de vivienda comunitaria en Anchor Lane. Con el pastor John ocupado con otras citas, y Penny Terry en Bigfork, había traído a Harper con él para ver si este era un lugar en el que pudiera vivir.

Hace más de un año, Penny comenzó a transformar las ocho cabañas en ruinas en Anchor Lane en algo que mejoraría Sapphire Bay. Originalmente construidas como casas de vacaciones para el personal de la Polson Steamboat Company, generaciones de familias las habían disfrutado.

Pero los edificios centenarios no habían envejecido bien. Sin apenas mantenimiento, y sin presupuesto para devolverles su antigua gloria, el condado había dejado que las cabañas se deterioraran.

Penny había visto su potencial. Usando su sombrero de desarrolladora inmobiliaria, había negociado un contrato con el condado que fue un ganar-ganar para todos. Las primeras cuatro cabañas habían permitido la apertura de cuatro pequeños negocios.

La madre de Owen había enviado actualizaciones regulares sobre la remodelación que había transformado las casas combadas y hundidas en una tienda de flores, un café, una tienda de tejido y lana, y una tienda de colchas.

Lo que más le emocionaba eran las siguientes cuatro casas. Las habían convertido en viviendas comunitarias. No resolverían la crisis de vivienda, pero cualquier cosa que diera a las personas la oportunidad de vivir en una casa segura y cálida valía la pena.

Con un giro suave, abrió la puerta y condujo a Harper dentro de la cabaña.

Esta casa era aún mejor que la primera que había visto. El suelo de madera y el techo alto hablaban de una era pasada, pero su encanto era tan acogedor como la luz del día que inundaba las ventanas.

Harper miró las características pintorescas de la cabaña. “Esto es increíble,” susurró. “Pensé que tendría el mismo diseño que la otra casa, pero Penny ha cambiado el diseño. Es preciosa.”

Owen se paró en medio de la pequeña pero perfecta sala de estar. “Aunque ha sido remodelada, todavía se siente como una cabaña antigua.”

Harper asintió, una sonrisa jugando en sus labios. “Mi apartamento en Nueva York era tan estrecho. Solo tenía una ventana, y todo lo que podía ver era la pared de ladrillos del edificio de al lado. Solía soñar con un lugar como este, con espacio para respirar y mucho carácter.”

Mientras deambulaban por la cocina y salían al patio trasero, Owen se sorprendió por la expresión de Harper. En lugar de estar impresionada por el jardín vacío, estaba emocionada.

“Es un lienzo en blanco,” murmuró. “Imagina lo que podría cultivar aquí.”

Levantó las cejas. “No sabía que te gustaba la jardinería.”

“Está en mi ADN. A mis abuelos les encantaba enseñarme a cuidar su jardín. Solíamos cultivar todo tipo de vegetales y flores.”

Owen recogió un gnomo de jardín que alguien había dejado en el borde del patio de ladrillos. “John me advirtió que el patio trasero no está terminado, pero prefiero que sea así. Si aceptan mi solicitud, puedo hacer lo que quiera aquí.”

“Podría ser fantástico.” Harper movió su mochila a su otro hombro. “¿Penny o el Pastor John dijeron cuántas personas han solicitado vivir aquí?”

“Han recibido veinte solicitudes hasta ahora.” Eso podría sonar mucho para un pequeño pueblo de Montana, pero Owen estaba agradecido de que no fueran más. “Me perdí el día de puertas abiertas para los posibles inquilinos, así que esta es mi única oportunidad de verlo antes de que John tome su decisión.”

“Está en una ubicación maravillosa,” le dijo Harper. “Y está a un tiro de piedra de donde tú y tu hermana trabajan. Si alguna vez quieres compañía, puedes caminar fácilmente hasta El Bosque Encantado desde aquí.”

Owen sonrió. “Sweet Treats también está a un corto paseo. Entre eso y el Café de la Luz Estelar, la cabaña no podría ser más perfecta.”

Harper sostuvo su mano sobre sus ojos mientras estudiaba el techo a dos aguas. “Antes de emocionarte demasiado, veamos el resto de la cabaña. Podría haber algo que no te guste.”

Owen se rió. “Tengo treinta y seis años y vivo con mis padres. Esta es la primera casa que he

visto que no se convertirá en un Airbnb. Esas dos cosas solas la hacen perfecta.”

Harper sonrió. “Tienes un punto. Si el abuelo no tuviera espacio para mí en su casa, yo también querría vivir aquí.”

Mientras recorrían la cabaña, Harper colocó su mano contra una de las paredes, su toque gentil, como conectando con la historia de la cabaña. “Imagina las historias que esta cabaña podría contar.”

Pasaron por los gabinetes de cocina encalados y el mostrador oscuro. Mientras Owen se paraba en la puerta del único baño, no podía imaginar un lugar mejor para vivir.

Harper miró alrededor del marco de la puerta. “La ducha es agradable y alta. No tendrías que agacharte para lavar tu cabello.”

Él sonrió ante su cara levantada. “Eres afortunada de no tener que preocuparte por cosas como esa.”

“¿Me estás llamando baja?”

Owen había cometido ese error con su hermana y no lo repetiría con Harper. “Definitivamente no. Solo estoy señalando las ventajas de estar perfectamente proporcionada.”

Los ojos de Harper se entrecerraron un poco antes de retirarse al pasillo. “La esposa del Pastor John dijo que quieren alquilar la cabaña lo antes posible. Esperan encontrar a alguien que aprecie la historia del edificio.”

“Soy un aficionado a la historia desde hace mucho tiempo. Mi abuela me contaba historias sobre ir a la escuela a caballo y robar manzanas de un huerto que no estaba lejos de aquí.”

Harper sonrió ante la sonrisa que él le envió. “Debe ser de donde obtuviste tu espíritu aventurero.”

La sonrisa de Owen desapareció al pensar en lo que había pasado en Detroit. “Solía ser demasiado confiado. ¿Estás lista para ver el resto de la cabaña?”

Inclinando la cabeza hacia un lado, Harper lo estudió por un momento. La intensidad de su expresión fue directo a su corazón. “La vida nos cambia, Owen. Eso no es algo malo.”

“Lo es cuando me costó la vida de mi compañero.”

Harper no pareció sorprendida por lo que había dicho. “No sabías lo que sucedería. Por lo que has dicho, no fue tu culpa.”

Una pesadez se instaló en su corazón. “No se siente así.” Con mucho esfuerzo, se concentró en las molduras del techo. Sus ojos picaban con lágrimas no derramadas; con el arrepentimiento de que la vida de su amigo terminara en un piso de azulejos en el segundo piso del centro comercial.

La mano de Harper descansó en su brazo, con su toque cálido confortando el dolor que nunca se iba. “Muéstrame el resto de la cabaña.” Con un suave empujón, lo llevó hacia el pasillo.

Después de mirar los dos pequeños dormitorios y revisar nuevamente la cocina, estaban listos para volver al trabajo. Mientras caminaban hacia la calle principal, Harper le contó sobre su vida en la ciudad de Nueva York; el bullicio y el ruido, el pequeño apartamento que era su refugio. Owen escuchaba, apreciando las experiencias que eran similares a su vida en Detroit.

Con una expresión pensativa, Harper miró a lo largo de la calle. “El abuelo me dijo que Sapphire Bay tiene una habilidad para hacer realidad los sueños. Tal vez no los sueños con los que llegas, sino los que encuentras en el camino.”

Owen frunció el ceño. “¿Con qué sueñas?”

“Con una vida tranquila,” respondió suavemente. “Y estar en un lugar que me haga feliz.”

El corazón de Owen anhelaba lo mismo. Había pasado demasiado tiempo buscando algo que pudiera calmarlo cuando sus miedos más profundos y oscuros resurgían. Por alguien que pudiera

ser su lugar seguro para caer. Ser feliz era casi más de lo que podía esperar.

La voz de Harper interrumpió sus pensamientos. “El negocio de tu hermana tiene el mismo tipo de magia que este pueblo. Cada vez que visito El Bosque Encantado, me hace feliz.”

Owen pensó en Daniella y lo que había pasado para abrir el centro de eventos temático de hadas. “Tomó una decisión que le cambió la vida al venir aquí, y ha valido la pena. Ha creado algo especial.”

“Como algo en lo que tu estudio de vidrio podría convertirse,” le dijo Harper.

No estaba seguro de que su estudio alguna vez estuviera al mismo nivel que El Bosque Encantado, pero le dio algo en qué pensar. Mientras se acercaban a Sweet Treats, Owen se detuvo para mirar por la ventana delantera. La última gama de dulces de Brooke estaba en exhibición y se veía deliciosa.

“Tengo que tener cuidado con la frecuencia con la que visito Sweet Treats” le dijo Harper. “He probado todo al menos una docena de veces.”

“Eres afortunada de que sea solo tantas veces,” bromeó Owen. “Trabajar cerca de mi tienda favorita no ayuda a mi cintura. Es una suerte que disfrute correr.”

“No tienes que preocuparte. Te ves genial.” Los ojos de Harper se abrieron. Con un suave rubor, se aclaró la garganta. “No es que te haya estado observando ni nada. Pero puedo decir que eres activo.” Levantó las manos hacia su cara caliente. “Eso suena aún peor.”

Owen se rió. “Tomaré lo que dijiste como un cumplido,” dijo, dándole un empujón amistoso.

Harper sonrió. “Antes de que diga algo peor, déjame comprarte algo de dulce. Después de mostrarme la cabaña preciosa, es lo menos que puedo hacer.” Y con su mano envuelta alrededor de la de él, lo llevó hacia la puerta principal.

Owen no se quejaba. Se sentía bien sostener la mano de Harper, como si estuvieran conectados por más que sus vidas rotas. Le gustaba la manera amistosa en que saludaba a las personas en la tienda, y su confianza mientras se dirigía al mostrador. Ella tenía un corazón de oro, una determinación que la vería a través de cualquier día difícil, y un gusto por lo dulce tan grande como el de él.

En una escala del uno al diez, era perfecta en todos los sentidos.

Todo lo que tenía que hacer era encontrar el coraje para preguntarle si ella quería ser algo más que amigos.

CAPÍTULO 10



Mientras Harper pedaleaba hacia el Café de la Luz Estelar, trataba de calmar su acelerado corazón. La última vez que había visto a Henry, él se dirigía a otra sala. No necesitaba más el respirador, pero aún le faltaba mucho antes de poder regresar a casa.

El mensaje que había recibido de su amiga en el hospital la había tomado por sorpresa. De todos los pacientes de COVID-19 a los que había ayudado, solo unos pocos habían regresado a verla después de que el hospital reabriera a los visitantes. La mayoría de los pacientes dejaban mensajes, esperando que sus agradecimientos llegaran al personal que los había ayudado.

Encontrarse con Henry y su esposa, Margaret, tanto tiempo después de que él fuera dado de alta del hospital, era surrealista. Desde que había hablado con él por teléfono, había pensado en lo que había pasado, en los problemas de salud que aún lo atormentaban. Era un sobreviviente, un luchador y un alma gentil que casi perdieron.

Aparcó su bicicleta fuera del café y se tomó un momento para componerse. Un grupo de mujeres le sonrió mientras caminaban hacia Una Puntada a Tiempo. Sus voces estaban llenas de risa y alegría, dos cosas que estaban tan lejos de cómo se sentía, que le preocupaba. Ni siquiera los bonitos ramos de flores fuera de La Cabaña de las Flores podían levantar la pesada sombra de arrepentimiento que pesaba en su corazón.

Miró su reloj y se mordió el labio inferior. Era hora de encontrarse con Henry y Margaret.

El timbre sonó al entrar, y la cálida acogida del café la envolvió. Su mirada recorrió la sala, buscando a la pareja que había llegado tan lejos para dar las gracias.

Sentada en una mesa en la esquina había una mujer de cabello gris corto. Tan pronto como sus miradas se cruzaron, Margaret sonrió y le hizo señas para que se acercara. Harper nunca había conocido a la esposa de Henry en persona. Pero habían hablado en llamadas diarias de Zoom y por teléfono cuando los contratiempos eran tan severos que nadie pensaba que Henry sobreviviría.

En esos momentos, Harper había sostenido su iPad cerca de Henry mientras su esposa le susurraba las palabras que pensaba serían su último adiós. Después, consolaba a Margaret, dándole el ánimo que podía sin prometer un milagro. Luego pasaba al siguiente paciente, ayudando a otra familia que estaba pasando por lo mismo.

Había reprimido su dolor, diciéndose que necesitaba ser fuerte para sus pacientes, para las familias que se aferraban a la esperanza. Para cuando dejaba el hospital, estaba insensible por enterrar sus sentimientos. Fría ante los efectos de una tragedia que se había llevado a tantas buenas personas.

Mientras se movía entre las mesas, Harper sonrió a Henry. El hombre que recordaba en el hospital se veía completamente diferente del que estaba de pie junto a Margaret. Sus ojos

marrones estaban brillantes y llenos de calidez. Sus mejillas hundidas se habían llenado y, por primera vez, su sonrisa estaba libre de dolor.

Henry rodeó su silla y abrió los brazos. “¡Aquí está mi enfermera favorita!”

Con lágrimas en los ojos, se abrazaron.

Cuando los brazos de Henry se apretaron alrededor de sus hombros, Harper sintió una oleada de alivio. La ansiedad que la había dominado comenzó a disolverse. Fue reemplazada por la calidez de la conexión humana, de la historia compartida con un hombre que había hecho una recuperación tan notable y fuerte.

Cuando Henry se apartó, se secó los ojos. “Eres una de las personas que salvó mi vida. No sé si alguna vez encontraré las palabras para agradecerte.”

Harper le frotó el brazo. “Verte es todo el agradecimiento que necesito.”

Abrazó a Margaret, su abrazo puenteando los años desde la última vez que habían tenido contacto. En sus frecuentes llamadas telefónicas, hablaban como viejas amigas. Margaret le había compartido secretos de familia, contado historias divertidas sobre el hombre que estaba perdiendo su frágil control sobre la vida. Habían formado una relación como ninguna que Harper hubiera experimentado y probablemente nunca volvería a experimentar.

“Es tan bueno verlos a los dos” se las arregló Harper, con voz firme a pesar del torbellino que llevaba dentro.

“También es bueno verte,” dijo Margaret entre lágrimas. “Eres aún más hermosa en persona.”

Harper sonrió. “Me sorprende que me reconozcas. Estaba cubierta de pies a cabeza con EPP en la mayoría de nuestras reuniones por Zoom.”

“Pero no en todas,” le recordó Margaret. “Te veías tan cansada.”

“Trabajamos muchas horas,” dijo Harper suavemente. No necesitaba mencionar cuántos compañeros se habían infectado con el virus. Incluso con las precauciones adicionales que habían tomado, habían perdido demasiados amigos y colegas.

Mientras se acomodaban en sus asientos, los ojos de Margaret estaban llenos de gratitud. “Estoy tan contenta de haberte encontrado. Queríamos agradecerte. Las noches que te quedaste al lado de Henry, el cuidado que le diste, te debemos mucho.”

Harper tocó el brazo de Margaret. “Estaba haciendo mi trabajo. Estoy contenta de que todo haya salido mejor de lo que esperábamos.”

Henry le dirigió a su esposa una sonrisa agradecida. “Nosotros también.”

Después de que pidieron el almuerzo, Margaret le contó a Harper sobre sus vidas después de que Henry dejó el hospital: su lenta recuperación, el costo emocional que había tenido y cómo habían encontrado fuerza el uno en el otro. Harper escuchaba, con el corazón lleno, al ver el amor y la resiliencia de una pareja que casi se había perdido el uno al otro.

“Tratamos de encontrarte,” le dijo Henry. “Pero nadie nos decía a dónde habías ido. Si no fuera por la enfermera con la que hablamos hace unas semanas, aún estaríamos buscando. ¿Cómo has estado?”

Harper vaciló antes de contarles lo que le había pasado. Incluso después de las conversaciones que había tenido con Margaret, se mostraba reacia a contarles todo. “Trabajé en el hospital hasta finales del año pasado. Mi abuelo tuvo un derrame cerebral, así que volví aquí para cuidarlo. No estoy trabajando como enfermera en este momento. Trabajo a tiempo parcial en una clínica médica como recepcionista.”

El ceño de Margaret se frunció ligeramente por la sorpresa. “Eres una enfermera increíble. Pensamos que todavía estarías trabajando en la ciudad de Nueva York.”

Una camarera trajo sus comidas y Harper aprovechó el momento para pensar en lo que diría a continuación. “Dejar la enfermería fue una decisión difícil,” explicó, con las manos envueltas alrededor del reconfortante calor de su taza de café. “Después de todo lo que pasó durante la pandemia, necesitaba un cambio, un lugar para respirar y encontrar mi equilibrio de nuevo. Sapphire Bay me ha dado eso. Y cuidar de mi abuelo es gratificante de una manera diferente.”

Henry extendió la mano a través de la mesa, colocando su mano sobre la de Harper. “Me alegra que hayas encontrado tu propia manera de seguir ayudando a los demás. Eso es lo que importa,” dijo, con la voz llena de comprensión.

Los ojos de Harper se encontraron con los de Henry y vio a un hombre que había enfrentado la muerte y había vuelto para abrazar la vida. “No estaba segura de que encontrarlos fuera una buena idea,” admitió. “Había encerrado lo que había pasado y no quería enfrentar cómo me sentía. Pero verlos aquí con Margaret me recuerda por qué me hice enfermera.”

Los dedos de Henry se apretaron alrededor de los suyos. “Solías sostener mi mano. Me daba esperanza, incluso cuando no podía hablar o decirte que sabía que estabas allí. Nunca olvidaré la bondad que compartiste conmigo.”

Los ojos de Margaret estaban llenos de lágrimas. “Hemos leído sobre los trabajadores de la salud que luchan después de la pandemia, el agotamiento y la necesidad de un cambio. Diste tanto de ti a Henry. Se necesita valor para dar un paso atrás y cuidarte a ti misma.”

Harper no tenía tanto valor como pensaban. Hasta que llegó a Sapphire Bay, había luchado para levantarse de la cama por las mañanas. Luchado para recomponer una vida que había cambiado en un millón de maneras diferentes.

Andrea, la dueña de El Café de la Luz Estelar, llegó a su mesa con tres platos de tarta. “Un pajarito me dijo que adoras la tarta de nuez, Harper. Considera esto un regalo para ti y tus dos amigos.”

Harper miró alrededor del café buscando a la persona responsable de los postres.

“Owen está justo saliendo,” susurró Andrea. “Quiere que sepas que no te siguió. Vino a almorzar y te notó sentada aquí.”

El ceño de Harper se suavizó en una sonrisa. Logró ver a Owen justo cuando estaba a punto de salir del café. Saber que había pensado en ella, aunque solo fuera de paso, la reconfortó más que la tarta.

Levantó la mano en un pequeño saludo, esperando captar su atención antes de que se fuera. Owen se detuvo, se giró ligeramente y sus ojos se encontraron. En ese fugaz momento, Harper vio una comprensión silenciosa que decía mucho. Él asintió antes de desaparecer por la puerta.

Al volver a la mesa, Harper vio la curiosidad en las expresiones de Henry y Margaret. “Owen es un amigo. Tiene una manera de hacer que la gente se sienta apreciada, incluso cuando no se dan cuenta de que lo necesitan.”

“Todos necesitamos amigos así,” le dijo Henry.

Andrea relleno las tazas de café y luego sonrió a los invitados de Harper. “Espero que disfruten Sapphire Bay. Es un pueblo encantador.”

“Ya estamos disfrutando de estar aquí,” le dijo Margaret. “El almuerzo estuvo delicioso y pasar tiempo con Harper es maravilloso.”

Henry hundió una cuchara en la tarta y comió un bocado del dulce postre. “Y esto también. Gracias.”

Después de que Andrea se fue, la conversación se tornó a temas más ligeros: un libro que Margaret quería escribir sobre su experiencia durante la pandemia y los nuevos pasatiempos de Henry.

Harper compartió historias del pueblo, las cabañas que Henry y Margaret habían admirado en Anchor Lane y la comunidad unida que la había recibido con los brazos abiertos.

Margaret dejó su cuchara de postre a un lado de su plato. “Tienes suerte de haber encontrado este pequeño pueblo.”

“Crecí aquí y mi mamá vive a unos kilómetros,” le contó Harper. “Volver a Sapphire Bay fue lo mejor que pude haber hecho.”

Henry miró alrededor del café, observando el arte local en las paredes, los clientes conversando tranquilamente y la sensación de paz que llenaba el lugar. “Puedo ver por qué te gusta vivir aquí. ¿Planeas quedarte en Sapphire Bay?”

Harper asintió. “Por ahora, estoy donde necesito estar. En cuanto al futuro, no estoy segura. Pero independientemente de lo que suceda, este pueblo siempre será especial.”

Después de terminar el almuerzo, Henry y Margaret agradecieron a Harper una vez más. Prometieron mantenerse en contacto y enviarle una copia del libro de Margaret una vez publicado.

Harper los acompañó hasta la puerta, su corazón un poco más ligero mientras intercambiaban abrazos y despedidas.

Mientras los veía irse, sintió que un capítulo de su vida llegaba a un cierre suave. El trauma y el dolor de la pandemia estaban dando paso a nuevos comienzos y sueños.

Volvió al café, pensando en la comunidad que le había dado tanto, en Owen y su próxima exhibición, y en su futuro que lentamente estaba tomando forma en Sapphire Bay.



MIENTRAS LA NOCHE se asentaba sobre Sapphire Bay, Owen se concentraba en el cuenco que estaba creando en su estudio. El zumbido rítmico del horno y el silbido de la pistola de aire se fusionaban con la música de fondo.

Eran los momentos tranquilos como este los que más disfrutaba. Podía olvidarse del mundo exterior y hacer piezas de arte que salían directamente de su corazón.

Alguien llamó a la puerta principal y miró hacia arriba para ver a Harper afuera. No podía dejar lo que estaba haciendo, así que levantó la mano para indicarle que entrara al estudio. En cuanto ella abrió la puerta, sonrió. Había algo en ella que lo hacía feliz, especialmente al ver lo que estaba sosteniendo.

“Hola, Harper,” dijo Owen mientras rodaba el vidrio fundido sobre la mesa de acero. “No esperaba verte esta noche.”

“Uno de los amigos de mi abuelo vino a verlo, así que los dejé solos unos minutos. Quería agradecerte por comprar las tartas de nuez para nosotros.” Se quitó el casco de bicicleta y colocó una bolsa de papel en su banco de trabajo. “Brooke hizo un lote fresco de dulce de azúcar esta tarde. Pensé que te gustaría.”

“No tenías que hacerlo, pero gracias. ¿Cómo fue la reunión con el hombre del hospital?”

“Fue mejor de lo que pensaba. Henry ha cambiado tanto que no lo reconocí.” Harper siguió sus movimientos mientras continuaba dando forma al vidrio fundido. “Fue agradable escuchar sobre su recuperación y lo que ha estado haciendo.”

Después de que Harper le contara sobre los desafíos que Henry y su esposa habían enfrentado tras dejar el hospital, él pausó su trabajo un momento para mirarla. “El cuidado que le diste a Henry debió haber hecho una gran diferencia en su recuperación.”

Los ojos azules de Harper estaban llenos de tantas emociones contradictorias que Owen no

sabía cómo se sentía.

“Eso espero,” dijo ella en voz baja. “Ser enfermera fue diferente durante la pandemia. Hice todo lo posible por apoyar a mis pacientes, pero siempre sentí que no estaba haciendo lo suficiente. Especialmente cuando las familias no podían estar juntas.”

“Parece que Henry y su esposa aprecian todo lo que hiciste por ellos.”

Harper asintió mientras lo observaba rodar el vidrio caliente en pequeños trozos de vidrio rojo y azul. “Me hicieron darme cuenta de cuánto impacto tuvimos.”

Owen sonrió y se sentó en su banco de trabajo. “Entonces valió la pena verlos. ¿Quieres soplar en la pipa para crear un cuenco?”

Harper rió y negó con la cabeza. “Te dejo este a ti.”

“¿Estás segura?”

“Totalmente. Después de mi último intento, me di cuenta de que no tengo suficiente paciencia para el soplado de vidrio. Aprenderé mucho más viendo cómo lo haces.”

Owen volvió a calentar el vidrio y luego regresó al banco de trabajo. “La paciencia viene cuando ves que la pieza que estás haciendo toma forma. Si cambias de opinión, avísame.” Girando la pipa con una mano, usó la otra para dar forma al vidrio con sus herramientas. Harper se apoyó en el banco, observándolo en silencio mientras soplaba en la pipa, creando una burbuja de aire dentro del vidrio fundido. La burbuja se expandió, formando la cavidad interior del cuenco multicolor.

Harper suspiró. “Nunca me cansaré de verte hacer eso. Es como magia.”

Un calor llenó el pecho de Owen. Cuando Harper lo observaba trabajar, lo hacía sentirse orgulloso de lo lejos que había llegado. Orgulloso de la nueva vida que había creado en el pequeño pueblo que llamaba hogar.

Cuando estuvo satisfecho con la forma del cuenco, se volvió hacia Harper. “¿Qué piensas?”

Ella inclinó la cabeza hacia un lado. “Otra adición hermosa a tu colección.”

Con esa recomendación resonando en sus oídos, terminó cuidadosamente el cuenco y lo colocó en el horno de recocido para que se enfriara.

“¿Quieres un trozo de dulce de azúcar antes de empezar el próximo cuenco?” preguntó Harper.

Él se limpió las manos con un paño antes de abrir la bolsa que ella había traído. “Huele delicioso. No sé cómo lo hace Brooke, pero es muy buena haciendo dulce de azúcar.”

“Es casi tan buena como tú con el vidrio,” bromeó Harper, su mirada deteniéndose en un estante de pisapapeles coloridos. “Has estado ocupado.”

“Son para la exposición,” admitió Owen. “Los pisapapeles que hice para el festival fueron tan populares que decidí probar algunos diseños diferentes.”

Harper sostuvo uno de ellos en su mano. “Esto es impresionante. El polvo de vidrio plateado atrapa la luz y brilla como el sol.”

Owen observó a Harper mientras ella colocaba cuidadosamente el pisapapeles de nuevo en el estante. “Aún no he nombrado la colección. ¿Cómo crees que debería llamarla?”

Harper estudió los pisapapeles. “Son todos increíbles.” Levantó otro y lo sostuvo a la luz. “Debido a que los destellos me recuerdan al sol, ¿qué tal ‘La Magia del Sol’?”

Pensó en el nombre, en la forma en que quería que sus clientes se sintieran cuando vieran los pequeños orbes de vidrio. “Me gusta. Tendré que acudir a ti para inspiración la próxima vez que cree una nueva colección.” Tomando un trozo de dulce de azúcar de la bolsa, lo partió por la mitad y le dio una de las piezas a Harper. “Gracias por esto, también.”

“De nada. ¿Cómo te sientes sobre la exposición?”

“Estoy un poco nervioso,” admitió. “Mamá y papá dijeron que ayudarían. Daniella ha puesto volantes en El bosque de las Hadas y en la iglesia del Pastor John para que todos sepan que va a suceder.”

“¿Has avisado a Mabel?” preguntó Harper. “Ella se asegurará de que se publique en la página de Facebook de la comunidad.”

Owen asintió. “Hablé con ella ayer y está feliz de publicarlo. Mientras estaba allí, llamó a Theo. Él me va a entrevistar para la estación de radio.”

“Antes de que te des cuenta, serás famoso mundialmente.”

La idea de la fama estaba tan distante de la realidad de Owen que se rió. “Famoso mundialmente en Sapphire Bay, tal vez.” Miró a Harper, observando su sonrisa fácil y la forma en que se adaptaba tan naturalmente a su estudio. Era como si siempre hubiera sido una parte importante del tejido de su vida aquí.

Sus miradas se encontraron y una chispa de química destelló entre ellos.

Él quería ser más que un amigo para Harper. Había visto cosas que la mayoría de las personas nunca presenciaban en su vida. Su carrera en la policía lo había cambiado para siempre. Pero, cuando estaba con Harper, sentía que nada de eso importaba.

Lo que no sabía era cómo se sentía ella acerca de él. Y nunca lo sabría a menos que le preguntara. Colocando la bolsa de dulce de azúcar en el banco, aclaró su garganta. “Hay algo que he querido preguntarte, Harper.” Pausó mientras intentaba encontrar las palabras adecuadas. “Hemos pasado mucho tiempo juntos en las últimas semanas, y creo que nos llevamos muy bien. Compartir partes de nuestras vidas ha significado mucho para mí.”

Harper frunció el ceño. ¿Era eso una buena señal?

“Ambos estamos encontrando nuestro camino a través de muchos cambios,” dijo mientras su corazón latía con fuerza en su pecho. “Y no estamos seguros de lo que viene. Pero lo que sí tengo claro es cómo me siento cuando estoy cerca de ti. Haces que todo sea más brillante.”

Harper lo miró con una mezcla de sorpresa y algo más, algo esperanzador. Fue suficiente para hacerle pensar que ella también podría gustarle.

“Supongo que lo que estoy tratando de decir es que me gustaría que pudiéramos explorar lo que hay entre nosotros. No sé lo que me depara el futuro, pero me gustaría averiguarlo contigo. ¿Lo harías... ¿Considerarías ser mi novia?”

La pregunta flotaba en el aire. El ceño fruncido de Harper se profundizó. Esperó, seguro de que acababa de arruinar una gran amistad por querer demasiado de ella. “No estoy segura de qué decir,” dijo Harper en voz baja.

El corazón de Owen se hundió, pero trató de mantener una expresión abierta, alentándola a ser honesta. “Puedes decir ‘no’. No cambiará nuestra amistad,” le aseguró.

Ella parecía estar considerando cuidadosamente sus palabras, y cuando habló de nuevo, su voz apenas era un susurro. “Eres una persona increíble, Owen. Disfruto pasar tiempo contigo, pero no estoy segura de estar lista para ser tu novia.”

Él asintió, tratando de ocultar la decepción que sentía. “Está bien. No quiero presionarte para nada. Pero si te hace sentir mejor, podríamos tomar las cosas con calma.”

En lugar de verse aliviada, Harper parecía aún más preocupada. “No he salido con nadie en años. Estar cerca de alguien me aterra.”

Owen extendió las manos, colocándolas suavemente sobre sus hombros. “No hay nada de qué tener miedo. Independientemente de si eres mi novia o no, siempre seremos amigos. Eso no cambiará.”

Harper lo miró, sus ojos azules brillando. “Cuando tenía doce años, me gustabas.”

Owen se rió al ver la sonrisa que se dibujaba en su rostro. “Es bueno saberlo.”

Ella se acercó, colocando sus manos en su cintura. “Tenías dieciséis y Daniella me dijo que eras demasiado mayor para mí.”

Él levantó las cejas. “¿Te dijo algo más?”

“Dijo que te gustaba otra persona, así que hubiéramos estado condenados desde el principio.”

Owen miró a los ojos de Harper. Esperaba con todas sus fuerzas que no estuviera escuchando los consejos de su hermana ahora. “No siento eso por nadie más que tú, y tampoco he salido con nadie en años. ¿Eso te ayuda a decidir si quieres ser mi novia?”

Ella se mordió el labio inferior mientras pensaba en lo que él había dicho. “Durante la mayor parte de mi vida has sido el hermano mayor de Daniella. Será diferente ser tu novia.”

Una sensación de alivio y felicidad invadió a Owen. No se había dado cuenta de que había estado conteniendo el aliento mientras esperaba su decisión. “¿Eso significa que quieres intentarlo?”

Harper asintió. “Sí, quiero.”

“Eso... eso es genial,” tartamudeó. Sus manos le sostuvieron la mandíbula, acercándola. “Tomaremos todo paso a paso. No hay prisa.”

Su sonrisa se volvió más confiada. “Paso a paso suena perfecto,” coincidió antes de besarlo suavemente.

El corazón de Owen se aceleró con la suavidad de sus labios contra los suyos. Un beso que marcaba el comienzo de una nueva relación. Sintió la honestidad y el cuidado detrás de él, una promesa de lo que vendría.

Cuando se separaron, había una luz en los ojos de Harper que coincidía con la esperanza en el corazón de Owen. Se quedó allí un momento más, dejando que la importancia del beso y su decisión de estar juntos se asentara a su alrededor.

Eventualmente, Harper dio un paso atrás, sus manos permaneciendo en las de él un segundo más antes de soltarlas. “Debo dejar que vuelvas al trabajo. El abuelo me necesitará pronto.”

Owen miró su banco de trabajo y luego a Harper. El vidrio fundido, que antes era el centro de su atención, ahora parecía insignificante comparado con la mujer frente a él. “Estoy casi listo para irme,” decidió con una sonrisa. “Te acompañaré hasta tu bicicleta antes de irme a casa.”

Mientras se dirigían a la puerta del estudio, una calidez cómoda llenó el silencio entre ellos. En lugar de preocuparse por lo que podría deparar el futuro, Owen sintió una profunda sensación de que todo lo que había ocurrido era lo correcto.

“Gracias, Harper,” dijo cuando llegaron a su bicicleta, con una suave seriedad en su voz.

“¿Por qué?” preguntó ella.

“Por confiar en mí.”

“No es difícil. He confiado en ti toda mi vida.” Y con una sonrisa, se sentó en su bicicleta y se alejó pedaleando.

Owen la observó hasta que giró hacia Main Street. Esta noche había sido sobre algo más precioso que cualquier cosa que pudiera moldear con sus manos. Esta noche había sido sobre el comienzo de “nosotros”. El comienzo de algo que podría cambiar sus vidas para siempre.

CAPÍTULO 11



Harper estaba en la cocina de su abuelo, con el corazón latiendo ansiosamente contra sus costillas. La calidez de la casa la envolvía, era un consuelo contra sus nervios inquietos.

Owen se apoyaba en el mostrador, más relajado de lo que ella jamás estaría.

“¿Siempre es tan difícil decirle a una persona que estás saliendo con alguien?” murmuró, con la mirada fija en la puerta que llevaba al salón donde estaba su abuelo.

Owen se rió, el sonido haciendo poco por calmar su pulso acelerado. “Solo cuando importa mucho,” dijo, extendiendo la mano para apretar la suya.

Ella respiró hondo, exhalando lentamente. “El abuelo es una parte importante de mi vida. Especialmente después de todo lo que ha pasado.”

Owen asintió, comprendiendo el peso no dicho de sus palabras. “Te ama. Eso no cambiará porque estés saliendo conmigo.”

El crujido de una tabla del suelo anunció la llegada de Benjamin antes de que apareciera en la puerta. Su alta figura estaba encorvada sobre su andador, pero sus ojos seguían tan agudos y brillantes como siempre.

“Harper, Owen,” saludó Benjamin, con una nota de burla en su voz. “¿A qué se debe esta reunión formal en la cocina? ¿Están planeando un golpe?”

Harper sonrió ante su intento de aliviar la tensión. “No hay golpe, abuelo. Tenemos algo que decirte.”

Benjamin se acomodó en la mesa de la cocina, su mirada aguda rebotando entre Harper y Owen. “Suenan serio. ¿Qué tienen en mente?”

Owen le dio un asentimiento alentador, y Harper se preparó. “Owen y yo... hemos empezado a salir. Románticamente.”

Por un momento, el único sonido fue el tictac del viejo reloj en la pared. Luego, el rostro de Benjamin se iluminó con una amplia y conocedora sonrisa. “Bueno, ya era hora. Me preguntaba cuándo lo descubrirían.”

Harper parpadeó sorprendida. “¿No estás... sorprendido?”

“¿Sorprendido? Harper, te he visto crecer y sé cuándo alguien significa mucho para ti. Owen se ha convertido en una persona especial en tu vida, incluso cuando solo eran amigos.” La voz de Benjamin estaba llena de afecto.

Owen dio un paso adelante. “Me importa mucho Harper, señor Nelson. Siempre la respetaré y apoyaré en lo que necesite.”

“Lo sé, hijo. Tienes un buen corazón, como tu padre.” Benjamin se rió. “Con toda la tensión en la habitación, pensé que le habías pedido matrimonio a Harper.”

Harper no se atrevió a mirar a Owen. Decidir salir con él había sido una gran decisión. No podía imaginar cómo se habría sentido si él le hubiera pedido matrimonio. “Te has adelantado diez pasos, abuelo.”

“Tienes treinta y un años, Harper. No es un salto tan grande,” bromeó suavemente Benjamin, con un brillo en los ojos. “Pero soy paciente. Puedo esperar esa noticia.”

Owen sostuvo la mano de Harper. “Estamos tomando las cosas paso a paso.”

Benjamin se recostó en su silla. “Entonces, estoy feliz por los dos. No hay necesidad de apresurar lo que está sucediendo. Tómense su tiempo y disfruten cada momento a medida que llegue.”

Fueron a la sala de estar, compartiendo recuerdos, risas y la ocasional broma de buen humor de Benjamin. Cuando su abuelo abrió un álbum de fotos familiar, Harper suspiró.

No compartía lo que había en esas páginas desgastadas con muchas personas. Los miembros de la familia sonrientes, la mayoría ya fallecidos, eran el vínculo de su abuelo con el pasado, con momentos que lo hacían reír y llorar. Pero al mostrarle a Owen una foto de la abuela de Harper después de que se conocieron, la suave sonrisa en sus labios le trajo una lágrima a los ojos.

El tiempo no había sanado el dolor que sintieron cuando ella falleció. Pero había hecho más fácil hablar de ella, recordar los buenos tiempos que pasaron juntos. Si Harper pudiera tener la mitad de la vida que sus abuelos compartieron, sería feliz.

“Te quiero, abuelo,” dijo Harper, su voz espesa de emoción. “Gracias por todo lo que has hecho por mí.”

Benjamin levantó la vista, sus ojos reflejando el amor que sentía por ella. “Mi querida niña,” dijo, “verte feliz es todo el agradecimiento que necesito.”

Harper extendió la mano para tomar la suya. El mundo era un lugar mejor con Owen y su abuelo a su lado. Un mundo que de repente tenía aún más posibilidades.



EN UN RINCÓN tranquilo de El Café de la Luz Estelar, Harper jugueteaba con el asa de su taza, sus nervios bailaban como el vapor que se eleva de su café. Miraba hacia la puerta cada pocos minutos, esperando a que Daniella entrara.

Después de su abuelo, solo había otra persona con la que quería hablar sobre ella y Owen. Sin conocer a Daniella, nunca habría pasado tanto tiempo cerca de Owen. No es que hubiera querido que dos colegialas risueñas lo siguieran por la ciudad.

Harper sonrió cuando recordó las veces que se había alejado de ellas, especialmente cuando estaba con sus amigos.

Cuando Daniella finalmente llegó, con la confianza y la energía que llevaba como un aura, la ansiedad de Harper subió un poco.

La sonrisa de Daniella fue amplia cuando la vio y se sentó a su mesa. “Lo siento, llego tarde. El Bosque de las Hadas estaba inundado hoy” dijo, dejando su bolso. “Gracias por pedir una bebida para mí. Entonces, ¿qué pasa? Dijiste que era importante”.

Harper respiró hondo y sus palabras se enredaron antes de que salieran de su boca. “Yo... Owen y yo...” Hizo una pausa, buscando la mejor manera de decirlo, queriendo transmitir lo mucho que valoraba la amistad de Daniella y no quería que nada cambiara entre ellas.

Daniella frunció ligeramente el ceño ante la vacilación de Harper. “Estás empezando a preocuparme. ¿Está todo bien?”

“Sí, no, quiero decir, todo es genial, en realidad”. Los ojos de Harper se alzaron para

encontrarse con los de Daniella. “No sé si Owen te ha mencionado algo, pero estamos... viéndonos. Es decir, vernos”.

La revelación quedó flotando en el aire. La charla dentro del café se desvaneció en un zumbido distante mientras Harper esperaba la respuesta de Daniella. Por una fracción de segundo, temió haber cruzado una línea tácita, pero luego el rostro de Daniella esbozó una sonrisa radiante.

“¡Por fin!” exclamó Daniella. “Empezaba a pensar que mi hermano era ciego”.

Los nervios de Harper se desinflaron mientras reía con alivio. “¿No estás molesta?”

“No estoy ni cerca de estar molesta. Le he estado diciendo a Owen lo increíble que eres desde que te mudaste a Sapphire Bay.” Daniella se acercó a la mesa y apretó la mano de Harper. “Eres perfecta para él. Sabes cómo manejar sus peculiaridades y lo has visto en su momento más vulnerable. Además, nunca lo había visto tan feliz”.

Mientras hablaban, el entusiasmo de Daniella nunca disminuyó. Sus ojos brillaban de emoción cuando le dijo a Harper qué hacer cuando Owen estaba demasiado atrapado en su trabajo. “Puede ser un poco intenso con su soplado de vidrio. Si empieza a divagar sobre la viscosidad del vidrio o la temperatura perfecta de recocado, asiente con la cabeza y sonríe”.

Harper sonrió. “Lo recordaré, pero me encanta escucharlo hablar de su trabajo”.

“Bueno, no digas que no te lo advertí”, le dijo Daniella con una sonrisa. “Ya que estamos hablando de decisiones monumentales, yo tengo una propia. Harrison y yo hemos fijado una fecha para nuestra boda. Nos vamos a casar el 12 de marzo del año que viene”.

Los ojos de Harper se abrieron de par en par. Daniella había conocido a Harrison cuando él le pidió que lo ayudara a organizar un evento para celebrar la apertura del proyecto de vivienda comunitaria. Era una persona amable y el compañero perfecto para Daniella. “Eso no está muy lejos”.

“No vamos a tener muchos invitados”, le dijo Daniella. “Si Harrison y yo pudimos reabrir el Bosque de las Hadas después de los daños causados por las inundaciones, podemos organizar una boda en seis meses”.

Harper no pondría nada más allá de Daniella. Era la persona más decidida que conocía. “Si necesitas ayuda, házmelo saber. ¿Te vas a casar en el Bosque de las Hadas?”

Daniella negó con la cabeza. “Es un lugar maravilloso, pero se sentiría demasiado como ir a trabajar. El pastor John nos va a casar en la Iglesia Connect. Después, tendremos nuestra recepción en un antiguo granero a las afueras de la ciudad. Los Montgomery tienen todo lo que necesitamos”.

Cualquiera que fuera el lugar que Daniella eligiera, sería especial, especialmente con su fantástica capacidad para crear eventos memorables. “Estoy tan feliz por ti”.

“Yo también me alegro por mí”, dijo Daniella con una sonrisa. “Lisa, la hermana de Harrison, ha sido increíble. De camino a casa después de su última visita, se detuvo en una boutique de moda en Bozeman. Además de vender ropa preciosa para el día a día, la propietaria ha diseñado vestidos de novia galardonados. He visto uno que es exageradamente increíble”.

Harper se echó a reír. “¿Tiene alas de hada?”

“Por el momento no, pero nunca se sabe lo que pasará de aquí a nuestra boda”.

“No puedo esperar a ver el vestido. ¿Has organizado algo más?”

Durante la siguiente media hora, Daniella le contó sobre las otras cosas que había reservado. Harper esperaba que Harrison supiera lo torbellino que era su prometida cuando estaba lidiando con un marco de tiempo ajustado. Con el programa de catering de la iglesia proporcionando la comida, y su amiga Paris diseñando el ramo de novia y las flores, sería un día maravilloso.

Harper comprobó la hora. “Me encantaría hablar más tiempo, pero necesito llegar a casa con el abuelo”.

“Está bien. ¿Cómo está Benjamin?”

“Lo está haciendo bien. Zac está contento con los resultados de sus últimos análisis de sangre y está haciendo todos los ejercicios que le dio su fisioterapeuta”.

Daniella recogió su bolso. “Debe ser horrible tener un derrame cerebral. Tiene suerte de que hayas podido volver a casa”.

“Soy afortunada. El abuelo es una persona maravillosa. Gracias por ser tan comprensiva con Owen y conmigo” dijo Harper mientras se ponían de pie para irse. “Realmente quería que lo escucharas de mí”.

Daniella la abrazó con fuerza. “Gracias por hacer tan feliz a mi hermano. Y no te atrevas a pensar que ahora te estás saliendo de las cenas de los domingos. Eres oficialmente parte de la familia”.

Al salir al sol de la tarde, Harper sintió que flotaba mientras caminaba. Con la bendición de su abuelo y Daniella, su relación con Owen se sentía aún más correcta, y no podía esperar a ver qué les deparaba el futuro.

CAPÍTULO 12



Una semana después, Owen colocó dos jarrones de vidrio junto a otros en su estudio. Todo estaba saliendo mejor de lo que esperaba para su exhibición, pero aún estaba preocupado. A pesar de que había vendido muchos artículos en el festival de verano, eso no significaba que la gente quisiera ver más de su trabajo.

Harper y Daniella habían llegado hacía una hora para ayudarlo a montar las exhibiciones. Además de ser una distracción bienvenida, habían transformado su estudio. Usando las estanterías que Steve había hecho, habían dispuesto cuidadosamente los cuencos de vidrio, los pisapapeles y los jarrones con pequeñas tarjetas que describían la inspiración detrás de cada colección.

Con una sonrisa, Harper colocó un cuenco azul pálido sobre una mesa. “¿Mi condición de novia significa que obtengo un descuento en cualquier cosa que compre?”

Su hermana añadió un pisapapeles a juego a la colección. “Solo si se me aplica el mismo descuento”.

Owen las miró y sonrió. “Depende de lo que ofrezcan a cambio”.

Daniella arqueó las cejas. “Estamos en el siglo XXI. Tu retorcido sentido del humor no te llevará a ninguna parte”.

“¿Ni siquiera un lote de mis galletas favoritas con chispas de chocolate?”

Harper sonrió. “Si eso es todo lo que se necesita, te hornearé un poco. Daniella me dio su receta”.

Owen se echó a reír, imaginando la montaña de galletas que devoraría si Harper las horneaba. “En ese caso, puedes tener el descuento que quieras”. Cuando Daniella se aclaró la garganta, él puso los ojos en blanco. “También puedes tener un descuento”.

Con un ligero beso en la mejilla, Harper tomó otro tazón. “Solo estaba bromeando”.

Pero no lo había hecho. Las últimas semanas habían sido algunas de las mejores de su vida. Harper lo centró, hizo que los momentos en los que se sentía abrumado fueran un poco menos desalentadores. Sin su apoyo, dudaba que la exposición se hubiera llevado a cabo.

Mientras llevaban más objetos al estudio, Harper se detuvo, inclinando la cabeza hacia un lado. “Todo es tan hermoso, Owen. ¿Vas a volver a abrir tu estudio o es la única vez?”

Se detuvo, la pregunta lo tomó desprevenido. Había estado tan concentrado en lo que sucedería al día siguiente que no había pensado en adelantar sus planes.

“No iba a abrir regularmente mi estudio hasta el año que viene”, admitió Owen, con los ojos recorriendo las mesas. “Pero si quiero ganarme la vida haciendo esto, es posible que tenga que abrir antes que eso”.

“Podrías organizar talleres y eventos temáticos especiales”, agregó Daniella. “La gente

siempre está buscando cosas diferentes que hacer”.

“Es una gran idea”, dijo Harper, con los ojos brillando de emoción. “Nadie más tiene un estudio de vidrio cerca. Sería algo especial que la gente podría hacer junta”.

En ese momento, su teléfono sonó. Mientras leía el texto, sonrió. Era de Penny Terry, confirmando que podía mudarse a una de las casas comunitarias. El arrendamiento era solo por doce meses, pero era un comienzo, un lugar al que llamar suyo por un tiempo.

Le devolvió el mensaje para decirle que podría reunirse con ella la próxima semana para firmar el contrato de alquiler, y luego miró a Harper y Daniella. “Parece que me mudaré pronto. Penny dijo que podía alquilar la cabaña que Harper y yo miramos. Es solo por doce meses, pero será bueno tener un lugar propio”.

“Eso es fantástico”, dijo Daniella.

Harper lo abrazó. “Eso es increíble. Enhorabuena”.

La puerta principal se abrió y llegaron sus padres, con los brazos cargados de adornos para el estudio.

“No tenían que traer todo esto”, dijo Owen mientras rescataba una de las cajas que llevaba su padre.

“Tonterías” replicó Lynda, con los ojos brillantes. “Quieres que la gente recuerde venir aquí, y estas decoraciones harán que el estudio brille”.

George colocó las otras dos cajas que llevaba sobre el mostrador. “Traje todas nuestras luces de hadas. Esperemos que sea suficiente”.

Daniella tomó una bolsa de adornos de su mamá. “Lo que sea que hayas traído será increíble”.

El resto de la noche fue un frenesí de actividad mientras trabajaban juntos, arreglando las luces, cubriendo las telas y creando el ambiente para la exposición. Owen sintió una abrumadora sensación de gratitud cuando su familia y Harper crearon un telón de fondo increíble para su arte.

Independientemente de lo que sucediera mañana, estas personas, este momento, serían la base de todo. Con un apoyo como este, creía que todo era posible.

“La cena corre por mi cuenta esta noche” anunció Owen una vez que terminaron. “Como agradecimiento por todo su arduo trabajo”.

Su mamá sonrió. “Cenar juntos suena encantador, pero no es necesario que pagues por nosotros. Estamos contentos de ser parte de esto con ustedes”.

Daniella sonrió. “Será mejor que aproveches al máximo tu tiempo con Owen. Ha encontrado otro lugar donde vivir”.

Owen gruñó. Era típico de Daniella contarle a sus padres que él se iba de casa. Incluso a los treinta y seis años, las hermanitas podían seguir siendo molestas.



AL DÍA SIGUIENTE, Harper estaba en el estudio de Owen escuchando las animadas discusiones que tenían lugar a su alrededor. La sala estaba llena de caras conocidas de Sapphire Bay y visitantes que habían oído hablar de la exposición.

Para el deleite de todos, Theo había entrevistado a Owen en el estudio mientras estaba en el aire. Mientras Mabel revoloteaba por la habitación, pidiéndole a la gente que se callara, se sentía como si estuvieran en un set de filmación. Una vez que terminó, todos aplaudieron y vitorearon, y Owen se relajó visiblemente.

Harper dudó cuando una mujer le hizo algunas preguntas sobre un tazón. Ella respondió lo

mejor que pudo, esperando que su descripción de cómo se había hecho fuera correcta. Algo que dijo debió de tener sentido para la mujer. Con una sonrisa de agradecimiento, la mujer llevó el cuenco y un pisapapeles a juego a Daniella en el mostrador de ventas.

Owen estaría encantado con lo bien que estaba yendo el día. Ella estaba orgullosa de las horas extras que él había pasado en su estudio preparándose para hoy. Pero más orgullosa de su determinación para superar su renuencia a estar aquí y darle a todos un día que no olvidarían.

Mientras ayudaba a la gente, miraba a Daniella desde el otro lado del estudio. Manejaba el mostrador de ventas con la facilidad de alguien acostumbrado al caos de la venta al por menor. De vez en cuando, le lanzaba a Harper una mirada que decía: “¿Puedes creer esto?”

Antes de que tuviera la oportunidad de reorganizar los cuencos en la mesa de exhibición, un hombre y una mujer le preguntaron a Harper sobre el proceso de soplado de vidrio. Parecían genuinamente fascinados por lo que les dijo. “Owen pone todo en estas piezas. No se trata solo de soplar vidrio; Se trata de tiempo, temperatura y mucha creatividad”, dijo, señalando un cuenco multicolor que brillaba bajo las luces del estudio. “Cada pieza cuenta su propia historia”.

La pareja asintió con aprecio y echó un vistazo más de cerca a los cuencos sobre la mesa, murmurando el uno al otro. Después de que eligieron algo para llevar a casa, Harper los llevó al mostrador de ventas.

En su camino hacia allí, vio a Owen en medio de un grupo, hablando sobre el proceso detrás de una de sus piezas más complicadas. Harper sintió una oleada de afecto mientras explicaba cómo había dado forma al jarrón y cómo había añadido los remolinos azules profundos a través del cristal.

Sus padres también trabajaban duro. Además de reabastecer las mesas, estaban contando a todo el mundo sobre los primeros experimentos de Owen con el vidrio, añadiendo un toque personal a la exposición.

Mientras ayudaba a Daniella a envolver las compras de la gente, Harper vigilaba la hora. Owen quería cerrar la exposición a las cuatro de la tarde y ya no estaba lejos de eso.

Cuando Daniella terminó de atender a un cliente, Harper le entregó una botella de agua. “¿Cómo te sientes?”

“Exhausta. No puedo creer la cantidad de gente que ha venido a la exposición”.

Harper se despidió de una dama a la que había ayudado hacía unos minutos. “Yo tampoco. Había mucha gente aquí que nunca había visto antes”.

“Y la mayoría de ellos compraron algo”. Daniella bebió un sorbo de agua y miró al otro lado de la habitación a su hermano, que estaba guardando algunas de las piezas que no se habían vendido. “Owen tendrá que dormir durante una semana después de esto”.

“Si quiere mudarse a la cabaña, no tendrá la oportunidad”, le dijo Harper con una sonrisa.

Mientras Daniella atendía a otro cliente, Harper se acercó a Owen. “Lo hiciste” susurró.

Se dio la vuelta y la rodeó con el brazo. “*Lo hicimos*”, corrigió suavemente. “No podría haber hecho esto sin ti ni sin mi familia”.

La sinceridad de su voz la conmovió profundamente. “Estoy feliz de ser parte del día de hoy. Fue maravilloso ver a tanta gente en el estudio. ¿Hablaste con el abuelo cuando vino con Allan Terry?”

“Lo hice. Me dijo lo mucho que le gustaba verlo todo. Me alegro de que se sienta mejor y quiera ser parte del día de hoy. Su apoyo significa mucho”.

“Discúlpame”, dijo una mujer desde su lado. “¿Puedo hacerles una pregunta sobre estos pisapapeles?”

Owen sonrió, y Harper lo dejó para que respondiera a las preguntas de la mujer. Poco a poco,

la multitud dentro de la sala se fue reduciendo.

Cuando la última persona se fue, la madre de Owen corrió al frente del estudio. “¿A alguien le importa si cierro la puerta? Si la dejamos abierta, alguien entrará”.

Harper miró a Owen. Ya habían tenido media docena de personas que entraron después de que todos los demás se hubieran ido.

“Cierra la puerta, mamá”, le dijo Owen. “De lo contrario, nunca llegaremos a casa”.

Con una floritura, giró el cerrojo. “Eso es lo que obtienes por ser tan talentoso”.

Daniella gimió. “Harrison podría tener que darme el masaje de pies más grande de todos los tiempos. Mis pies me están matando”.

La madre de Owen levantó las cejas en dirección a su marido.

“Tenía la sensación de que pensarías que era una buena idea” murmuró George.

Harper se rió de su expresión. A medida que ordenaban el estudio, se sentía como un lugar diferente, menos un escaparate del talento de Owen y más un testimonio de sus esfuerzos colectivos. Y una celebración de todo lo bueno que había en el mundo.

Cuando sonó su teléfono, pensó que debía ser su abuelo asegurándose de que todo estuviera bien. Pero el nombre de Zac aparecía en la parte superior de la pantalla. Con mano temblorosa, respondió a la llamada. “Hola, Zac. ¿Está bien el abuelo?”

“No llamo por Benjamin.” Había un filo en su voz que la hizo fruncir el ceño. “Ha habido un accidente a las afueras de la ciudad. Un autobús se salió de la carretera y hay varias víctimas. Lamento preguntarte esto, pero los paramédicos están al menos a veinte minutos de distancia. Si estás en la ciudad, ¿puedes venir conmigo?”

A Harper se le atascó el aliento en la garganta. El repentino flashback de los abrumadores días en el Hospital Bellevue durante la pandemia inundó sus sentidos. El sonido de los monitores, la desesperación, el toque de una esperanza fugaz, todo se precipitaba dentro de ella, haciéndola sentir enferma.

“¿Harper?” La voz de Zac, bordeada por la preocupación, atravesó sus recuerdos.

“Sí, sí, por supuesto. Estoy en el estudio de Owen. Te veré en la clínica.” atinó a responder, con la voz más fuerte de lo que sentía. Al terminar la llamada, se dirigió a Owen y su familia. “Tengo que irme. Ha habido un accidente y Zac me necesita”.

Owen dejó la caja que sostenía sobre el mostrador. “Te llevaré”.

Daniella corrió detrás del mostrador y agarró la chaqueta de Harper. “Apagaremos las luces y cerraremos la puerta después de que nos vayamos”. Apretó el brazo de Harper antes de volverse hacia su hermano. “Si Zac necesita más ayuda, que simplemente llame”.

Owen se subió la cremallera de la chaqueta. “Le diré.” Con un rápido adiós a su familia, tomó la mano de Harper. “Vamos. ¿Estás bien?”

Harper no sabía cómo se sentía. Lo único que sabía era que la gente necesitaba su ayuda.

CAPÍTULO 13



Conducir a la clínica de Zac desde el estudio era más rápido que caminar. La tensión llenó la cabina del vehículo mientras Harper se preparaba para lo que les esperaba, para las lesiones que podrían enfrentar cuando llegaran al accidente.

Cerró los ojos y respiró hondo, aprovechando sus años de experiencia para calmar sus nervios. Owen se quedó callado. Ella lo miró y suspiró. “Te agradezco que me hayas llevado a ayudar a Zac”.

Él le envió una sonrisa tranquilizadora. “Si está bien contigo y Zac, me gustaría ir contigo. Es posible que necesites otro par de manos”.

Harper no esperaba que hiciera eso. “¿Estás seguro?”

“Es mejor que estar en el estudio y preocuparme por ti”.

Ella apreciaba su apoyo, pero eso no la dejó menos preocupada por su trastorno de estrés postraumático. “Si es demasiado, siéntate en un lugar que esté lejos del accidente. Te encontraré antes de que nos vayamos”.

Extendiendo la mano, Owen le apretó la suya. “Estaré bien. He hecho suficiente entrenamiento de primeros auxilios para saber qué hacer”.

Tan pronto como llegaron a la clínica, Harper saltó de la camioneta. Zac los estaba esperando, con el rostro sombrío. Owen se ha ofrecido a venir con nosotros.

Zac respiró aliviado. “Gracias, Owen. Ya he puesto los suministros y equipos adicionales que podríamos necesitar en mi camioneta”.

Sin perder un momento, se subieron a la camioneta de Zac y se dirigieron hacia las afueras de la ciudad.

A Harper se le cortó el aliento cuando vio el autobús. Yacía torpemente contra un árbol, con el costado arrugado y las ventanas destrozadas. Seis pasajeros habían logrado salir del vehículo, con expresiones de conmoción y dolor. No sabía cuántos estaban atrapados dentro, pero sus gemidos de angustia atravesaban el aire de la tarde.

Zac se puso inmediatamente en modo médico, con voz tranquila, pero con autoridad, mientras abría el portón trasero de la camioneta y sacaba un maletín médico. “Harper, ¿puedes venir conmigo? Evaluaremos a las personas en el autobús accidentado. Owen, ¿puedes hacer que las personas al costado de la carretera se sientan lo más cómodas posible? Lleva contigo los botiquines de primeros auxilios y el desfibrilador, y asegúrate de ponerte un par de guantes. Si se enganchan en algo, desinfectate las manos antes de ponerte otro par. Harper regresará tan pronto como hayamos estabilizado a la gente en el autobús”.

Cuando Owen se acercó para recuperar los suministros médicos, Harper agarró un kit y siguió a Zac.

Su corazón se aceleró al pasar por encima de vidrios rotos y metal retorcido. Dentro del autobús, la escena era aún más terrible. Los pasajeros atrapados se encontraban en diferentes estados de conciencia, y sus heridas eran más graves de lo que había imaginado.

El conductor estaba inmovilizado en su asiento por el volante y estaba inconsciente. Mientras Zac trataba de estabilizarlo, Harper se movió al otro lado del vehículo. La mujer en el asiento del pasajero delantero se había llevado la peor parte del impacto. Tenía las piernas aplastadas y un fuerte dolor abdominal. La adolescente sentada justo detrás de ella no podía moverse ni sentir sus piernas.

“Le pediré a Owen que nos ayude”, le dijo Harper a Zac.

Tan pronto como llegó, Owen le puso un collarín cervical a la adolescente y le aplicó vendajes de presión en la peor de sus heridas. Su voz calma y tranquilizadora ayudó a Harper tanto como a la joven.

Zac colocó una máscara de oxígeno sobre la cabeza del conductor. “¿Cómo están los demás pacientes, Owen?”

“Lo están haciendo bien. Los seis tienen cortes por vidrios rotos o por golpearse la cabeza contra el costado del autobús. Les dejé algunas vendas y mantas de aluminio. Son capaces de ayudarse mutuamente hasta que yo vuelva”.

Zac asintió. “Eso es genial. ¿Cómo se sienten los dos?”

Harper abrió el botiquín y sacó un estetoscopio. “Estoy mejor de lo que pensaba”. Miró a Owen.

“Estoy bien”, les dijo. “¿Qué necesitas ahora?”

Zac miró a Owen. “Consígueme un torniquete rápido. Hay uno en el botiquín a mi lado”.

Cuando Owen salió del autobús para ayudar a Zac, las manos de Harper se movieron con una precisión nacida de la necesidad.

Canalizó su angustia anterior para asegurarse de que la mujer a la que cuidaba pudiera respirar y perdiera la menor cantidad de sangre posible. Mientras trabajaba, evitaba mirar el metal que los sepultaba. La mujer a la que estaba tratando de consolar tenía suficiente caos a su alrededor como para que Harper aumentara su estrés.

Mientras trabajaban, Owen mantuvo al equipo de los servicios de emergencia al tanto de lo que estaba sucediendo. Cuando podía, se aseguraba de que todos los que estaban fuera del autobús estuvieran lo más cómodos posible.

Harper respiró aliviada al oír el sonido de las sirenas que se dirigían hacia ellos. No llevaban mucho tiempo aquí, pero parecía toda una vida.

Tan pronto como llegaron los bomberos y los paramédicos, Zac salió de los restos destrozados para contarles sobre cada paciente y lo que habían hecho para ayudarlos. Harper lo miró, sintiendo una mezcla de admiración y agotamiento. Esta era la parte de ser una enfermera de trauma que recordaba muy bien: las secuelas, cuando la adrenalina se desvanecía y la realidad se imponía.

Cuando los bomberos estuvieron listos para sacar al conductor y al pasajero delantero del autobús, Harper y Owen los dejaron para que hicieran su trabajo.

El rostro de Owen estaba pálido pero sereno. Llamó la atención de Harper y le envió una sonrisa de alivio. A pesar de su trastorno de estrés postraumático, habían ayudado a todos los involucrados en el accidente.

Con las luces intermitentes y el sonido del metal crujiendo a su alrededor, una ola de pánico amenazó con abrumar a Harper. La intensidad de la situación, los recuerdos que despertó de su tiempo en Nueva York y el crudo recordatorio de la fragilidad de la vida, la golpearon de

repente.

Owen debió de notar su angustia. Acercándose, le rodeó los hombros con un brazo. “Yo siento lo mismo. Esperemos junto a la camioneta de Zac.”

Cuando llegaron, Harper se inclinó hacia delante. Con las manos apoyadas en las rodillas, respiró hondo, tratando de calmar su corazón acelerado. “Solo necesito un minuto”.

“Tómate todo el tiempo que necesites” le dijo Owen.

Harper asintió, agradecida que esté allí con ella. Poco a poco, se enderezó y se sintió un poco mejor. El sonido de los servicios de emergencia trabajando de fondo se convirtió en un zumbido lejano. Estar más lejos del accidente hizo que fuera más fácil dejarlo en el fondo de su mente.

Owen sostuvo sus frías manos entre las suyas. “Lo hiciste muy bien”.

“Tú también. ¿Cómo te sientes?”

“Un poco abrumado”, respondió. “Pero me alegro de haber podido ayudar”.

Las puertas de una de las ambulancias se cerraron y el conductor se apresuró alrededor del vehículo. “No sé cómo desconectarme,” confesó, admitiéndose vulnerable que rara vez había expresado en voz alta. “Incluso después de todos los años que estuve trabajando como enfermera, no he logrado separar mi vida personal de situaciones como esta.”

Owen le apretó suavemente el hombro. “No tienes que desconectar, no del todo. Es parte de lo que eres y de lo que te hace especial”.

Los ojos de Harper se llenaron de lágrimas. ¿Cómo podría alguien sentirse abrumado con alguien como Owen en sus vidas? “¿Estás seguro de que estás bien?”

“Estaré mejor una vez que nos vayamos. Los ejercicios de respiración que me enseñó el pastor John me están ayudando”.

Harper le dedicó una débil sonrisa. “Debería ir a más reuniones”.

Antes de que Owen pudiera responder, Zac se unió a ellos. “Ambos hicieron una enorme diferencia hoy. Si no estuvieras aquí, podríamos haber perdido al menos a uno de los pasajeros”.

Harper se inclinó hacia Owen. “Tú también lo hiciste muy bien, Zac. Espero que todos estén bien”.

Permanecieron juntos en silencio, viendo partir la última ambulancia y al helicóptero de rescate llevar a los pacientes con las heridas más graves al centro de traumatología más cercano. Para Harper, fue un duro recordatorio de por qué se había convertido en enfermera y por qué se había ido.

Mientras se preparaban para conducir de regreso a la ciudad, ella ya estaba pensando en los días que se avecinaban. Para los pacientes y sus familias, habría citas de seguimiento con los médicos, historias de recuperación, tal vez incluso una despedida difícil. Pero, por ahora, estaba agradecida de haber estado aquí para ayudar, y por el apoyo de Owen y Zac.



CON LAS MANOS inestables en el volante, Owen condujo por las tranquilas calles de Sapphire Bay. Dejar a Harper en casa de su abuelo había sido más difícil de lo que pensaba. Quería pasar tiempo con ella, desestresarse de lo que habían visto y oído. Pero, por mucho que eso le hubiera ayudado, ella necesitaba estar con Benjamin.

A diferencia de Harper, no estaba listo para ver a su familia. En lugar de ir a un restaurante, su madre había preparado la cena para todos. El prometido de Daniella estaría en la casa de sus padres, junto con algunos otros amigos a los que habían invitado.

No se le ocurría nada peor que intentar fingir que no había ocurrido nada fuera de lo común.

Así que, en lugar de ir a casa a cenar, se dirigía a la casa de Steve.

La pequeña casa de Steve, ubicada en las afueras de la pequeña aldea, le daba a Owen una sensación de paz, incluso cuando había luchado contra la depresión y los intensos períodos de soledad. No sabía si era porque la casa era pequeña o porque formaba parte de un proyecto que protegía a las personas más vulnerables de la comunidad.

La pequeña aldea seguía siendo uno de los principales proyectos de la iglesia. Las primeras casas se construyeron como parte de una prueba para ver si harían una diferencia para las personas que sufrían de falta de vivienda crónica. El éxito rotundo del sistema de apoyo integral había animado al pastor John a expandir el proyecto hasta que hubiera más de veinticinco hogares. Cada una de las casas les dio a los residentes algo que nunca habían tenido: un lugar cálido, seguro y permanente al que llamar hogar.

Owen llamó a la puerta de Steve. Su amigo respondió casi de inmediato, su expresión pasó de sorpresa a preocupación.

“Hola, Owen. ¿Qué pasa?” preguntó Steve mientras se hacía a un lado para dejar entrar a Owen.

Owen entró en el acogedor interior, la calidez lo envolvió como un abrazo de bienvenida. Respiró hondo y buscó las palabras adecuadas. “Hubo un accidente” comenzó a decir, con la voz más firme de lo que sentía. “Un autobús se salió de la carretera. Harper y yo fuimos con Zac a ayudar”.

Steve frunció el ceño mientras le hacía un gesto a Owen para que se sentara. “¿Fue malo?”

Tomando asiento en una silla, Owen se aferró a los brazos de tela desgastados para evitar que le temblaran las manos. “Nadie murió, pero no fue bueno. Dos personas quedaron atrapadas en el autobús y una adolescente sufrió heridas graves. Otras seis personas tuvieron que ser trasladadas al hospital de Polson. Harper y Zac fueron increíbles, pero...” Se quedó callado, las imágenes volvieron a inundarlo.

Steve se sentó frente a él. “¿Pero qué? Háblame”.

“Me costó separar lo que pasó hoy del tiroteo”. Owen vaciló, esforzándose por expresar sus sentimientos con palabras. “Cuando llegaron los bomberos, sus luces intermitentes me llevaron de vuelta al día en que murió mi compañero”.

Steve se inclinó hacia delante, con los ojos fijos en los de Owen. “Es normal sentirse así”.

Owen sintió que el peso del día oprimía sobre él. “Eso es lo que me sigo diciendo a mí mismo, pero fue más que una reacción normal. Nada ha desencadenado mi trastorno de estrés postraumático durante mucho tiempo. Pensé que estaba mejorando, pero todavía está ahí”.

“Pudiste ayudar en una situación en la que mucha gente habría evitado hacerlo”.

“Supongo, pero estuvo muy cerca. Cada sirena y cada grito era como estar de vuelta en el centro comercial”. La voz de Owen apenas pasaba de un susurro, los recuerdos amenazaban con consumirlo.

Steve guardó silencio por un momento. “Has recorrido un largo camino desde que te fuiste de Detroit. Podrías haberte quedado atrás cuando Harper y Zac condujeron hasta el accidente, pero querías ayudar”.

Consideró las palabras de Steve. “No quería decepcionar a Harper. Está lidiando con sus propios problemas de trabajo en el hospital”.

“Tú también estás pasando por muchas cosas”.

Owen se pasó la mano por la nuca. “No quiero que se preocupe por mí”.

Steve frunció el ceño. “Te preocupas por alguien porque te importa”.

Cerrando los ojos, Owen respiró hondo. Harper significaba todo para él. Había pasado tanto

tiempo desde la última vez que alguien, aparte de su familia y amigos, había estado tan cerca de él y se sentía extraño. “Supongo que será mejor que me acostumbre a estar en una relación”.

Steve sonrió. “Teniendo en cuenta que Harper es tu novia, diría que es algo en lo que querrás concentrarte. ¿Dónde *está* Harper, de todos modos? Pensé que estaría contigo.”

“Tenía que volver a casa para cuidar a Benjamin”.

De pie, Steve se dirigió a la cocina compacta. “Hablando de que te cuiden, ¿puedo llevarte una bebida caliente? Ayer compré una mezcla especial de café en la tienda general”.

“No diré que no”, le dijo Owen. “¿Recibiste el correo electrónico sobre el día de adopción de mascotas de la iglesia?”

“Lo hice. Pensé en ver si había perros disponibles”.

Owen miró alrededor del desordenado interior de la pequeña casa. “Este lugar es demasiado pequeño para un perro”.

Steve sonrió. “Mucha gente en el pueblo tiene perros pequeños. Podría adoptar un chihuahua”.

Por primera vez desde que había dejado el accidente, Owen se echó a reír. Steve medía casi un metro ochenta y cinco. Un chihuahua apenas le llegaría a los tobillos. “Me encantaría verte sacándolo a pasear”.

“Soy un tipo que defiende la igualdad de oportunidades”, dijo Steve con un brillo en los ojos. “Incluso los perros pequeños necesitan a alguien que los ame”.

Owen no podía discutir eso. Mientras hablaban de lo que estaba sucediendo en Sapphire Bay, una sensación de calma se apoderó de él. Si algo le había enseñado aquella noche era que era capaz de hacer más de lo que pensaba.

Y gracias a Harper y Zac, fue más de lo que había hecho en mucho tiempo.

CAPÍTULO 14



El aire de la tarde era fresco cuando Harper aparcó su bicicleta fuera del estudio de Owen. La puerta principal seguía entreabierta, la luz se derramaba sobre la acera.

Los últimos días habían sido difíciles. Había hablado con su abuelo sobre el accidente y los buenos y no tan buenos recuerdos que había sacado a la superficie. Lo que no esperaba eran las noches de insomnio y un corazón que se salía de control cuando menos lo esperaba. O los recuerdos de la gente a la que había cuidado en Nueva York, y la tragedia de las almas que nunca habían llegado a casa.

Esa noche, tenía que hacer algo para que todo fuera más fácil de soportar. Respiró hondo, se enderezó el chándal y entró en el estudio.

Owen estaba al otro lado de la habitación, limpiando su mesa de trabajo, de espaldas a la puerta. El estudio se llenó de sus últimas creaciones, los tonos vibrantes del vidrio se asentaron como arcoíris de luz en los estantes de madera.

Owen no se dio cuenta de que ella estaba allí. Ella dudó por un momento, observándolo, admirando la forma en que había encontrado la manera de salir del horrible lugar al que lo había llevado el trastorno de estrés postraumático.

“Hola” gritó Harper en voz baja, sin querer asustarlo.

Se dio la vuelta y su rostro se iluminó con una sonrisa de sorpresa. “Me alegro de verte. Te iba a llamar más tarde”.

Arrastró los pies, súbitamente nerviosa. “Me preguntaba si te gustaría salir a correr conmigo”.

Sus ojos se entrecerraron ligeramente mientras observaba su apariencia, el chándal, las zapatillas y, luego, las ojeras debajo de sus ojos.

Sintiéndose cohibido, Harper le tocó la cara, dándose cuenta de lo que había visto. “Estoy un poco cansada”, admitió, las palabras fueron poco más que un susurro.

La expresión de Owen se suavizó. “Pensé que no te gustaba correr”.

Harper se acercó a él. “Podría andar en bicicleta mientras tú corres”.

“Eso suena como un buen compromiso”. Abrió los brazos y la abrazó. “¿Sigues teniendo pesadillas?”

Mientras ella asintió, su mejilla se frotó contra su suéter verde. “Desperté al abuelo anoche. Cree que debería ver a Ethan.”

“¿Qué te parece?”

Harper miró a Owen. “Es un gran terapeuta, pero preferiría hablar con el pastor John. Me siento incómoda hablando con Ethan ahora que estoy trabajando en la clínica”.

“Puedo entenderlo. Y, para responder a tu pregunta, una carrera suena genial. Dame unos

minutos para cambiarme”.

Cuando Owen desapareció por una puerta, Harper deambuló por el estudio, contemplando los proyectos en varias etapas de finalización. Se detuvo cuando vio unas bonitas botellas de vidrio sobre una mesa. A diferencia de las otras colecciones de vidrio de Owen, estas botellas eran de vidrio liso y transparente. Pasando la mano por los lados irregulares, se preguntó para qué servían.

Cuando Owen regresó, vestido con su ropa de correr, Harper sintió una punzada de gratitud. No la presionó por las noches de insomnio ni por las preocupaciones tácitas que se cernían entre ellos.

En lugar de eso, le ofreció una sonrisa amable. “¿Listo?”

“Eso espero.”

Al salir del estudio, giró el letrero de la puerta a “Cerrado” y apagó los interruptores de la luz.

Con su casco bien abrochado, Harper siguió a Owen por las calles de Sapphire Bay. En poco tiempo, llegaron a un sendero que serpenteaba alrededor de la orilla del lago.

El sonido rítmico de los pasos de Owen y el suave resoplido de su respiración calmaron la mente de Harper. Y, al pasar por The Lakeside Inn, la tensión se desvaneció de sus hombros. Esta parte del lago Flathead era su favorita. Con su amplia orilla de piedra y los bonitos jardines de las propiedades con vistas al agua reluciente, siempre había algo diferente que ver.

Owen la miró y sonrió. “Cuéntame cómo fue tu día”.

Harper pensó en la caótica mañana. “Estuvo muy ocupado. Hay una especie de bicho estomacal circulando por la ciudad. Megan salvó el día con un lote de muffins frescos. Se había enterado del accidente y quería agradecernos por ayudar. No te preocupes. También guardé uno para ti. Está en mi mochila”.

“¿Es de chispas de chocolate?”

Ella sonrió y negó con la cabeza. “Es de manzana y canela con glaseado de limón. Pero no te preocupes. Es delicioso”.

Owen señaló hacia adelante. “Cuidado con el tronco”.

Se desvió hacia la derecha y luego comenzó a pedalear de nuevo. “Todavía te debo unas galletas con chispas de chocolate. Podríamos hacerlos esta noche después de nuestra carrera, si estás libre.”

“Te ayudaría incluso si tuviera otra cosa que hacer”.

Harper se echó a reír. “Espero ser yo la razón y no las galletas”. La sonrisa maliciosa que Owen le envió derritió su corazón. Cualquiera pensaría que era una adolescente enamorada por la forma en que latía su pulso. “Lo tomaré como un sí”.

“Siempre será un sí”, le dijo Owen.

Con un cálido rubor calentando sus mejillas, Harper pasó a través de un montón de hojas esparcidas por el sendero. Antes de que se diera cuenta, sus días de montar en bicicleta por Sapphire Bay terminarían hasta finales de la primavera.

Pero, por ahora, estaba en su lugar feliz.

Se mantuvieron en el camino, con un silencio fácil que hizo que el viaje fuera aún más especial. A mitad de camino, se detuvieron en un área de picnic con vistas a toda la bahía. Harper sostenía su bicicleta mientras disfrutaba de la increíble escena debajo de ellos.

Owen estaba a su lado. “Esta vista nunca cansa” dijo en voz baja, con la mirada fija en el horizonte.

“No, jamás” convino Harper, con una voz apenas superior a un susurro. Sintió la mirada de

Owen sobre ella, y lo miró a los ojos, encontrando en ellos una preocupación que reflejaba cómo se sentía.

“¿Las pesadillas son sobre el accidente o cuando estabas en el hospital durante el COVID?” preguntó Owen.

El peso de los últimos días presionó a Harper. “Tienen que ver con el hospital. Pensé que estaría bien, pero me trajo muchos malos recuerdos”.

Owen extendió la mano, encontró la de ella y sus dedos se entrelazaron. “Estoy aquí, Harper. Para lo que necesites”.

Las lágrimas brotaron de sus ojos. La amabilidad en su voz hizo que todo volviera a correr. “Lo sé” dijo ella, apretándole la mano. “Pero es difícil no dejar que el pasado eclipse todo lo demás”.

Owen la abrazó suavemente. “Lo sé. Yo siento lo mismo, pero nos tenemos el uno al otro. Lo superaremos juntos”.

Mientras estaban allí, con vistas a Sapphire Bay, una sensación de paz se apoderó de Harper. Los miedos y preocupaciones que la habían perseguido desde el accidente no desaparecieron, pero, con los brazos de Owen envueltos alrededor de ella, se sintieron menos abrumadores.

“Deberíamos regresar” dijo Owen, con tono reacio.

Ella se apartó, pero le cogió la mano. “¿Te he dicho lo increíble que eres?”

“Hoy no, pero me alegro de que pienses que soy increíble. Tú también lo eres”.

Con sus labios rozando los de Owen, Harper susurró las palabras que nunca le había dicho a nadie. “Creo que me estoy enamorando de ti. Y no estoy segura de qué hacer al respecto”.

Owen apoyó su frente contra la de ella. “No tienes que hacer nada al respecto. Yo también te quiero. Podemos averiguar el resto mientras comemos galletas con chispas de chocolate”.

Harper se rió. “Confío en que siempre pienses en tu estómago. Será mejor que volvamos a casa antes de que recuerdes lo que hay en mi mochila.” Antes de que él pudiera moverse, ella saltó sobre su bicicleta y pedaleó fuera del claro. Su sonrisa se amplió cuando miró por encima del hombro.

Owen estaba de pie con las manos en las caderas, su expresión era más feliz de lo que había sido en mucho tiempo, a pesar de que ella tenía su delicioso panecillo en su mochila.



CUANDO OWEN y Harper entraron en la cocina de su abuelo, el rostro de Harper se iluminó con una calidez que llenó toda la habitación. Benjamin, ya ocupado con los ingredientes para las galletas, se volvió y sonrió, con su expresión reflejando el afecto de Harper.

“Abuelo, empezaste sin nosotros.” Harper fingió estar decepcionada, pero no pudo ocultar la sonrisa que se colaba en su voz.

Habían llamado a Benjamin de camino a casa para asegurarse de que tuviera todos los ingredientes que necesitarían para hornear las galletas. No estaba bromeando cuando dijo que les echaría una mano. Con la harina, el azúcar, las chispas de chocolate y muchos otros ingredientes en el mostrador, estaba más organizado de lo que Owen pensaba que estaría.

Benjamin se rió, un sonido lleno de cariño. “Tenía que asegurarme de que todo estuviera listo. No podemos dejar que se quejen de mis habilidades de preparación, ¿verdad?”

Harper abrazó a su abuelo. “Como si alguna vez lo hiciéramos,” dijo suavemente, retrocediendo para mirarlo con una expresión llena de amor y respeto. “Tú eres el chef maestro por aquí.”

Owen observó, sintiendo una profunda valoración por la escena que se desarrollaba ante él. Estaba claro que Harper y su abuelo compartían una conexión especial llena de momentos compartidos como estos.

“Está bien,” dijo Benjamin con una expresión juguetona en su rostro. “Hagamos que estas galletas sean las mejores que Sapphire Bay haya visto.”

Harper y Owen se lavaron las manos en el fregadero antes de unirse a Benjamin en el mostrador.

“¿Qué es lo primero, abuelo?”

“Como si necesitaras preguntar.” Benjamin bromeó, ofreciéndole un pequeño trozo de chocolate de la bolsa destinada a las galletas. “Control de calidad del sabor, por supuesto.”

Harper se metió el chocolate en la boca, cerrando los ojos momentáneamente como si saboreara un buen vino. “Hmm. Pasa la prueba de calidad de Harper. Podemos proceder.”

Owen se rió. Era genial ver a Harper en su elemento, su amor por su abuelo brillando en cada palabra y gesto. Mientras avanzaban en los pasos para hacer las galletas, Harper a menudo revisaba a Benjamin, asegurándose de que tuviera todo lo que necesitaba y, de vez en cuando, tocándole el brazo o el hombro en un gesto silencioso de afecto.

“Entonces, abuelo,” dijo Harper mientras mezclaba la masa, “cuéntanos sobre cuándo aprendiste a hornear. ¿Fue Nana tu maestra?”

Benjamin hizo una pausa, con un brillo nostálgico en los ojos. “Lo fue. Tu abuela tenía la paciencia de un santo, especialmente cuando convertí más de una receta en carbón”.

Harper sonrió y se inclinó hacia su abuelo. “Sin embargo, apuesto a que aprendiste rápido. Siempre has sido un gran cocinero”.

“Mientras tuviera a tu Nana a mi lado, podía conquistar cualquier receta”, dijo Benjamin, con voz tierna. Miró a Owen. “Espolvorea las chispas de chocolate en el tazón, hijo. Intenta esparcirlas por la masa. Hace que sea más fácil para Harper mezclarlas uniformemente con los otros ingredientes”.

Owen siguió las instrucciones de Benjamin, sintiéndose privilegiado de presenciar el afecto genuino entre Harper y su abuelo. Desde sus bromas alegres hasta su escucha atenta, momentos como este eran más que hornear galletas; se trataba de mantener vivo el amor y los recuerdos que unían a Harper y su familia.

Después de que Benjamin estuvo satisfecho con la cantidad de chispas de chocolate que habían agregado, Harper colocó la masa en el mostrador y Owen lavó los tazones. Mientras lo hacía, Harper le contó a su abuelo sobre su tiempo en el camino. Pintó un cuadro tan vívido de las hojas otoñales, el aire fresco rozando su piel y la impresionante vista de la bahía, que Owen pudo imaginarse a sí mismo allí, con ella de nuevo.

“Parece que el aire fresco fue bueno para tu alma” le dijo Benjamin a Harper.

“Lo fue, pero pasar tiempo con Owen fue mejor. Es una buena influencia para mí”.

La cálida sonrisa que Benjamin le envió a Owen lo hizo sentir bienvenido y profundamente respetado.

“Me alegra oír eso”. Mientras presionaba un cortador de galletas en la masa aplanada, Benjamin dijo: “Tu abuela y yo teníamos una filosofía simple sobre nuestro matrimonio. Siempre mantuvimos las líneas de comunicación abiertas, pasara lo que pasara”.

Owen echó una mirada a Harper. Ella se aseguraba de que el horno estuviera a la temperatura correcta pero aún escuchaba a su abuelo.

“No recuerdo que ustedes dos alguna vez hayan estado en desacuerdo sobre algo,” le dijo Harper.

“Tuvimos nuestras buenas dosis de desacuerdos,” respondió Benjamin. “No siempre fue fácil, pero amar a alguien significa estar ahí para ellos, incluso cuando es difícil. Y tu abuela era el tipo de mujer que hacía que estar ahí fuera fácil.” Su voz tenía un tono de nostalgia al hablar de su difunta esposa.

Harper frunció el ceño mientras recogía otro cortador de galletas. “¿Eran mis padres felices juntos?” preguntó, con una vulnerabilidad en su voz que hizo que Owen quisiera acercarse y consolarla.

Benjamin se detuvo, una tristeza que le arrugó el ceño antes de responder. “Tus padres tuvieron sus luchas, como cualquier pareja. Pero te amaban profundamente, Harper. A veces, el amor se enreda en la rutina diaria de la vida, pero eso no significa que no esté allí.”

Owen observó cómo Harper absorbía las palabras de su abuelo, vio cómo estaba formando su propio entendimiento del amor y la felicidad. Ella no hablaba sobre la relación de sus padres, y eso estaba bien para él. Pero era bueno saber sobre su vida después de haber dejado Sapphire Bay, los cambios que habían moldeado a la persona que era hoy.

Su respeto por ella se profundizó con cada historia que compartían en la cocina de Benjamin. Estos momentos no solo eran sobre pasar el tiempo o hacer galletas; se trataban de entramar el tejido de sus vidas juntos, hilo por hilo.

Mientras Owen colocaba la masa de galletas cortada en las bandejas para hornear, Benjamin les contaba más historias sobre su esposa. Al igual que su abuela, Harper era amable y cariñosa. Sentía las cosas profundamente y mantenía cerca a las personas que amaba.

Cuando Benjamin habló sobre lo que Harper había hecho la última Navidad, su mirada encontró la de Owen. Él sonrió cuando sus ojos brillaron con travesura. Ella había sorprendido a Benjamin y a su madre organizando una visita secreta de Santa, con regalos personalizados y muchas risas.

Benjamin terminó su historia y sonrió a su nieta. “Mejor pongamos estas galletas en el horno. No queríamos desperdiciar todo este trabajo duro.”

Mientras se ocupaban de los preparativos finales, Owen echó una mirada a Harper. Cualquiera que fuera el futuro, momentos como este eran tan preciosos como las personas cuyas vidas habían sido tocadas por su amor y bondad.

CAPÍTULO 15



Cuando Harper terminó el papeleo del día en la clínica médica, Daniella irrumpió por las puertas. Por la expresión de preocupación en su rostro, Harper adivinó que algo grave había sucedido. Era hora de cerrar, así que rápidamente cerró la puerta principal antes de dirigir toda su atención a su amiga.

“Pareces estresada. ¿Qué pasa?” preguntó Harper.

“Es el lugar de la boda,” explicó Daniella, con la voz cargada de preocupación. “El granero de los Montgomery tiene un problema estructural y no saben cuándo estará arreglado. Alguien ya reservó El Bosque de las Hadas para el mismo fin de semana. He llamado a todos los demás lugares, y están completamente reservados para mediados de marzo. ¿Qué voy a hacer?”

La urgencia en la voz de Daniella atravesó el corazón de Harper. Sabía cuánto había soñado Daniella con una boda perfecta en primavera. “Vamos a la casa de mi abuelo y busquemos una solución,” sugirió, su cerebro ya corriendo a través de posibles soluciones.

Después de despedirse de Zac, Ethan y Bailey, Harper levantó su bicicleta y la colocó en la parte trasera de la camioneta de Daniella. “¿Qué tal si haces la recepción en el parque frente al lago?” preguntó Harper. “Hubo una gran reunión familiar allí el fin de semana pasado.”

Daniella cerró la puerta trasera. “Llamé al condado y pregunté sobre eso. Hay una feria en el parque el fin de semana en que nos casamos. Y para complicar más las cosas, el clima podría ser demasiado frío para estar afuera.”

“¿Has preguntado a las hermanas Terry sobre el Lakeside Inn? Mabel me mostró las fotos de la boda de Katie. La posada se veía preciosa.”

Daniella arrancó la camioneta. “Está reservada. Su próximo fin de semana disponible no es hasta junio.”

Eso no sorprendió a Harper. El pequeño bed-and-breakfast siempre parecía estar lleno de huéspedes.

Daniella revisó el espejo retrovisor. “No pensé que sería tan difícil encontrar otro lugar para nuestra recepción.”

“No te preocupes,” la tranquilizó Harper. “Encontraremos algo.”

Para cuando llegaron a la casa del abuelo de Harper, Daniella no estaba tan estresada como en la clínica. Una vez dentro, Harper les preparó una taza de café y se sentaron en la mesa de la cocina con Benjamin. Entre los tres, estaba segura de que encontrarían algunos lugares donde Daniella y Harrison podrían celebrar.

“¿Qué tal el centro comunitario?” sugirió Harper.

“Está reservado para una exposición de arte local.”

Harper lo intentó de nuevo. “¿El viejo molino junto al río?”

“Una conferencia sobre agricultura sostenible lo ha reservado,” dijo Daniella, su voz volviéndose más pequeña.

Benjamin, que había estado escuchando en silencio, finalmente habló. “¿Qué tal el Museo del Viejo Barco de Vapor? Hemos tenido galas navideñas y todo tipo de eventos allí.”

Lamentablemente, Daniella negó con la cabeza. “Está reservado.”

Los ojos de Harper se abrieron. Había un lugar que no habían considerado. “¿Cuántas personas invitarás a la recepción?”

“Si no tenemos ninguna adición de última hora, habrá treinta y nueve invitados. ¿Has pensado en otro lugar?”

Harper asintió. “¿Qué tal el estudio de Owen? Hay mucho espacio en el área de exhibición y está lleno de encanto rústico y carácter.”

Daniella frunció el ceño. “No es lo que originalmente imaginé, pero... podría ser hermoso. Con las decoraciones y la disposición adecuadas, podría funcionar.”

Harper vio un destello de esperanza renacer en los ojos de Daniella. “Es lo suficientemente grande para tu lista de invitados. Podríamos colgar luces en las vigas y usar decoraciones de El Bosque de las Hadas para agregar un toque mágico a la noche. Sería diferente, pero seguiría siendo muy tú.”

Benjamin miró a Daniella. “Mejor pregunta a Owen si está bien antes de emocionarte demasiado.”

“Owen no se molestará,” dijo ella con confianza.

“El abuelo tiene razón,” le dijo Harper a su amiga. “¿Por qué no lo llamas para ver si está bien?”

Daniella sacó su teléfono del bolsillo y llamó a su hermano. Su rápida conversación terminó con una amplia sonrisa. “Dijo que sí. No puedo creer que no lo haya pensado antes.”

Benjamin le pasó a Daniella un plato de galletas. “Tres cabezas siempre son mejor que una. Toma una de estas mientras pensamos en cómo podría funcionar.”

Mientras discutían la logística, Harper observó cómo el estrés de Daniella se transformaba en entusiasmo. Hablaron sobre cómo podrían organizar las mesas y si la cocina era lo suficientemente grande. Mientras Daniella buscaba en sus correos electrónicos el menú que habían elegido, Benjamin recordaba otros eventos a los que había asistido.

Al final de la noche, Daniella estaba llena de entusiasmo. “Sabes, esto podría ser incluso mejor que mi plan original. Será único, y eso es exactamente lo que queríamos.”

Harper sintió una ráfaga de felicidad por su amiga. Requeriría mucho trabajo, pero ya estaba imaginando la hermosa recepción de boda que Daniella y Harrison merecían.

Cuando Daniella se fue, llena de planes y tareas para el día siguiente, Harper se volvió hacia su abuelo, agradecida por su sabiduría y apoyo. “Gracias por ayudarnos a ver el lado positivo, abuelo,” dijo, dándole un gran abrazo.

Benjamin sonrió, sus ojos brillando con orgullo. “La vida se trata de sacar lo mejor de lo que nos viene. Ustedes lo hicieron esta noche.”

Mientras recogía los platos, Harper pensó en el estudio de Owen. Si a Harrison le gustaba el nuevo lugar, todos estarían felices. Esta noche fue un recordatorio de que a veces, lo inesperado podría llevar a algo verdaderamente especial.



OWEN ESTABA SONRIENDO en la puerta principal de su nueva casa en Anchor Lane, disfrutando de

una sensación de anticipación. Mudarse a la cabaña representaba un nuevo comienzo, un lugar que podría llamar suyo en el corazón de Sapphire Bay.

Mientras sus padres llevaban cajas por el camino que conducía a la puerta principal, Owen sintió una profunda gratitud. Su madre había estado dirigiendo las operaciones con ojo experto, asegurándose de que cada caja encontrara su lugar adecuado dentro. Su padre era más cauteloso. El ataque al corazón de George los había asustado a él y a todos los que estaban cerca de él. Owen apreciaba la ayuda de sus padres, pero no quería arriesgar la salud de su papá.

“Recuerda lo que dijo el doctor, papá. Tómallo con calma,” dijo Owen mientras su padre entraba con una caja pesada etiquetada ‘Libros’.

“Estoy bien, hijo. Esto no es nada,” respondió George, aunque permitió que Owen le quitara la caja con un suspiro resignado.

Steve sonrió. “Hay muchas otras cajas en el camión, Sr. Judd. Pero si ve una con muchas bolsas de papel marrón dentro, déjela ahí. Es para más tarde.”

Owen tenía una idea bastante clara sobre lo que habría dentro. “Esa caja no tendrá nada que ver con tus preguntas sobre el menú del Café de la Luz Estelar, ¿verdad?”

“Podría, pero no puede ver lo que hay dentro hasta que terminemos.”

Owen no se quejaría si Steve había comprado algo del café. Todo allí era delicioso.

Después de que llevaron el último mueble adentro, los pensamientos de Owen se dirigieron a Harper. Después de terminar su trabajo, iba a ir a casa a ver a su abuelo antes de venir aquí. La idea de verla, de compartir este nuevo capítulo de su vida con ella, le producía un cálido resplandor en el corazón. Harper se había convertido en una parte importante de su vida, y no podía imaginar que no estuviera aquí.

Entró en la sala de estar para ayudar a su madre.

Lynda vació una gran bolsa llena de cojines. “Es una cabaña encantadora, Owen. Harás muchos recuerdos felices aquí.”

Owen sonrió, su mirada recorriendo la acogedora habitación que estaba llena de sus muebles y sueños. “Gracias, mamá. Ya se siente como en casa.”

El sonido de un camión deteniéndose llamó su atención hacia la ventana. Harper bajó del camión cargando una caja.

“Perdón por llegar tarde,” dijo mientras Owen la recibía en la veranda.

La calidez en sus ojos hizo que el corazón de Owen se saltara un latido. “No hay necesidad de disculparse. Ya estás aquí.” Le quitó la caja y sonrió. “¿Qué es esto?”

“Un pajarito me dijo que podrías necesitar una tostadora. Si ya encontraste una, siéntete libre de dársela a otra persona. Si no, es tu regalo de inauguración.”

Owen no sabía cómo se había enterado de que no tenía una tostadora, pero estaba agradecido por el regalo práctico. “Todavía estoy sin tostadora, así que gracias. ¿Cómo está tu abuelo?”

“Está contento. Sus amigos lo recogieron esta mañana y lo llevaron al museo del viejo barco de vapor para trabajar en un proyecto ultrasecreto.”

Benjamin le había dicho a Owen que estaba haciendo un regalo para el cumpleaños de Harper. No estaba impresionado de que tomara diez veces más tiempo construirlo que antes de su derrame cerebral, pero estaba satisfecho por cómo estaba quedando.

Owen pasó su brazo alrededor de los hombros de Harper. “Ven adentro. Steve todavía está aquí con mamá y papá, y Daniella debería llegar en aproximadamente una hora.”

Lynda y George recibieron a Harper con abrazos y palabras de bienvenida. El vínculo entre ella y su familia había crecido, especialmente cuando vieron lo feliz que era Owen cuando estaba con ella.

Juntos, todos se trasladaron a la cocina, donde Steve había dispuesto un festín.

Los ojos de Owen se abrieron de par en par. “Así que sí compraste comida del café.”

Steve sonrió. “Aprovecho cualquier excusa que encuentre para comer la deliciosa repostería casera de Andrea.”

“Yo también,” dijo Lynda mientras le daba un plato a Harper. “¿Qué opinas de la cabaña de Owen?”

“Es encantadora. Me gustan los cojines que has añadido al sofá en la sala de estar.”

“Daniella los encontró en la tienda de segunda mano en Polson,” dijo el papá de Owen. “Tiene una habilidad para estar en el lugar correcto en el momento adecuado. Igual que su madre.”

Lynda sonreía de placer cuando su marido les contaba historias de otras cosas que había encontrado en tiendas de segunda mano.

“Yo también compro cosas nuevas”, les dijo a todos con una sonrisa. “Pero disfruto reciclando todo tipo de cosas para convertirlas en tesoros familiares”.

Owen cogió una rebanada de pastel del mostrador y observó a Harper charlar con sus padres. Su risa se mezclaba con la de ellos, con un sonido que llenaba de felicidad la cabaña.

“Brindemos por los nuevos comienzos”, sugirió Steve, levantando un vaso de sidra de manzana. Las copas tintinearón y un coro de “Por nuevos comienzos” se elevó por toda la sala. Owen miró a su alrededor los rostros de las personas que amaba, sintiendo una profunda sensación de satisfacción. Mientras vivía en Detroit, se había perdido momentos como estos. Su vida había girado en torno al trabajo y no mucho más. Si estaba buscando un lado positivo para tener TEPT, este era el lugar.

Familia, amigos, buena comida y una mujer que hacía su vida completa. No se puede pedir mucho más que eso.

Después de haber disfrutado de la comida y la bebida, cada uno de ellos fue a una parte diferente de la cabaña, con la esperanza de desempacar las últimas cajas antes de irse.

Owen levantó la vista cuando Harper entró en la sala de estar. “¿Cómo te va?”

“El baño y la lavandería están listos. Tu papá conectó tu lavadora y la secadora de ropa solo necesita ser enchufada”. Harper miró alrededor de la sala de estar y sonrió. “Esto se ve precioso. Has movido el sofá a la otra pared y has añadido algunas plantas en macetas”.

“Daniella trajo las plantas con ella. Dijo que crearían un ambiente más saludable para mí”. Owen se acercó y bajó la voz. “Personalmente, creo que ha estado leyendo demasiados libros de autoayuda”.

Una voz femenina se aclaró la garganta desde la puerta.

Owen apoyó la barbilla en el pecho. “Mi hermana está detrás de mí, ¿no?”

Harper sonrió. “Así es, pero no te preocupes. Daniella parece demasiado feliz para estar de mal humor contigo por mucho tiempo.”

Owen se dio la vuelta. Daniella estaba de pie detrás de él con otra planta en maceta en sus brazos.

“No volveré a estar gruñona con Owen nunca más,” dijo firmemente.

“Eso es porque usarás mi estudio para tu recepción de bodas.”

Daniella le envió a su hermano una amplia sonrisa. “Y Harrison y yo estaremos eternamente agradecidos.” Colocó el helecho verde oscuro en el centro de la mesa de café de Owen. “Las plantas no solo se ven bien, sino que también te hacen sentir bien. Mi amiga Paris es dueña de La Cabaña de las Flores. Ella dijo que los estudios muestran cómo las plantas mejoran tu estado de ánimo, aumentan la creatividad, reducen el estrés y eliminan los contaminantes del aire. Son el

ingrediente perfecto para convertirte en una persona más saludable y feliz.”

Owen acercó a Harper y le besó la mejilla. “Eso es lo que Harper hace por mí.”

“No estoy segura de sí ser comparada con una planta es algo bueno,” dijo Harper con una sonrisa. “Pero me gusta saber que te sientes feliz a mi lado.”

“Es más que eso. Me gusta pasar tiempo contigo y ser parte de tu vida,” dijo Owen, con la voz baja y cargada de emoción.

Harper apoyó la cabeza en su hombro. “Yo siento lo mismo.”

Daniella gimió. “Eso es demasiado romanticismo para mí. Steve dijo que hay mucha comida sobrante en la cocina. ¿Quieres algo?”

Owen quería muchas cosas, y ninguna de ellas involucraba sándwiches, pastel o muffins. “Estoy bien. ¿Y tú, Harper?”

Ella sonrió y lo besó firmemente en los labios. “Tengo todo lo que necesito aquí mismo.”

Owen sintió la verdad de sus palabras en lo más profundo de su alma. Con Harper a su lado y el apoyo de su familia y amigos, estaba listo para enfrentar lo que viniera.

Daniella suspiró. “Parece que Cupido ha vuelto a atacar. Iré a comer algo mientras ustedes desempacan el resto de las cajas... si es que alguna vez lo hacen.”

Owen apretó su abrazo a Harper. En este momento, lo único que le importaba era la mujer en sus brazos, y no veía que eso cambiara.

CAPÍTULO 16



Los neumáticos de la bicicleta de Harper crujieron suavemente contra la grava cuando se detuvo frente al estudio de Owen. Apoyando su bicicleta contra la pared de ladrillo rojo, respiró hondo.

Después de pensarlo mucho, se había inscripto en el curso de trauma que Zac quería que hiciera. Era un gran paso, no solo profesionalmente, sino también personalmente. Después de meses de intentar olvidar lo que había sucedido durante la pandemia, finalmente estaba lista para enfrentar su pasado de frente y usar sus experiencias para ayudar a otras personas.

Empujando la puerta del estudio, entró. Una ola de calidez y creatividad la envolvió mientras miraba a Owen al otro lado del estudio.

Él se giró para mirarla, y su rostro se iluminó con una sonrisa. “Hola, Harper.” Dejando sus herramientas, caminó hacia ella. “Es una agradable sorpresa.”

A pesar de las mariposas en su estómago, ella le devolvió la sonrisa. “Voy a casa para almorzar con el abuelo. Pensé en pasar a verte.”

Owen la besó suavemente. “Me alegra que lo hayas hecho. Se pone un poco silencioso cuando mi aprendiz no está aquí.”

Un rubor cubrió sus mejillas. “Mi técnica de soplado de vidrio deja mucho que desear, pero disfruto ayudarte.” Se mordió el labio inferior. “Hay algo que quiero contarte. Me inscribí en el curso de trauma del que Zac me habló.”

Los ojos de Owen se agrandaron. “Pensé que no querías hacerlo.”

“Eso creía, pero desde el accidente del autobús, lo he estado pensando mucho. El accidente me hizo darme cuenta de cuánto puedo ayudar a Zac y a nuestra comunidad. He pasado años entrenándome para ser enfermera de trauma. Si no sigo mejorando mis habilidades, me estaría fallando a mí misma y a mi familia.”

Owen le sostuvo las manos. “¿Qué hay del programa de alcance para cuidadores? ¿Puedes hacer ambos?”

“Debería estar bien. La mayor parte del curso de trauma se puede hacer desde casa, así que no necesito ir lejos. Cuando tenga que viajar, Zac se ha ofrecido a darme permiso con sueldo para que aún pueda ayudar con los gastos de la casa del abuelo.”

“¿Eso significa que volverás a la enfermería?”

Harper dudó antes de responder. Incluso con la calificación adicional, no había muchas oportunidades para usar sus habilidades en Sapphire Bay. Para eso, tendría que mudarse a otra ciudad. “No estoy segura. Por ahora, quiero centrarme en establecer el grupo de apoyo y superar el curso.”

Owen asintió, pero Harper pudo notar que algo le preocupaba.

“¿Crees que el curso de trauma es una buena idea?” le preguntó.

“Deberías hacer lo que te haga feliz,” dijo sin responder a su pregunta.

Harper inclinó la cabeza, esperando a que continuara. Cuando no lo hizo, apretó su mano. Le contaría lo que le pasaba cuando estuviera listo. “¿Qué has estado haciendo hoy?”

Sus ojos se arrugaron en las esquinas. “He estado experimentando. Mira esto.” La llevó al otro lado de la habitación a una mesa que no estaba allí la última vez que ella había visitado. “Quería capturar la magia de las auroras boreales.”

La última creación de Owen era una escultura de vidrio que brillaba con colores tan vivos que eran hipnotizantes. Parecía como si un pedazo del cielo estuviera atrapado en el vidrio.

“Es increíble.” Harper admiró la forma en que la luz jugaba a través de la escultura, creando un baile de colores que casi parecía vivo. “¿Cómo hiciste que los colores fueran tan fluidos?”

Su sonrisa se amplió. “Hay tres capas de vidrio en la parte principal de la escultura. Cada capa tiene diferentes colores y propiedades. Cuando se combinan, el vidrio adquiere una personalidad propia. Estaba pensando en hacer una serie inspirada en maravillas naturales. Las auroras boreales son solo el comienzo.”

Harper pasó la punta de los dedos sobre la superficie lisa del vidrio. “Esto será una fotografía increíble. ¿Has hablado con Emma sobre construir un sitio web para el estudio?”

Owen asintió. “También está buscando formas de usar las redes sociales para promocionar el estudio. No sé qué ideas se le ocurrirán, pero hablaremos de ello la próxima vez que nos veamos”.

“Suena emocionante. Los dos estamos estirando nuestras zonas de confort”, murmuró Harper.

Owen colocó el dedo debajo de su barbilla y ella alzó los ojos hacia los suyos. “Me preocupa lo que significará la publicidad adicional. Pero, mientras estemos estirando nuestras zonas de confort juntos, no me importa. ¿Cuándo comienza el curso de trauma?”

“La semana que viene. Si necesito a alguien con quien probar mis nuevas habilidades, te llamaré”.

Owen se echó a reír. “Tú has eso. Mientras no me inyectes drogas experimentales, soy todo tuyo”.

“Eso es lo que esperaba que dijeras.” Harper sonrió antes de mirar su reloj. “Necesito irme. ¿Todavía puedes cenar con nosotros esta noche?”

“No me lo perdería. Llevaré postre”.

Harper le dio un fuerte abrazo. “Eso será encantador. Te veré en unas horas”.

Mientras pedaleaba hacia la casa de su abuelo, Harper pensó en los pasos que estaba dando para tener una vida mejor para ella y la comunidad.

El sentimiento de propósito la llenó de una fuerza silenciosa. El apoyo de Owen y los proyectos en los que ambos se estaban embarcando, se sentían como piezas de un rompecabezas que encajaban, creando un futuro más brillante para ambos.



OWEN SE SENTÓ FRENTE a Harper y su abuelo en la pequeña mesa de la cocina. Acababan de disfrutar de una deliciosa comida juntos y la conversación fluía fácilmente. Harper les contó lo que estaba pasando en la clínica y Owen habló de sus últimas piezas de vidrio.

Benjamin escuchaba atentamente, disfrutando de las historias que compartían.

Cuando empezaron a hablar del próximo cumpleaños de Harper, ella no dijo mucho.

Benjamin, con un brillo en los ojos, sugirió organizar una fiesta con todos los amigos de Harper. “Será maravilloso ver a todos de nuevo.”

Harper no estaba tan emocionada. “Agradezco la idea, abuelo, pero no tengo ganas de hacer algo grande este año. Sería igual de feliz con una comida aquí contigo, mamá y Owen.”

“Tuviste una cena tranquila el año pasado,” dijo con una sonrisa alentadora. “No todos los días mi nieta cumple treinta y dos años.”

Harper miró a Owen, esperando que la apoyara. Pero, esta vez, él estaba firmemente del lado de su abuelo. Especialmente porque sabía sobre la fiesta sorpresa que Benjamin estaba organizando.

“Sería divertido invitar a tus amigos,” dijo Owen suavemente. “Podríamos hacer una barbacoa y poner algo de música.” Mantuvo una expresión neutral, tratando de ocultar lo que ya sabía.

Harper frunció el ceño. “Lo pensaré.”

“No lo pienses demasiado,” le dijo Benjamin. “Tu cumpleaños es la próxima semana. Tendremos que informar a todos lo que va a pasar.”

Harper levantó su taza de café y frunció el ceño a su abuelo. “Solo para ser claros, estamos hablando de unos pocos amigos, una barbacoa y algo de música, ¿verdad?”

Benjamin asintió. “Será mejor que le avisemos a tu mamá,” añadió Benjamin. “Nunca me perdonaría si organizáramos una fiesta sin ella.”

“Mamá me llamó esta mañana. Viene a Sapphire Bay para mi cumpleaños y preguntó qué quiero hacer.”

Benjamin frunció los labios.

Owen miró a Benjamin. No parecía que la mamá de Harper le hubiera contado a su hija sobre la fiesta de cumpleaños, lo cual era bueno.

Benjamin jugueteó con el asa de su taza. “¿Dijo Carrie cuándo va a llegar?”

Harper frunció el ceño. “Espera llegar a las tres de la tarde del miércoles. Dijo que te llamaría.”

“Debo haberlo olvidado.” Benjamin se aclaró la garganta. “¿Estás ocupado el jueves por la noche, Owen?”

Una punzada de culpa hizo que Owen se sintiera tan incómodo como Benjamin. Incluso decir una pequeña mentira piadosa a Harper no se sentía bien. “Si esa es la noche de la fiesta, estaré aquí.”

Harper le dirigió a su abuelo una mirada suplicante. “Intenta no invitar a nadie más hasta que lo haya pensado.”

“Haré lo mejor que pueda,” prometió. La conversación continuó y Benjamin centró su atención en Owen. “Un amigo me llevó al museo del antiguo barco de vapor el otro día y te vimos corriendo por la ciudad. Parecía que tenías una misión.”

Owen recordó la carrera. “Quería aprovechar el clima,” respondió, sin querer mencionar las razones más profundas detrás de su necesidad de correr y la forma en que ayudaba a despejar su mente.

“Owen corre casi todos los días,” añadió Harper.

“Eso te mantendrá en forma,” dijo Benjamin. “¿Cómo te va en tu nuevo hogar, Owen?”

“Es fantástico, aunque a mamá le preocupa que no esté comiendo lo suficiente. Sigue trayendo guisos al estudio.”

Harper sonrió. “Aprovecha. Nada sabe mejor que una comida hecha por otra persona. Me encanta cuando el abuelo hornea.”

Benjamin se rió. “Quizás no soy tan bueno como solía ser, pero aún puedo crear un poco de magia en la cocina. Y hablando de magia, he estado queriendo preguntar cuáles son tus intenciones hacia Harper.”

Harper jadeó. “¡Abuelo! No deberías preguntarle eso a Owen.”

“Tonterías. No viviré para siempre. Quiero saber que estás feliz y pasando tiempo con alguien que se preocupa por ti.” Benjamin se centró en Owen. “¿Es esta relación una solución a corto plazo en tu vida o algo más grande?”

Harper se cubrió las mejillas calientes con las manos. “Oh, Dios mío, ¡abuelo! ¡Tengo treinta y un años!”

Un nudo se formó en la garganta de Owen. Respetaba profundamente a Benjamin y sabía la importancia de la conversación. “Está bien, Harper. Estoy feliz de responder a la pregunta de tu abuelo.” Volvió su atención a Benjamin. “Harper significa mucho para mí,” comenzó, eligiendo cuidadosamente sus palabras. “Me importa más de lo que me ha importado nadie. Quiero estar ahí para ella, apoyarla en todo lo que haga. No puedo predecir el futuro, pero sé que quiero que tu nieta sea parte de mi vida.”

Benjamin estudió a Owen por un momento, como si sopesara sus palabras. Entonces, su rostro esbozó una cálida sonrisa. “He visto la forma en que ustedes dos están juntos. Son buenos el uno para el otro”, dijo, suavizando su voz. “Solo quería escucharlo de ti. Mabel dijo que estás pensando en abrir tu estudio al público.”

Los ojos de Owen se abrieron de par en par. No debería estar sorprendido de que Mabel supiera de sus planes, pero lo estaba. “No he fijado una fecha, pero lo estoy pensando. El doble de autobuses turísticos paran en la ciudad los viernes y sábados. No se necesitaría mucho para abrir en esos días. Mamá dijo que ayudaría con el mostrador de ventas y papá está feliz de ser un respaldo”.

Harper sonrió. “Tu mamá será fantástica. Siempre ha tenido una manera de relacionarse con la gente”.

Owen asintió. “Y creo que será bueno para el estudio, no solo para las ventas, sino para construir una conexión con la comunidad”.

“Es una decisión inteligente”, dijo Benjamin. “La gente de aquí disfrutará viendo cómo creas tus piezas, especialmente después de las buenas historias que surgieron de tu exposición. No todos los días puedes ver a un artista trabajando”.

Owen sintió una oleada de gratitud por el aliento tanto de Harper como de su abuelo. “Gracias, espero que salga bien. Y tal vez podamos usarlo como una oportunidad para mostrar el trabajo de otros artistas también”.

Harper se quedó pensativa. “Podrías preguntarle a Steve si quiere mostrar algo de su trabajo”.

“Es una gran idea. Le preguntaré la semana que viene. Owen extendió la mano y tomó la de Harper entre las suyas. “Conociendo a Steve, querrá rediseñar el estudio”.

El resto de la noche estuvo llena de buena conversación y risas alegres. Mientras Owen ayudaba a Harper a recoger la mesa, pensó en lo mucho que había cambiado su vida. Hace un año, nadie hubiera imaginado que tendría su propio estudio o que se ganaría la vida creando cuencos de vidrio y otras obras de arte.

Sus amigos en Detroit se sorprenderían al ver cuánto había cambiado. Y, esperaba, más que un poco impresionados con lo que estaba haciendo.

CAPÍTULO 17



Owen revisó su reloj para asegurarse de que todavía tuvieran tiempo suficiente para decorar la casa de Benjamin antes de la fiesta de Harper. Había pasado un rato con Carrie, la mamá de Harper, la noche anterior. Con su corto cabello oscuro y sus claros ojos azules, Harper se parecía más a ella de lo que él recordaba.

Benjamin estaba en su garaje, envolviendo el regalo de cumpleaños de Harper. Considerando su tamaño, podría estar allí por un buen rato.

“¿Quieres que infle más globos?” le preguntó a la mamá de Harper.

Carrie colocó un arreglo floral en el centro de la mesa del comedor. “Lo que has hecho debería ser suficiente. De lo contrario, todos estarán chocando con las cintas que hemos atado alrededor de la base de ellos.” Movié las cintas rosas y plateadas que colgaban del techo mientras volvía a la cocina. “Es muy amable de tu parte ayudar con las decoraciones, Owen.”

“Me alegra que me hayas llamado.” Subiendo la escalera, sujetó un extremo del rollo de serpentinas a la pared antes de dejar que el resto se desenrollara hacia el suelo. “¿Crees que Harper sospecha algo?”

Carrie salió de la cocina con una gran bandeja de quesos, galletas y frutas. “Hasta donde sé, no tiene idea. Ella espera una cena tranquila esta noche. No puedo esperar a ver su reacción.”

Owen solo esperaba que Harper estuviera de acuerdo con lo que Benjamin y Carrie habían planeado. Ella les había dicho que no quería una fiesta con sus amigos. Estaba feliz de tener un tiempo tranquilo con su familia y celebrar con un enorme bote de helado como postre. Su mamá había comprado el helado, pero también había invitado a una larga lista de amigos.

Cuando se alejaron para admirar su trabajo, Carrie miró alrededor de la habitación con una sonrisa. “Hemos hecho un trabajo maravilloso, aunque lo diga yo misma.”

Owen recogió un envoltorio de plástico del suelo. “Secundo eso. ¿Quieres que vea si Benjamin está bien? Ha estado ausente por mucho tiempo.”

“Eso sería genial,” dijo Carrie. “Papá se pierde en su propio mundo cuando está en su taller. Probablemente ni siquiera sabe qué hora es.”

Owen sabía que al abuelo de Harper le tomaba mucho más tiempo que a la mayoría de la gente estar listo para cualquier cosa. Si no venía adentro ahora, nunca estaría listo para la fiesta.

“No tardaré,” le dijo a Carrie. Levantando su chaqueta del perchero, salió. El gran garaje estaba a unos pocos metros de la casa. Hecho del mismo revestimiento de madera desgastada que la casa, era el único lugar al que Benjamin podía llegar fácilmente sin pedir ayuda.

El abuelo de Harper le había dicho que el núcleo de independencia hacía toda la diferencia en su vida. Incluso si no podía hacer muchas cosas, todavía podía entretenerse en su garaje, arreglando los proyectos en su banco de trabajo.

Owen abrió la puerta lateral y frunció el ceño. Benjamin no había encendido las luces y estaba tranquilo. Demasiado tranquilo para un hombre que dependía de un andador para moverse. “¿Benjamin?”

No hubo respuesta.

A medida que sus ojos se ajustaban a la tenue luz, vio al abuelo de Harper tumbado en el frío suelo de concreto, con su cuerpo inmóvil de manera antinatural. Por un momento, Owen fue presa de un miedo paralizante. Los recuerdos de sostener a su compañero después de que le dispararon pasaron rápidamente por su mente.

La impotencia que había sentido volvió con una intensidad que le robó el aliento. Pero esta vez, sabía que no podía congelarse; Benjamin lo necesitaba.

Sacudiendo el shock, los instintos de Owen se activaron. Corrió al lado de Benjamin, revisando su pulso. “Benjamin, ¿puedes oírme?” No hubo movimiento, ningún sonido, excepto la respiración débil y entrecortada de Benjamin. “¿Puedes decirme qué pasó?”

Los ojos de Benjamin se encontraron con los suyos. El terror en su mirada desgarró el corazón de Owen. “Está bien. Cuidaré de ti.”

Con el corazón latiendo con fuerza, Owen buscó en sus bolsillos su celular. Al no encontrarlo, le sostuvo la mano a Benjamin. “He dejado mi celular en la casa. Volveré enseguida.”

Sin perder tiempo, corrió de vuelta a la casa, abrió la puerta de entrada de golpe y se apresuró a entrar en la cocina.

El rostro de Carrie se puso blanco. “¿Papá está bien?”

“Está tirado en el suelo del garaje y no puede moverse.” Con un suspiro de alivio, recogió su teléfono. “¿Sabes dónde guarda Benjamin su medicación?”

“Está en el baño. Voy a buscarla.”

“Llévalo todo al garaje,” gritó Owen tras ella. Mientras hablaba con el operador del 911, tomó las mantas de la silla de Benjamin y se apresuró a salir.

Para cuando regresó al garaje, los paramédicos ya estaban en camino. “La ayuda está en camino, Benjamin. Quédate conmigo.” Con el operador de emergencia dándole instrucciones, Owen revisó a Benjamin en busca de más signos de otro derrame cerebral.

Carrie irrumpió en el garaje con las medicinas envueltas en una toalla. Se las dio a Owen y luego se arrodilló junto a Benjamin. “¡Oh, papá! No te preocupes. Estarás bien.” Con manos temblorosas, metió las mantas más firmemente alrededor de su frágil cuerpo. “Olvidé el botón de llamada de emergencia que lleva en el cuello. Podríamos haberlo presionado.” Miró a Owen. “¿Deberíamos darle más de su medicación?”

Owen ya le había preguntado al operador del 911 sobre los medicamentos de Benjamin. “El operador no cree que sea una buena idea. Los paramédicos estarán aquí pronto y decidirán qué hacer.”

La espera por la ambulancia fue los quince minutos más largos de la vida de Owen. Cuando el sonido de las sirenas finalmente rompió el silencio, un alivio lo invadió, seguido rápidamente por una nueva oleada de preocupación por lo que vendría: para Benjamin, Harper y Carrie.

Los paramédicos llegaron y Owen agradeció su profesionalismo calmado. Mientras trabajaban para estabilizar a Benjamin, Carrie se mantenía cerca de su padre, observando silenciosamente lo que estaba ocurriendo.

Owen llamó a Harper, pero ella no contestaba su teléfono. En lugar de contarle todo lo sucedido en un mensaje, le pidió que lo llamara de inmediato.

“Empacaré algo de ropa y artículos de aseo para Benjamin,” le dijo a Carrie mientras ella

seguía a su padre dentro de la ambulancia. “¿Quieres que Harper lleve algo para ti al hospital?”

Los ojos de Carrie se llenaron de lágrimas. “Pídele que me prepare una bolsa para pasar la noche. ¿Puedes llevarla a Polson? Ella estará preocupada y no quiero que conduzca.”

“La llevaré directamente allí. Si necesitas algo más, solo dímelo.”

“Gracias. Intentaré llamar a Harper de camino a Polson.”

Owen asintió y se apartó del camino de los paramédicos. “¿Sabes quiénes vendrán a su fiesta?”

Carrie negó con la cabeza. “No todos. Te mandaré los nombres de las personas que papá me mencionó, pero sé que hay otros.”

“No te preocupes. Encontraré la manera de informar a todos lo que ha pasado.” Con una última mirada al cuerpo inmóvil de Benjamin, Owen se apartó mientras las puertas traseras de la ambulancia se cerraban.

Después de que se dirigiera al hospital, Owen tomó una respiración profunda. No solo faltaba Harper, sino que también necesitaba informar a todos que no habría fiesta de cumpleaños esa noche.

Con la salud de Benjamin empeorando, una nieta desaparecida, una casa llena de comida y una lista de invitados desconocida, podría ser una noche larga.



HARPER SE ALEGRÓ de que Daniella la hubiera invitado al Bosque de las Hadas para tomar un delicioso té de cumpleaños por la tarde. Se lo habían pasado muy bien poniéndose al día con lo que estaba sucediendo en sus vidas y hablando de la boda de Daniella.

“¿Qué tema has decidido?” preguntó Harper a su amiga. “La última vez que hablamos, fue un tira y afloja entre Las mil y una noches y Cenicienta”.

Daniella dejó su taza de café. “A Harrison no le gusta tener un tema. Cree que todo el mundo se verá como si fuera a una fiesta de disfraces”. Miró la expresión de sorpresa de Harper y se echó a reír. “Lo sé. Toda mi vida gira en torno a la creación de eventos de fantasía para mis clientes. Mira lo que llevo puesto, por el amor de Pete.”

El vestido de hada de hoy era uno de los favoritos de Harper. Tul rosa pálido cubierto de cuentas de diamante brillante que relucían cada vez que Daniella se movía. Con alas brillantes y una pequeña tiara adornada en su cabeza, parecía una hermosa princesa hada.

“Te ves increíble,” le dijo Harper. “Tal vez no sea el tema lo que preocupa a Harrison. Tal vez solo quiera una boda más tradicional.”

“Eso es lo que Owen pensó también. Así que, en honor a mi futuro esposo, se me ocurrieron tres temas para que Harrison eligiera.” Tocando con los dedos la parte superior de la mesa, creó un redoble de tambores. “Y el ganador fue... Chic campestre francés.”

Harper sonrió. “Eso suena fabuloso. ¿Tienes algún accesorio o decoración que puedas usar?”

“Por eso me alegra que estés aquí,” le dijo Daniella. “Empecé a revisar mi área de almacenamiento, pero está llena de todo tipo de cosas. ¿Puedes ayudarme a buscar?”

Harper miró su reloj. “El abuelo me dijo que no volviera a casa hasta las seis. Está cocinando una cena increíble para mi mamá y para mí. Tengo tiempo de sobra para darte toda mi atención.”

Daniella tomó la mano de Harper. “Eso es fantástico. He puesto algunas cosas a un lado que podrían ser perfectas.”

“¿Y el Bosque de las Hadas?” Harper se rió mientras se apresuraban hacia la sala principal de eventos. “¿No necesita alguien cuidar a los niños que están aquí?”

Daniella saludó a dos adolescentes vestidas de hadas al otro lado de la sala. “Mi personal a tiempo parcial está cuidando a todos. Me llamarán si pasa algo.” Con un brillo en los ojos, Daniella llevó a Harper hasta dos grandes puertas de madera. “Bienvenida al lugar donde comienza la magia.”

Para Harper, el cuarto de almacenamiento era como la cueva de Aladino de tesoros secretos. La mayoría de los accesorios eran de escenarios de películas y casas de subastas, cada uno contando su propia historia especial sobre la razón por la que fueron creados.

Daniella caminó alrededor de una enorme lámpara de araña y se detuvo frente a un conjunto de estantes. “Estas son algunas piezas que creo que funcionarán.” Levantó un par de lámparas adornadas con intrincados trabajos de metal. “Tengo una docena de estas. Cuando se encienden, su luz suave parece luciérnagas bailando a la luz de la luna.”

Los ojos de Harper se agrandaron. Las lámparas eran tan bonitas que no podía creer que Daniella no las estuviera usando ya para eventos. “Serán maravillosas.” Se dio la vuelta y recogió un plato vintage. “¿Qué tal tu colección de vajilla incompleta? Se verían increíbles en las mesas.”

“No había pensado en eso.” Daniella tomó otro plato del montón que estaba en un estante. “La compré en una subasta el año pasado. Hay más que suficientes para lo que necesitaremos, y nos ahorraría tener que alquilar alguna.”

“Ahí lo tienes,” dijo Harper mientras pasaba la mano por la parte superior de un barril de vino. “Esta sala es asombrosa. Hay tanto que podrías usar.” Mientras hurgaban en cajas olvidadas hace mucho tiempo, Harper preguntó, “¿Cómo van el resto de los planes de la boda?”

Daniella levantó un candelabro de plata de una caja y lo colocó junto a las linternas. “En su mayoría bien, creo. Me reuniré con Emily la próxima semana para elegir un vestido. Ella es la diseñadora de moda de Bozeman de la que te hablé. Harrison ya eligió su traje, pero yo todavía estoy preocupada por la lista de invitados y el menú. Siento que hay mil pequeños detalles que aún están flotando.”

Harper extendió la mano, colocando una mano tranquilizadora en el brazo de Daniella. “Lo estás haciendo genial, y todo va a salir hermoso.”

“Mamá me dijo lo mismo.” El celular de Daniella sonó y leyó el mensaje. Con el ceño fruncido, miró a Harper. “Es de Owen. Quiere saber si te he visto.”

“¿Por qué no me llamó a mí?” Harper sacó su teléfono del bolsillo. “Olvidé desactivar el mensaje de 'No Molestar'.” Tan pronto como lo desactivó, aparecieron seis mensajes. Todos eran del hermano de Daniella.

El último mensaje la hizo contener la respiración. “Algo ha pasado,” le dijo a Daniella mientras marcaba rápidamente el número de Owen. “Espero que el abuelo esté bien.” Con su mamá quedándose con ellos, Harper no se había preocupado demasiado por visitar el Bosque de las Hadas. Mientras estuviera en casa antes de la cena, su mamá y su abuelo estaban felices de que se reuniera con su amiga.

Owen respondió su teléfono casi de inmediato. “Harper, gracias a Dios. ¿Has hablado con tu mamá?”

“No, no he hablado con ella,” respondió, su voz temblando. “Mi teléfono estaba en 'No Molestar'. ¿Qué ha pasado?”

Owen respiró hondo y Harper se preparó para la posibilidad de malas noticias. “Es tu abuelo. Se cayó en su garaje. Una ambulancia lo llevó al hospital en Polson. Los paramédicos piensan que podría ser otro derrame cerebral.”

“¿Un derrame cerebral?” El mundo alrededor de Harper pareció detenerse, los colores y

texturas de los tesoros que habían encontrado desvaneciéndose en un borrón. Daniella debió notar la angustia de Harper. Se acercó más, su expresión cambiando de curiosidad a preocupación.

“Si quieres ir al hospital, te llevo.”

“Gracias, Owen.”

Daniella tocó el brazo de Harper. “¿Qué ha pasado?”

“El abuelo podría haber tenido otro derrame cerebral,” le dijo Harper a su amiga mientras su mente recorría los peores escenarios posibles. “Owen me llevará al hospital.”

“¿Dónde estás ahora?” preguntó Owen.

“Estoy en el Bosque de las Hadas con Daniella.” Harper tomó su chaqueta y el casco de bicicleta. “Podría encontrarte al frente del edificio.”

“Estaré allí en unos cinco minutos.” Owen sonaba mucho más tranquilo de lo que Harper se sentía. “Deja tu bicicleta allí,” añadió. “La recogeremos más tarde.”

Mientras esperaba a Owen, Daniella se quedó a su lado. “Al menos tu abuelo no estaba solo.”

Harper mordió su labio inferior. “No debería haber estado en el garaje. El fisioterapeuta le dijo que era demasiado peligroso.”

Daniella frunció el ceño. “¿Por lo que hay allí?”

Harper negó con la cabeza. “El abuelo y sus amigos hacen juguetes de madera para los niños en el Centro de Bienvenida. Está bien cuando alguien está con él, pero debió convencer a mamá para que lo dejara ir al garaje solo. Podría haberse golpeado la cabeza con algo cuando cayó.”

Su ritmo cardíaco se aceleró cuando vio la camioneta negra de Owen acercándose. “Gracias por esperar conmigo, Daniella. Te llamaré cuando sepa qué está pasando.”

Daniella la abrazó. “Eso sería genial.”

Tan pronto como Harper se abrochó el cinturón de seguridad, Owen salió del estacionamiento. Nunca se había alegrado tanto de verlo. “¿Has tenido alguna actualización de mamá?”

“Aún no. ¿Puedes hacerle saber que estás conmigo?”

Harper habló con su mamá, luego trató de relajarse, pero el viaje al hospital fue un torbellino de oraciones silenciosas y temores no dichos. Owen le dio la información que tenía, pero sus pensamientos estaban llenos de “qué pasaría si” y su corazón dolía con la posibilidad de perder a su abuelo.

Al llegar al hospital, Harper apenas registró el mundo moviéndose a su alrededor. Cada paso hacia la sala de emergencias se sentía más pesado que el anterior. Su corazón latía con una fuerza que amenazaba con abrumarla.

La vista de su mamá esperando fuera del departamento de emergencias la devolvió al presente. Después de darle un gran abrazo, Harper se secó las lágrimas de los ojos. “¿Algún miembro del personal del hospital ha hablado contigo?”

Carrie asintió. “La neuróloga me vio hace unos minutos. Ella cree que tu abuelo ha tenido otro derrame cerebral. Le están haciendo una tomografía computarizada y le han hecho algunos análisis de sangre. Solo tenemos que esperar a que estén los resultados.”

Harper contuvo más lágrimas. Había tomado tanto tiempo que su abuelo recuperara algo de movilidad después de su último derrame cerebral y estaba aterrorizada de lo que esto significaba. “¿El abuelo pudo hablar contigo?”

Carrie negó con la cabeza. “Estoy segura de que me reconoció, pero no pudo hablar ni moverse.”

Owen rodeó con su brazo los hombros de Harper. “Vamos a encontrar un lugar para

sentarnos.”

“Me quedaré aquí en caso de que podamos entrar a verlo,” dijo Carrie suavemente. “Déjenme saber dónde se sientan y los buscaré.”

Owen miró el área de espera. “¿Por qué no vienes con nosotros? Hay algunos asientos vacíos en el lado izquierdo. Si nos sentamos allí, estaremos cerca de la sala de emergencias.”

Carrie, a regañadientes, siguió a Harper y Owen hasta los asientos.

Harper miró a todas las personas sentadas en el área de espera. Si el hospital de Polson era algo parecido a los hospitales en la ciudad de Nueva York, podrían estar allí un buen rato.

CAPÍTULO 18



Harper estaba sentada en la sala de espera del hospital, con las manos firmemente entrelazadas en su regazo. Owen estaba a su lado, mientras Carrie caminaba de un lado a otro.

Su teléfono vibró, rompiendo el tenso silencio. Miró la pantalla y el nombre de Daniella brillaba intensamente. Por primera vez esta noche, Harper se alegró de ser distraída por su teléfono. Owen le había contado sobre la fiesta sorpresa de cumpleaños que su mamá y su abuelo habían organizado. Después de repasar los nombres de las personas que su mamá pensaba que estarían allí, Harper llamó a Daniella para ver si sabía quiénes más estaban en la lista de invitados.

“Hola, Daniella,” dijo Harper, apenas por encima de un susurro.

“¿Has sabido algo?”

“Todavía no,” respondió Harper, mirando alrededor de la sala. Había tanta gente esperando para ser atendida que estaba contenta de que el equipo de apoyo para derrames cerebrales hubiera visto a su abuelo de inmediato. “Pero deberíamos saber pronto qué está pasando.”

“Eso es bueno. He contactado a todos en la lista que Owen me dio y a algunos más que sabía que estarían en tu fiesta,” dijo Daniella. “He cancelado todo, y Harrison está en la casa de tu abuelo por si aparece alguien que no recibió el mensaje.”

“Gracias, Daniella. No sé qué haría sin ti.” La garganta de Harper estaba apretada por la emoción. “Mamá dijo que hay mucha comida en la mesa. Si no cabe en el refrigerador, llévala a casa o dásela al pastor John para el Centro de Bienvenida.”

“No te preocupes,” la tranquilizó Daniella. “Harrison ya ha guardado la mayor parte de la comida. Algunos de los cortes de carne no cabían en tu congelador, así que los puse en el nuestro. Los llevaré a la casa de tu abuelo cuando haya más espacio.”

“Gracias.”

Daniella suspiró. “Siento mucho que tu abuelo no esté bien. Si necesitas algo, llámame.”

“Así lo haré.” Harper terminó la llamada, incapaz de concentrarse en cualquier cosa que no fuera la condición de su abuelo.

Antes de guardar el teléfono, una mujer con bata blanca se acercó a ellos. “¿La familia de Benjamin Nelson?” preguntó con voz suave.

“Sí, somos nosotros,” dijo Carrie rápidamente, con la voz más firme que la de Harper.

La neuróloga se presentó y los guió a una pequeña sala de conferencias familiar.

Una vez sentados, confirmó sus temores. Benjamin había sufrido un derrame cerebral. Harper escuchó, entumecida, mientras la doctora detallaba la extensión del daño, las áreas del cerebro afectadas y los probables impactos a largo plazo.

“Dada la gravedad de su derrame cerebral,” explicó, “Benjamin necesitará cuidados las veinticuatro horas del día, al menos durante los próximos meses. Aunque es demasiado pronto para darles un pronóstico completo, es poco probable que pueda vivir en casa sin ayuda significativa.”

La habitación parecía demasiado grande y a la vez sofocantemente pequeña mientras Harper absorbía lo que eso significaba para su abuelo. La mano de Owen buscó la suya. Fue un salvavidas cuando se sentía abrumada por el miedo.

La neuróloga continuó, delineando posibles programas de rehabilitación, la importancia de un entorno de apoyo para la recuperación y los desafíos que podrían enfrentar. “Es crucial considerar su calidad de vida,” enfatizó, “y tomar decisiones que se alineen con sus deseos y bienestar.”

Durante los próximos días, el equipo de apoyo para derrames cerebrales se reuniría con ellos para discutir instalaciones de cuidado, la posibilidad de cuidados en el hogar y los recursos disponibles para ayudarles a navegar por las decisiones que tenían por delante.

Lo que no discutieron fue qué pasaría si su abuelo tuviera otro derrame cerebral. Incluso con el mejor equipo médico del mundo, había un alto riesgo de que nunca saliera del hospital con vida.

OWEN SE ACERCÓ MÁS. “¿ESTÁS BIEN?”, susurró.

Los ojos de Harper se llenaron de lágrimas. Después de lo que había sucedido hoy, no creía que volviera a estar bien.

En lugar de intentar hablar, respiró hondo y le envió un rápido movimiento de cabeza. Cuando la neuróloga le entregó a Carrie una carpeta de información, la mente de Harper se aceleró, reconstruyendo un futuro que no se parecía en nada al que habían imaginado. No sabía cómo le iban a decir a su abuelo que no podía volver a casa por un tiempo.

Carrie rompió el silencio. “Tenemos que ser fuertes para él, para tomar las decisiones que él quiere que tomemos”.

Las palabras golpearon a Harper como un golpe físico. Habían tenido la misma conversación cuando su abuela recibía cuidados paliativos. Cuando su abuelo tuvo su accidente cerebrovascular anterior.

Después de que la neuróloga prometiera actualizarlos tan pronto como hubiera más noticias, Harper sintió una profunda sensación de desesperación. El futuro se vislumbraba grande e incierto, completamente diferente de la celebración de cumpleaños que su abuelo había organizado.



OWEN ESTACIONÓ su camioneta frente a la clínica médica, con su mente llena de preocupación por Harper y su familia. Esperaba que Harper estuviera en el hospital con su madre, pero cuando había llamado más temprano, ella le había dicho que estaba en la clínica. Con una profunda respiración, recogió la caja del asiento del pasajero, esperando que el regalo pudiera brindarle un pequeño consuelo.

Cuando entró a la clínica, Harper estaba detrás del mostrador de recepción. Su sonrisa era cansada pero genuina.

“Hola, Owen,” dijo, sus ojos iluminándose por un momento al verlo.

“Hola,” respondió Owen. “Pensé que estarías con tu abuelo hoy.”

Harper se frotó las sienes. “Mamá está con él ahora. Decidimos que es más fácil si solo una de nosotras está allí a la vez. El hospital tiene restricciones y... es más fácil de manejar.”

Owen asintió. Sabía lo cansador que era para el paciente si más de una persona lo visitaba al mismo tiempo. “Hicimos lo mismo cuando papá tuvo el ataque al corazón. Era más fácil para él y menos agotador para nosotros.” Miró alrededor de la sala de espera. Todos estaban leyendo revistas o en sus teléfonos celulares.

“¿Cómo está tu abuelo?” preguntó suavemente, colocando la caja en el mostrador.

“Igual. Tenemos que esperar y ver si mejora en las próximas semanas.” La voz de Harper tenía una mezcla de esperanza y resignación. “El equipo de accidentes cerebrovasculares está haciendo todo lo que puede. El abuelo está con medicación para manejar la hinchazón en su cerebro y mantener su presión arterial bajo control. También están comenzando con fisioterapia leve para que sus músculos no se debiliten demasiado. Los próximos días son importantes.”

“Si tú o tu mamá necesitan un viaje al hospital o cualquier otra cosa, solo pidan. Estoy a la vuelta de la esquina.”

Harper se mordió el labio inferior. “Gracias. Saber que puedes ayudar significa mucho.”

Él empujó la caja hacia ella, tratando de alegrar el ambiente. “Te compré uno de los muffins gigantes de Megan. Sé que fue tu cumpleaños ayer, pero con todo lo que está pasando, pensé que podrías necesitar una pequeña celebración.”

Los ojos de Harper se suavizaron al abrir la caja para revelar un gran muffin de chocolate con un glaseado de vainilla decorativo. Una pequeña y genuina sonrisa se extendió por su rostro. “Es hermoso. Gracias.”

“Pasé por Sweet Treats esta mañana y vi a Megan poniéndolos en la vitrina. Sé que no es mucho, pero esperaba que pudiera alegrar un poco tu día.”

“Es perfecto.”

El calor se extendió por él al escuchar sus palabras. Quería traerle un momento de felicidad y parecía que lo había logrado. “Feliz cumpleaños por ayer, Harper.”

“Me alegra que no les hayas dicho a todos que cumplí treinta y dos,” susurró.

Owen miró detrás de él a las personas sentadas en la sala de espera. Lo observaban con una mezcla de curiosidad y preocupación. “Harper cumplió veintiuno ayer,” les dijo con una sonrisa.

“Eso me pasa cada año,” dijo Gordon Jessop con una sonrisa. “¿Y tú, Harold?” Le dio un codazo al hombre sentado a su lado. “¿Cuántas veces has cumplido veintiuno?”

Harold frunció el ceño. “En el último recuento, diría que sesenta y dos veces, más o menos algunos años.” Sus ojos azules brillantes se fijaron en Harper. “Lo que haces con cada año significa más que el paso del tiempo.”

Gordon se rió. “No sabía que los rancheros jubilados eran poéticos.”

“Viene con pasar largas horas en un caballo en medio de la nada,” le dijo Harold a su amigo.

Harper sonrió, luego miró su reloj. “Ofrecería compartir el muffin con ustedes, pero ya tomé mi descanso y no puedo dejar el mostrador.”

Gordon dejó la revista que sostenía. “No podemos permitir que unas pocas personas en la sala de espera interrumpan tus celebraciones de cumpleaños. Me sentaré en tu escritorio mientras estás fuera.”

Los ojos de Harper se abrieron de par en par. “No puedo dejarte hacer eso. ¿Y si alguien necesita atención urgente?”

“Tenemos ojos,” dijo Harold uniéndose a su amigo. “Y sabemos dónde está la oficina de Zac.

Si alguien parece que va a desmayarse, avisaremos a Zac.”

A Owen le pareció una gran idea, pero Harper negó con la cabeza.

“No puedo irme.”

Zac se unió a ellos en la sala de espera. “¿Adónde necesitas ir?”

“Owen le compró un muffin de cumpleaños,” explicó Gordon. “Dijimos que cuidaríamos la clínica mientras ella tomaba un descanso.”

“Me parece bien,” le dijo Zac a Harper. “Gordon y Harold saben dónde estoy. Si pasa algo, me encontrarán.”

Harold acercó otra silla al escritorio de Harper. “Vete entonces. No podemos causar demasiado daño desde aquí.”

Con sus expresiones serias desafiando a Harper a pensar de otra manera, ella cedió graciosamente. “Está bien, pero solo me iré por diez minutos.”

Gordon la sacó de su silla. “Toma todo el tiempo que necesites.”

Con una sonrisa divertida, Owen extendió su mano. “Vamos. Tal vez incluso tengamos tiempo para una taza rápida de café.”

Zac sonrió. “En esa nota feliz, estoy listo para ver a la señora Jones.”

Mientras la siguiente paciente de Zac recogía su abrigo y bolso del asiento a su lado, Owen llevó a Harper lejos de su escritorio. Tal vez no había tenido una fiesta de cumpleaños ayer, pero él estaba decidido a darle más de un feliz recuerdo de cumplir un año más.

CAPÍTULO 19



Una semana después, Harper entró en la sala de su abuelo en el Hospital Polson. El olor familiar a antiséptico y los sonidos apagados del equipo médico la envolvían, haciendo que cada visita fuera un poco menos abrumadora de lo que podría haber sido.

Se detuvo fuera de la habitación de su abuelo, tomando una profunda respiración. Ver a su abuelo tan frágil y vulnerable le hacía desear que su vida pudiera ser diferente. Antes de su primer derrame cerebral, él era fuerte y activo, llenando cada semana con muchas actividades con sus amigos. Ahora, apenas podía moverse.

Estaba recostado en la cama, con su mirada fija en la ventana, pero se giró cuando ella entró. Su sonrisa era débil, pero iluminaba sus rasgos, calentando el corazón de Harper a pesar de las circunstancias.

“Hola, abuelo,” dijo suavemente, moviéndose para sentarse a su lado. Tomó su mano, la que aún tenía fuerza, y la apretó suavemente.

Las palabras de Benjamin eran arrastradas y difíciles de entender mientras intentaba hablar. Estaba esforzándose mucho, pero Harper podía ver lo frustrado que estaba. “Está bien, abuelo. Tómate tu tiempo. No voy a irme a ningún lado.”

Después de unos minutos, logró decirle lo que le preocupaba. “No... puedo ir a casa,” susurró, las palabras apenas audibles pero cargadas de significado.

Las lágrimas asomaron a los ojos de Harper. Su madre y su doctor habían hablado con él ayer. No había hecho suficiente progreso para permitirle regresar a casa, incluso con ayuda adicional. La madre de Harper había tratado de explicarle lo que sucedería a continuación, pero su abuelo se había alterado tanto que dejaron de hablar del tema.

Ella se enjugó una lágrima, decidida a ser fuerte por él. “Abuelo, pase lo que pase, nos aseguraremos de que estés bien cuidado. Nunca estarás solo.” Su voz era firme, pero por dentro, Harper estaba tambaleándose. La idea de su abuelo, el pilar de su familia, siendo incapaz de regresar al hogar que amaba era insoportable. Pero esa no sería la única decisión difícil que tendrían que tomar.

“Mamá dijo que visitó el Centro de Salud y Rehabilitación Polson el otro día. Parece una gran instalación.”

Su abuelo le apretó la mano, pero sus ojos mostraban una profunda tristeza.

“Lo sé,” le dijo ella. “No es tu hogar, pero podría no ser para siempre. Tienen un equipo de rehabilitación dedicado. Trabajarás con fisioterapeutas, terapeutas del habla e incluso terapeutas ocupacionales para ayudarte a recuperar tanta independencia como sea posible.”

Harper recordó cómo su madre había enfatizado la importancia de encontrar una instalación que pudiera ofrecer atención personalizada adaptada a las necesidades de su abuelo. “Tienen un

hermoso jardín donde puedes pasar tiempo al aire libre. Siempre te han encantado tus jardines. Podría ayudarte a sentirte más en casa.”

Benjamin murmuró algo y Harper se inclinó más cerca. Sonrió cuando se dio cuenta de lo que había dicho. “Definitivamente tienen rosas. Las vi en las fotos que tu mamá me mostró. Y escuché que los jardineros siempre están buscando a alguien con buen ojo para darles consejos. Apuesto a que podrías enseñarles una cosa o dos.”

Un débil brillo de algo cruzó el rostro de Benjamin, una emoción que Harper esperaba que fuera una mezcla de aceptación y esperanza.

“Me gusta,” logró decir, sus palabras arrastradas pero llenas de un anhelo que tiró del corazón de Harper.

Ella besó su mejilla. “Entonces nos aseguraremos de que conozcas a las personas que cuidan los jardines. Encontraremos lugares para sentarnos donde puedas disfrutar de las plantas y sentir el sol en tu rostro, como en casa.”

Mientras Harper hablaba, hizo su mejor esfuerzo por pintar un cuadro con sus palabras, una visión de un futuro donde su abuelo pudiera encontrar paz y una semblanza de la vida que amaba, incluso en medio de su recuperación. No se trataba solo del cuidado o las instalaciones; se trataba de crear un espacio donde pudiera conectarse con las cosas que le traían alegría, donde aún pudiera encontrar momentos de felicidad en la simple belleza de un jardín.

“He comenzado el curso de trauma que Zac recomendó,” Harper le dijo a su abuelo. “La mayoría de las lecciones son en línea, pero veré a los otros estudiantes mañana. ¿Adivina dónde nos reunimos?”

Los ojos de Benjamin se abrieron, como si le preguntaran dónde.

“Es aquí,” le dijo Harper con una sonrisa. “Cada dos semanas, nos reunimos en un hospital diferente. El próximo es en Billings. Abrieron el primer Centro de Trauma de Nivel 1 del estado el año pasado.”

Su abuelo parecía preocupado. “¿Te quedas?”

Harper frunció el ceño. “¿Quieres que me quede contigo en el hospital?”

El lento movimiento de su cabeza le dijo que no era eso lo que quería decir. “No entiendo, abuelo.”

Con aún más esfuerzo, intentó decirle lo que estaba preguntando. “Hogar. Tú.”

Harper se mordió el labio inferior cuando se dio cuenta de lo que su abuelo quería decir. No solo estaba preguntando sobre sus movimientos temporales; estaba indagando en el futuro, en dónde se veía ella asentándose. La idea de que ella se mudara a Billings o a cualquier hospital había despertado sus temores de quedarse atrás.

“Oh, abuelo” dijo Harper, apretándole la mano suavemente. “No me voy a mudar a Billings. Necesito viajar de vez en cuando para el curso, pero, por ahora, Sapphire Bay es mi hogar. Si necesitas quedarte en Polson por más tiempo, conseguiré un trabajo más cerca de ti. Pero esa es la única razón por la que me iría de Sapphire Bay.”

Un visible suspiro de alivio recorrió el cuerpo de Benjamin, su tensión se alivió ante sus palabras. Apretó su mano con más fuerza, un silencioso agradecimiento por el consuelo.

Harper se inclinó y le dio un suave beso en la frente. “Estoy haciendo este curso para ayudar a las personas de nuestra comunidad. Quiero marcar la diferencia, abuelo, al igual que tú. Y pase lo que pase, nunca estaré lejos de ti”.

Una mezcla de orgullo y gratitud brilló en los ojos de Benjamin. Harper se dio cuenta de que eran momentos como estos los que la enraizaron. No importaba el trabajo que tuviera o lo que hiciera con su vida. Lo que importaba era su familia y pertenecer a una comunidad como

Sapphire Bay.

Se quedó con su abuelo un poco más, hablando de sus planes, del grupo de apoyo para cuidadores y transmitiendo todos los mensajes que la gente le había pedido que le diera.

Cuando la enfermera entró en la habitación para darle a Benjamin su medicación, Harper supo que era hora de irse. Su abuelo estaba cansado y le costaba mantener los ojos abiertos. “Volveré mañana, después de mi reunión”, le prometió. “Sé bueno con las enfermeras”.

Su leve asentimiento fue suficiente para hacerle saber que entendía lo que había dicho. Le dio un beso en la mejilla y forzó una sonrisa. “Te amo, abuelo”.

Los ojos de Benjamin se llenaron de lágrimas mientras intentaba hablar.

Suavemente, apoyó su frente contra la de él. A través de sus lágrimas, susurró: “Sé que me amas, abuelo. No te preocupes. Saldremos de esto juntos”.

A pesar de que era lo último que quería hacer, Harper se despidió. Mientras se alejaba, cada paso se sentía más pesado que el anterior. No pudo evitar mirar hacia atrás, memorizando verlo con la esperanza de que esta no fuera la última vez que viera a su abuelo con vida.

CAPÍTULO 20



Owen estaba a punto de servirse una taza de café cuando alguien llamó a la puerta de su casa. Dejando su taza sobre el mostrador, entró en la sala de estar. Quienquiera que estuviera parado en su terraza tuvo suerte de encontrarlo aquí.

A esta hora, la mayoría de los sábados por la tarde corría por un sendero alrededor del lago o caminaba por las montañas. Pero, hoy, no podía dejar de pensar en Harper, su abuelo, y sus planes para su estudio.

Abrió la puerta y le sonrió a Steve. Ver a un pequeño perro zigzaguear entre los pies de su amigo hizo a un lado sus preocupaciones. “¿Desde cuándo tienes un perro?” preguntó Owen mientras se hacía a un lado para dejarlos entrar en la cabaña.

“Desde esta mañana” dijo Steve riendo. “Este es Rex”. El caniche toy miró a Owen con ojos brillantes e inteligentes, moviendo la cola furiosamente. “Me eligió en el día de la adopción de mascotas. No pude irme sin él”.

Rex, que parecía satisfecho de sí mismo, entró trotando confiado en la cabaña de Owen. Lo único que le impedía sentirse como en casa era la correa de color rojo brillante atada a su arnés.

Owen sonrió. “¿Ya ha salido a la calle?”

“Sí, ya hemos tenido una exitosa aventura en el jardín”, respondió Steve, observando cómo Rex olfateaba el nuevo entorno con curiosidad. “Hasta ahora no hay accidentes en interiores”.

Cuando Rex se sentó a los pies de Steve, Owen le dio unas palmaditas. “¿Cuántos años tiene?”

Steve lo miró con una sonrisa divertida en su rostro. “Cuatro años.”

Owen le dio a Rex una última palmadita. “Es lindo, está entrenado para ir al baño y no es un cachorro. ¿Qué más se puede pedir?”

“Eso es lo que yo también pensé. ¿Cómo está Harper?” preguntó Steve, cambiando de tono. “Escuché que Benjamin se irá a un centro de atención”.

Owen asintió. “Si todo va bien, se mudará allí el lunes. Harper se las arregla bien, pero es mucho con lo que lidiar. El derrame cerebral de Benjamin los ha golpeado duro. Carrie, la madre de Harper, está tratando de mantenerse positiva, pero la incertidumbre es bastante difícil de manejar”.

Steve frunció el ceño. “¿Hay algo que pueda hacer para ayudar?”

“No hay mucho que nadie pueda hacer”, admitió Owen. “Pero Harper y su mamá aprecian el apoyo que han recibido. Estaba a punto de tomar una taza de café. ¿Te gustaría uno?”

Steve asintió. “Me encantaría uno”. Siguió a Owen a la cocina y sonrió cuando apareció un cuenco de agua frente a Rex. “Sabes lo que eso significa, ¿verdad?”

“Sí” le dijo Owen. “Tendrás paseo de perros en unos veinte minutos. Hay muchas plantas en

mi patio trasero a las que no les importa que las rieguen”.

Con un satisfecho Rex sentado a los pies de Steve, y una taza de café frente a cada uno de ellos, Owen estudió las ojeras de su amigo. “No estás durmiendo”.

Steve se pasó la mano por la mandíbula. “¿Es tan obvio?”

“Solo si te fijas bien” le dijo Owen. “¿Qué está pasando?”

Steve buscó su café. “Mis pesadillas han vuelto. Solo espero no asustar a Rex cuando salte de la cama en medio de la noche”.

Owen sabía lo perturbadoras que podían ser las pesadillas de su amigo. “Es mejor que gritar. Tus vecinos estarían golpeando tu puerta para asegurarse de que estás bien”.

Steve desvió la mirada. “Están acostumbrados a que haga demasiado ruido”.

Owen arqueó las cejas. Steve odiaba que la gente lo tratara de manera diferente porque tenía trastorno de estrés postraumático. Lo que no apreciaba era que la mitad de la gente de la pequeña aldea estaba lidiando con el mismo problema. “Menos mal que vives en la aldea de casas pequeñas, entonces”.

“Eso es lo que me dijo el pastor John”, murmuró Steve.

Al menos había hablado con John. “¿Tienes un plan si necesitas ayuda?”

Steve asintió. “está todo arreglado. Espero que Rex me distraiga de todo lo que pasa por mi cabeza”.

Mirando al adorable perro de ojos negros y nariz de botón, Owen no podía imaginar una mejor manera de distraerse. “Bueno, si necesitas alguien a quien llamar, acuérdate de mí”.

“Estás en la cima de mi lista.” Steve miró hacia sus zapatillas. Rex disfrutaba jugando con sus cordones, tirando de ellos con toda la fuerza de una bola de pelo que era más pequeña que la mayoría de los gatos. “¿Estás en camino de abrir tu estudio a fin de mes?”

“Sigo adelante con la apertura los viernes y sábados. Todo simplemente se siente opacado en este momento.”

Steve se encogió de hombros. “Sabes cómo puede ser la vida, pero estás haciendo lo correcto. Si quieres hacer crecer tu negocio, más personas necesitan ver tu trabajo.”

“Tienes razón,” Owen concedió, logrando una pequeña sonrisa. Rex se acercó y empujó la mano de Owen con su nariz. “Y tener a Rex aquí es una gran distracción.”

“Los animales tienen una manera de hacer eso.” Steve observó cómo Rex se acomodaba a los pies de Owen. “Si alguna vez necesitas un descanso, siempre puedes llevar a Rex a dar un paseo. Le gusta perseguir a los pájaros alrededor del lago.”

Owen acarició el suave pelaje de Rex. “Me aterrorizaría que los pájaros lo atacaran.”

Steve levantó su taza de café. “Es más duro de lo que parece, es muy parecido a ti.”

Owen se rió de esa comparación. “Tal vez todos somos sobrevivientes luchadores,” reflexionó, mirando a Rex, que parecía perfectamente contento con el mundo.

“Mientras no empieces a comer calcetines, creo que lo manejaremos. Cuéntame cómo va la apertura de tu estudio.”

Owen le contó a Steve sobre las piezas que aún tenía que terminar y el lanzamiento de su nuevo sitio web. Era un momento emocionante, pero deseaba que Harper estuviera aquí para disfrutarlo.

La tensión de no saber qué pasaría con el abuelo de Harper preocupaba a todos. La recuperación de Benjamin sería larga y lenta, y Owen no sabía qué significaba eso para Harper. Ella había regresado a Sapphire Bay para cuidar a su abuelo. Pero si Benjamin se quedaba en la residencia en Polson, ¿qué haría ella?



HARPER ESTACIONÓ su bicicleta afuera del estudio de Owen. El sol apenas comenzaba a ponerse, proyectando largas sombras sobre el camino de grava que conducía a la entrada. Sentía un peso en el pecho, una mezcla de agotamiento del día y la constante preocupación por su abuelo.

Entró al estudio y vio a Owen en su banco de trabajo, absorto en dar forma a una pieza de vidrio fundido. Él levantó la vista cuando la puerta se cerró, su rostro se iluminó con una sonrisa que siempre parecía aliviar parte de sus cargas.

“Hola, Harper,” dijo Owen, dejando sus herramientas y limpiándose las manos con un paño. “¿Cómo estuvo tu día?”

“Estuvo bien. Pasé un tiempo con el abuelo y me reuní con mamá para tomar un café.” Harper se acercó a él y le dio un abrazo. “Es bueno estar aquí.” Owen la envolvió con sus brazos, envolviéndola en una calidez que la calentaba desde dentro.

Él besó el costado de su cabeza. “¿Cómo fue la reunión con los otros estudiantes que están haciendo el curso de trauma?”

“Fue interesante. Todos vienen de orígenes completamente diferentes.” Harper se apartó y se quitó la mochila. “El libro de trabajo tiene más de una pulgada de grosor. Está lleno de tareas y material de lectura. Mira esto.” Le mostró a Owen el cupón que su instructor les había dado. “3M y Johnson & Johnson patrocinan el curso. Si aprobamos, ingresamos al sitio web que está al final de este cupón y nos enviarán un botiquín de primeros auxilios valorado en quinientos dólares.”

Los ojos de Owen se abrieron con sorpresa. “Eso es impresionante.”

Harper asintió. “Nosotros también lo pensamos. Hacer el curso requerirá mucho trabajo, pero estoy deseando repasar mis habilidades. ¿Cómo estuvo tu día?”

“Fue interesante. Hice algunos jarrones y botellas más para mi tienda, y Steve me presentó a Rex, su nuevo perro.”

Cuando Owen le mostró las fotos que había tomado de Rex, su corazón se derritió. “Es tan adorable. ¿Es tan pequeño como parece o es el ángulo de la cámara?”

Owen levantó su mano por encima de su banco de trabajo. “Es así de alto. No tengo idea de cómo Steve va a sacarlo a pasear. Tendrán que detenerse cada pocos minutos para que Rex recupere el aliento.”

“Podrías sorprenderte,” rió Harper. “Rex estará acostumbrado a moverse el doble de rápido para mantenerse al día con los demás.”

La expresión de Owen cambió de diversión a preocupación mientras miraba a los ojos de Harper. “Estás cansada,” observó con suavidad, alcanzando a colocar un mechón suelto detrás de su oreja. “¿Estás segura de que no estás asumiendo demasiado?”

Harper suspiró. “Podría ser, pero no tengo otra opción. Después de todo lo que ha pasado, siento que necesito hacer el curso. No solo por mí, sino por el abuelo y todos los demás que puedan necesitar ayuda algún día. Zac ha sido genial, y mamá y yo nos turnamos para pasar tiempo con el abuelo.”

Owen asintió. “No olvides cuidarte a ti misma también. ¿Cómo está Benjamin?”

Ella se apoyó en el banco de trabajo, sus dedos trazando el borde de las herramientas dispuestas ordenadamente. “Está estable, pero es difícil no verlo como la persona que solía ser. El abuelo está preocupado, y yo también. La residencia que mamá encontró es increíble, pero ¿qué pasa si nunca puede volver a casa? Odiará estar allí por mucho tiempo.”

Owen extendió la mano, tomando las manos de Harper entre las suyas. “El personal hará todo lo posible para ayudar a tu abuelo. Si necesita quedarse allí, es porque es el lugar más

seguro para él.”

“Se que tienes razón,” dijo Harper tristemente. “Pero eso no lo hace más fácil para él.”

“Ven aquí,” dijo Owen, atrayéndola a otro abrazo.

Harper apoyó la cabeza contra su pecho, escuchando el latido constante de su corazón. Era en momentos como estos que recordaba por qué se había enamorado de él: su apoyo inquebrantable y la fuerza silenciosa que ofrecía.

Después de un momento, Owen se apartó un poco, mirándola con una sonrisa. “¿Qué tal si preparo una taza de café? Puedes contarme más sobre tu curso y podemos elaborar un horario de estudio que no te agote.”

“Eso suena perfecto,” respondió Harper, con un tono un poco más ligero. Mientras Owen se preparaba para hacer el café, ella se sentó, con sus ojos recorriendo la colección de creaciones de vidrio alrededor del estudio. Cada pieza reflejaba una parte del viaje de Owen, al igual que el camino que ella estaba recorriendo con su curso de trauma: lleno de desafíos, pero hermoso en su propósito.

Solo esperaba que el viaje de su abuelo lo llevara a un buen lugar y no a un lugar en el que no quería estar.

CAPÍTULO 21



Harper respiró el dulce y ácido aroma de los pinos mientras paseaba con Owen por el sendero que bordeaba el lago Flathead. El aire fresco era reconfortante, un respiro bienvenido del peso que se había asentado en su corazón desde el derrame cerebral de su abuelo.

La serenidad de la bahía se filtraba en sus huesos. El sonido rítmico de sus pasos y el suave chapoteo del agua proporcionaban una banda sonora pacífica para su caminata.

Owen igualaba su ritmo con un paso relajado. Habían pensado en recorrer el lago en bicicleta, pero, después de dos horas de estudio, Harper estaba desesperada por hacer algo que no implicara estar sentada.

Este era su momento para recargar energías, para prepararse emocionalmente para la visita al centro de cuidados en Polson.

Owen la miró de reojo, con una suave sonrisa en el rostro. “Es bueno verte disfrutando de estar al aire libre. ¿Cómo te sientes?”

Tomando una respiración profunda, Harper consideró su pregunta. “Estoy bien. Estas caminatas ayudan. Es solo que...” Su voz se apagó mientras la realidad de la infelicidad de su abuelo pesaba sobre ella.

Antes de que Owen pudiera decir algo, el zumbido persistente de su teléfono los interrumpió. El corazón de Harper dio un vuelco al ver el código de área de Nueva York. “Será mejor que conteste,” le dijo. “Es de alguien en Nueva York.” Presionó el botón verde y frunció el ceño. “¿Hola?”

“Harper, soy yo, Ellie. ¿Cómo estás?”

“Estoy bien,” le dijo Harper a su amiga. No era típico de Ellie llamarla a esa hora del día. La última vez que hablaron, Ellie estaba haciendo turnos vespertinos en el Hospital Bellevue. “¿Ha pasado algo?”

Ellie habló rápidamente. “Sé que dijiste que no quieres volver a Nueva York, pero te necesitamos desesperadamente. La UCI está abrumada y estamos con poco personal. Stephanie y Giovanna se retiraron hace tres semanas, y la agencia de reclutamiento no puede encontrar a nadie para reemplazarlas. Para empeorar las cosas, Peggy está embarazada y solo estará aquí por otro mes. ¿Puedes venir? Aunque sea solo por un tiempo, ayudaría.”

La urgencia en la voz de Ellie envió un escalofrío a través de Harper. Se detuvo, sintiendo la mirada preocupada de Owen sobre ella. “Es un momento difícil. Mi abuelo ha tenido otro derrame cerebral y tengo un trabajo del que no puedo irme.”

El suspiro de Ellie se oyó a través del teléfono. “Eres una enfermera increíble. Sería casi como si nunca te hubieras ido. Una mujer de la agencia de reclutamiento dijo que el hospital está pagando los costos de reubicación y subsidiando el alquiler de tres meses solo para encontrar

personal.”

La mirada de Harper se encontró con la de Owen. “Lo siento mucho, Ellie, pero necesito quedarme aquí por mi abuelo.”

“Entiendo,” le dijo Ellie. “Pero, si cambias de opinión, házmelo saber. Todos están trabajando turnos de doce horas, cinco días a la semana, solo para mantener la UCI abierta.”

Para cualquiera, esa era una carga de trabajo enorme. Pero cuando los pacientes dependían de ti para mantenerse vivos, era aún peor. “Eso es terrible. ¿Cómo lo estás llevando?”

“No es fácil,” le dijo Ellie. “No sé cuánto más puedo seguir, pero no hay nadie más que pueda ayudar.”

Harper escuchó un pitido agudo en el fondo.

“Tengo que irme,” dijo Ellie. “Te llamaré el fin de semana. Cuídate.”

Después de guardar el teléfono, cayó un silencio entre Harper y Owen.

Él extendió la mano, tomando la de ella. “¿Está todo bien?”

Harper frunció el ceño. “Necesitan más enfermeras en el hospital donde trabajé en Nueva York. Parece que es casi tan malo como durante la pandemia.”

Owen apretó su mano.

“Hay una parte de mí que siente que debería estar allí, ayudando,” le dijo. “Pero no puedo volver. Mi abuelo me necesita, y estoy ayudando con el grupo de apoyo para cuidadores, y haciendo el curso de trauma. No puedo simplemente dejarlo todo atrás.”

“Si te sirve de algo,” dijo Owen. “Me alegra que te quedes.”

Ella miró su mandíbula fuerte, sus ojos siempre llenos de calidez y amabilidad. “Tú eres la otra razón por la que no quiero irme. Te has convertido en parte de mi vida de una manera que nunca esperé. Después de todo lo que ha pasado, eres un recordatorio de que cosas buenas pueden salir de tiempos difíciles.”

Owen la acercó. “Tú también eres importante para mí. Solo recuerda que, aunque somos una pequeña ciudad, estás marcando una diferencia. Estás mejorando la vida de las personas.”

Sus ojos se llenaron de lágrimas no derramadas. Owen tenía razón, pero el personal de la Unidad de Cuidados Intensivos era especial. Lo que había sucedido durante la pandemia había moldeado sus vidas de maneras que ella apenas comenzaba a entender. Darles la espalda ahora, cuando más la necesitaban, era una de las cosas más difíciles que había tenido que hacer.



EL SÁBADO POR LA NOCHE, Owen apagó la calefacción, su cálido zumbido dio paso a un pesado silencio que llenó su estudio. Se quitó los guantes y se limpió la frente, después de una jornada de trabajo que lo dejó con una satisfacción de cansancio.

El estudio aún conservaba la vibración de los visitantes del día. La cantidad de personas que habían asistido a su primer día de apertura lo sorprendió. Pero sus padres habían anticipado una gran multitud. Estaban impresionados con toda la publicidad que había organizado. Desde el boletín de la escuela local, hasta entrevistas en la emisora de radio y publicidad en Facebook, todos en esta parte de Montana parecían saber sobre su estudio.

Las visitas a su sitio web se habían triplicado durante la noche y su bandeja de entrada estaba llena de solicitudes de más información. Si esto continuaba, podría tener que pedirle a su madre si quería un trabajo a tiempo parcial.

Levantando una bandeja de pisapapeles del área de almacenamiento, los llevó con cuidado hasta las estanterías especiales que Steve había hecho.

La campanilla sobre la puerta tintineó, anunciando la llegada de su amigo. “Estaba a punto de girar el cartel a ‘Cerrado’,” le dijo Owen a Steve con una sonrisa. “Veo que has traído a tu pequeño amigo contigo.”

Rex lo miró con sus ojos negros y brillantes.

Steve se rió. “En cuanto salgo de mi casa, Rex llora. No es que sea un gran problema. Patrick está feliz de que lo lleve al trabajo. Solo tengo que sacarlo a caminar un par de veces y mantenerlo en un corralito el resto del día.”

Owen se arrodilló junto a Rex y acarició su esponjoso pelaje. “Eres un perro muy mimado.”

Steve sonrió. “Se lo merece. Anoche, tuve la mejor noche de sueño de mi vida. Y todo gracias a Rex.”

Owen miró al pequeño perro maravilla. “¿Qué marcó la diferencia?”

La sonrisa de Steve desapareció. “Tenerlo en la casa conmigo. Aunque es pequeño, relaja mi mente y evita que piense en otras cosas.”

Owen sabía cuánto habían afectado esas ‘otras cosas’ la vida de Steve. “Me alegra que haya funcionado.”

“¿Cómo te fue hoy?” preguntó Steve, con Rex ahora sentado obedientemente a su lado, con su pequeña cola golpeando contra el piso de madera.

Owen miró alrededor del cuarto. Las estanterías estaban menos llenas que esa mañana. “Fue mejor de lo que esperaba,” admitió, permitiéndose una pequeña sonrisa de orgullo. “Vendí bastantes de las piezas en exhibición. Mamá estuvo genial. Habló con todos los que entraron y me dejó mostrarle a la gente cómo se hace cada pieza.”

Las cejas de Steve se alzaron. “Eso es genial. ¿Y Harper?”

“Ella ayudó en el estudio antes de ir a Polson,” dijo Owen, su sonrisa desvaneciéndose. “Las últimas semanas han sido difíciles para ella.”

“Sí, me imagino.” La mirada de Steve se suavizó en simpatía. “¿Cómo está Benjamin?”

Owen negó con la cabeza, su expresión volviéndose sombría. “Es difícil de decir. Algunos días son mejores que otros. Parece que se quedará en el centro de cuidados más tiempo del que pensaban.”

Steve miró a Rex. El pequeño perro se había acercado más a Owen, de alguna manera percibiendo el cambio en la conversación. “¿Cómo afecta eso a Harper? Ella regresó a casa para cuidar a su abuelo. Pero si él está viviendo en Polson, no hay razón para que se quede. Excepto por ti.”

“Me alegra que hayas añadido esa última parte,” murmuró Owen. “He estado pensando lo mismo. Recibió una llamada de una amiga con la que trabajó en Nueva York. Están con poco personal y quieren saber si volverá.”

Steve frunció el ceño. “¿Qué dijo ella?”

Owen tomó un pequeño basurero y lo vació en uno más grande. “Dijo que no podía irse.”

“Puedo sentir un ‘pero’ viniendo ahora mismo.”

Owen deseó que lo que estaba a punto de decir fuera diferente. “Harper pasó por mucho con el personal del hospital. No estoy seguro de ser suficiente razón para que se quede aquí.”

Steve tomó una botella de vidrio simple. “No es el quedarse lo que debería preocuparte. Es si volverá. Todavía no he entendido por qué hiciste estas. No son tan decorativas como tus otras cosas.”

Owen caminó hacia las botellas. “¿Ves la pila de pergamino hecho a mano junto a ellas? La gente escribe notas especiales en el papel. Yo sello la botella con un corcho de madera y algo de cera, y se las llevan a casa. Son mensajes en una botella, solo que no necesitas encontrarlos

flotando en el océano.”

Steve parecía impresionado. “¿Solo se puede poner el pergamino dentro, o la gente puede añadir otras cosas?”

“Pueden traer otras cosas, siempre que puedan caber por el cuello de la botella.” Owen observó a Steve sostener la botella a la luz. “¿Quieres una?”

“Tal vez algún día,” dijo Steve. “Cuando Rex esté más tranquilo. En este momento, es probable que lo derribe de una estantería. ¿Aún vienes a la reunión del grupo de apoyo para el TEPT de esta noche?”

“No me lo perdería.” Owen lo había estado esperando toda la semana. Incluso cuando no compartía los altibajos de su vida, era bueno escuchar los desafíos y triunfos de los demás. Estar rodeado de un gran grupo de personas también ayudaba a la salud mental de todos. “¿Vas a llevar a Rex?”

Steve recogió al pequeño y lo sostuvo cerca de su pecho. “No esta noche. Allan Terry se ofreció a cuidarlo por mí. Creo que está tratando de persuadir a Mabel de que necesitan un perro.”

Owen se rió. “Rex es lo suficientemente lindo como para persuadir a medio pueblo de que necesitan un amigo canino. Solo pondré el resto de los pisapapeles en exhibición, y estaré listo para irme.”

Mientras hacía eso, Steve sacó a Rex a pasear.

Con el corazón pesado, Owen giró el último pisapapeles para que la franja azul cobalto quedara frente a él. No había exagerado cuando le dijo a Steve que Harper podría no quedarse en Sapphire Bay.

Ella tenía una carrera gratificante y habilidades que escaseaban. Con muy poco esfuerzo, podría conseguir un trabajo en cualquier parte del mundo. Un trabajo que probablemente pagaría mucho más que cualquier cosa que obtendría en Sapphire Bay o en todo el estado de Montana.

Si él tuviera la oportunidad que ella tenía, tampoco estaba seguro de qué haría.

CAPÍTULO 22



Después de salir de Sapphire Bay dos horas más tarde de lo planeado, Harper llegó a la residencia de cuidado de su abuelo, preocupada de que él ya estuviera dormido. Pero Benjamin no mostraba ningún signo de estar cansado, así que ella se quedó una hora, poniéndolo al día sobre todo lo que sucedía en casa.

A él le habían encantado los mensajes en video que ella había organizado de sus amigos. Incluso se rió al ver un video del perro de Steve persiguiendo un conejo.

En lugar de conducir de regreso a casa en la oscuridad, le preguntó a su mamá si podía quedarse con ella.

Harper estaba sentada en la sala de estar con sus agujas de tejer en las manos, trabajando en su último proyecto. Su mamá estaba sentada frente a ella en el sofá, bebiendo una taza de chocolate caliente.

Miró hacia arriba desde su tejido, preguntándose qué diría su mamá cuando le contara sobre la llamada telefónica de Ellie. “Una amiga de Nueva York me llamó el otro día.”

Carrie sonrió. “Eso es agradable. ¿Era una de tus amigas enfermeras?”

Harper asintió. “Ellie dijo que la Unidad de Cuidados Intensivos del Hospital Bellevue está realmente falta de personal. Tienen que trabajar muchos turnos extra solo para mantener la sala abierta.”

“Eso es terrible,” dijo su mamá. “Desafortunadamente, parece ser lo mismo en todas partes. Si quisieras volver a la enfermería, podrías elegir trabajos en cualquier parte del mundo.”

Harper dejó sus agujas de tejer. “Llamé a la agencia de reclutamiento que está cubriendo los puestos. Están ofreciendo todo tipo de incentivos al personal médico potencial. Si quiero ayudarles durante unos meses, subsidian mis costos de vida e incluso me pagan una asignación para volar de regreso a Polson cada dos semanas.”

Las cejas de Carrie se levantaron. “Eso es generoso, pero ¿quieres volver a Nueva York?”

“No lo sé,” le dijo Harper a su mamá. “Trabajé con la mayoría del personal que está en la UCI durante la pandemia. Antes de unirme a su equipo, pensé que solo trabajaría en departamentos de emergencia. Pero el personal de la UCI me hizo cambiar de opinión. Son increíbles y se preocupan profundamente por sus pacientes.”

Su mamá asintió pensativamente. “Parece que extrañas trabajar con ellos.”

“Una parte de mí sí.” Harper pasó la punta de los dedos por el patrón en relieve de cables en el suéter que estaba haciendo. “Disfruto mi trabajo en la clínica, pero no es lo mismo que trabajar en Nueva York.”

“Tienes razón, no lo es,” coincidió Carrie. “Pero te fuiste de Nueva York porque era demasiado estresante. ¿Crees que será mejor ahora que has tenido un descanso y lo peor de la

pandemia ha pasado?”

Harper se mordió el labio, su mente acelerada con recuerdos de largos turnos y la pesada carga de cuidar a pacientes críticamente enfermos. El sentido de propósito que sentía en la UCI era innegable, pero también lo era el agotamiento que siguió. “No quiero defraudarlos. Están luchando sin suficiente personal.”

Carrie se levantó y se sentó al lado de Harper. “Cuando eras una niña, siempre querías arreglar las cosas. Si uno de tus amigos decidía que no le gustaba alguien, intentabas unirlos. Si alguien estaba triste, lo hacías sentir mejor. Cuando tu papá y yo nos separamos, estabas devastada porque no podías hacernos una familia feliz. Lo que no sabías era que no eres responsable de arreglar todo,” dijo Carrie suavemente. “Nadie aprende lo que es importante para uno si todo siempre va bien. Ya sea un trabajo, una relación o tus finanzas, cuando algo inesperado sucede, necesitas decidir si vale la pena arreglarlo o dejarlo en paz.”

Harper frunció el ceño. “¿Crees que es mejor que no vuelva a Nueva York?”

Carrie negó con la cabeza. “Lo que estoy diciendo es que necesitas decidir lo que es mejor para ti. Nadie más puede hacerte feliz.”

Harper pensó en lo que su mamá había dicho. “¿Es por eso por lo que dejaste a papá?”

Carrie se quedó en silencio por un momento. “Tu papá y yo teníamos problemas que iban mucho más allá de cuando nos separamos. Sabía que no era muy ahorrador. Incluso cuando lo conocí, debía mucho dinero en sus tarjetas de crédito. Después de casarnos, no mejoró. Nuestro vehículo tenía que ser el último modelo. Cuando íbamos a algún lugar, solo comía en los mejores restaurantes y se hospedaba en los resorts más nuevos. No teníamos dinero, pero él vivía como un millonario. Pensé que, si nos mudábamos de regreso a Sapphire Bay, se calmaría, pero solo empeoró.” Carrie suspiró. “Estábamos con tantas deudas.”

Harper tomó la mano de su mamá. “No sabía que todo eso estaba pasando.”

“No queríamos que lo supieras,” le dijo Carrie. “Tu abuela y tu abuelo ayudaron a pagar lo que necesitabas en la escuela. Mientras estuvieras feliz, eso era todo lo que importaba.”

Harper apretó la mano de su mamá. Nunca había pensado en el dinero o en quién pagaba por las cosas que necesitaba.

“Yo era una arregladora,” dijo Carrie. “Igual que tú. Traté de arreglar lo que pensaba que estaba mal en mi matrimonio, pero nada ayudó. No podía cambiar a tu papá porque él no *quería* cambiar. Después de años de intentar hacer que nuestra relación funcionara, ¿sabes lo que me di cuenta?”

Harper negó con la cabeza.

Su mamá la miró tristemente. “No importaba lo que hiciera tu papá. Yo era la que tenía que cambiar. Arreglar mi vida era más importante que centrarme en la de tu papá. Tenía que protegernos y asegurarme de que tuvieras todo lo que necesitabas para ser feliz y saludable. Quedarme con tu papá no habría hecho eso, así que le dije que quería el divorcio. Fue la decisión más difícil de mi vida.”

Harper no recordaba que sus padres pelearan. Todo lo que recordaba era que su papá se fue, luego su mamá encontró un trabajo en Polson. Ella perdió el contacto con su padre y, sin importar cuánto lo intentara, no pudo encontrarlo.

“¿Por qué papá no quiso volver a verme?” le preguntó a su mamá.

La cara de Carrie se suavizó. “No se trataba de no querer verte. Tu papá te amaba, pero no estaba listo para ser el padre que necesitabas. Su vida estaba constantemente cambiando, y sabía que eso no era bueno para ti. Pensó que era mejor dar un paso atrás que traer eso a tu vida.”

Harper absorbió las palabras de su madre, la pieza final de un rompecabezas que había estado

tratando de resolver durante años. “Siempre pensé que había sido mi culpa. Que hice algo mal.”

“No, cariño. Nunca fue tu culpa.” La voz de Carrie era firme, cortando las viejas dudas persistentes en el corazón de Harper. “A veces los adultos toman decisiones que no tienen sentido para los niños. Lo importante es que sepas que fuiste, y siempre has sido, amada. Decidas lo que decidas hacer, estoy aquí para ti.” Su mamá hizo una pausa. “Hay algo más que deberías saber.”

Harper frunció el ceño. Lo que fuera sonaba serio. “Te escucho.”

Carrie le envió una sonrisa triste. “Mientras visitabas a tu abuelo, hablé con el gerente del centro de rehabilitación. El nivel de cuidado que necesita tu abuelo es más de lo que esperábamos. Tendremos que vender su casa en Sapphire Bay para pagar parte de la ayuda que necesita.”

La boca de Harper se abrió. “¿Pero qué pasará cuando esté listo para irse? No tendrá adónde ir.”

“No volverá a casa,” dijo su mamá con suavidad. “A menos que ocurra un milagro, no puede vivir solo, incluso con la ayuda que le has estado dando. Papá no lo aceptará, y mi corazón se rompe solo de pensar en decírselo. Pero es lo mejor para él.”

Lágrimas calientes llenaron los ojos de Harper. “Ama su hogar. Es donde están todos sus recuerdos especiales.”

“Siempre tendrá esos recuerdos,” dijo su mamá a través de sus propias lágrimas. “Y podemos crear más para él en Polson. Si recupera algo de su movilidad, podemos llevarlo a diferentes lugares de la ciudad. Le encantaría visitar el lago y ver los colores de las hojas en el parque.”

Harper respiró hondo. Vender la casa de su abuelo significaría encontrar un nuevo hogar para ella. No había muchas opciones disponibles, pero eso era lo menos de sus preocupaciones. Su mamá tenía la terrible tarea de romperle el corazón a su papá, pero Harper no dejaría que lo hiciera sola.

“Iré contigo cuando le digas al abuelo sobre su casa,” le dijo Harper a su mamá. “No necesitas hacerlo sola.”

“Tienes suficientes cosas pasando en tu vida, cariño.”

Harper negó con la cabeza. “Nada es más importante que ayudarte. Además, una enfermera me dijo que el abuelo está disfrutando pasar tiempo con el equipo de jardinería. Lo llevan en silla de ruedas al invernadero la mayoría de las mañanas para que pueda ver al personal por un rato.”

Carrie frunció el ceño. “Me preguntaba por qué estaba abrigado cuando lo vi esta mañana. Esperemos que eso haga nuestra conversación un poco más fácil.”

Harper esperaba lo mismo. Con el corazón apesadumbrado, pensó en por qué se había mudado de nuevo a Sapphire Bay. Incluso si su abuelo nunca hubiera tenido un derrame cerebral, no habría ido a ningún otro lugar. Había volado al otro lado del país para sanar su corazón, su mente y su espíritu.

Y las decisiones que estaba a punto de tomar podían cambiarlo todo.



OWEN SE PREGUNTÓ si debería haberse quedado en la cama esa mañana. Antes de llegar al trabajo, había dejado caer el salero sobre la encimera de la cocina, derramando sal por todas partes. Ignoró el primer mal presagio y caminó hacia el trabajo, casi tropezando con un gato negro que corría frente a él.

Cuando llegó al estudio, los interruptores de la luz no funcionaban y el horno tampoco.

Después de llamar a Mabel, ella le dijo que había un apagón planeado hasta el mediodía. Con la apertura del estudio en una hora, tenía un tiempo limitado para averiguar cómo sus clientes podían pagar sus compras.

Afortunadamente, Daniella acudió a su rescate con una solución práctica. Con su sitio web capaz de aceptar pedidos en línea, ella le dejaba tomar prestada su computadora portátil, para que cualquiera pudiera comprar lo que quisiera directamente.

Su abuela solía decir que la mala suerte venía de tres en tres, y él ya lo había tenido esa mañana. Por lo tanto, estaba menos preocupado por el resto del día de lo que debería haber estado. Todo había ido bien. Había abierto el estudio a tiempo. Los clientes habían entrado agradecidos cuando muchos de los negocios y restaurantes de Main Street estaban cerrados. Incluso había vendido más artículos que la semana pasada.

Entonces Harper llegó unos minutos antes de que cerrara, y todo se deslizó cuesta abajo rápidamente.

Su conversación había comenzado con normalidad. Le había preguntado cómo había sido su día y había compartido historias sobre lo que había sucedido en el estudio. Luego le había preguntado por la llamada telefónica de su amiga, la posibilidad de que regresara a la ciudad de Nueva York.

Cuando ella no le respondió de inmediato, él no se preocupó. No fue hasta que cerró la puerta del estudio que se dio cuenta de que algo andaba mal. Había una quietud en Harper que parecía fuera de lugar y muy diferente a ella.

“Lo hiciste muy bien hoy”, le dijo. “No es fácil pasar la mitad del día sin electricidad. Daniella dijo que Main Street era como un pueblo fantasma esta mañana.

Owen frunció el ceño. “Al final funcionó. Pero eso no es lo importante en este momento”.

Los hombros de Harper se tensaron.

Probablemente no estaba lista para escuchar lo que él quería decir, pero tenía que hacerle saber cómo se sentía. “No quise aumentar tu estrés al preguntarte sobre Nueva York. Sé que tienes muchas cosas en la cabeza con tu abuelo...”

“No necesitas disculparte”, le dijo Harper. “Sé que estás preocupado por mí, por nosotros. Y lo agradezco. Realmente lo hago”.

“¿Pero?” preguntó él, sintiendo la vacilación en su voz.

“Tuve que pensar detenidamente en la llamada telefónica de Ellie. El personal del Hospital Bellevue es importante para mí. No puedo ignorar lo que necesitan, pero también tengo que hacer lo que es correcto para mí y para las personas que amo”.

Owen esperaba como loco ser una de esas personas. “Entiendo.”

“No sé si lo entiendes” murmuró Harper.

Owen extendió la mano y corrió un mechón de pelo detrás de la oreja de Harper. “Tal vez no del todo, pero quiero hacerlo. Quiero entender por lo que estás pasando”.

Le cogió la mano y se la llevó a la mejilla, dejando que el calor de la palma de su mano le calentara la cara. “Anoche, mamá me dijo que venderá la casa del abuelo. Hablamos con él esta mañana antes de regresar a Sapphire Bay. Está devastado”.

Sus ojos se llenaron de lágrimas y Owen la atrajo hacia sus brazos. “Lo siento. Eso debe haber sido duro”.

Harper asintió. “Lo fue. Espero que se dé cuenta de que mamá no tiene otra opción. Dos agentes inmobiliarios vendrán a ver su casa la próxima semana. Después de eso, la pondremos en el mercado”.

El corazón de Owen latía con fuerza. “¿Y Nueva York?”

La mirada de Harper se cruzó con la suya. “Fui a Nueva York porque pensé que era mejor que Montana. Pero vivir aquí con mi abuelo me enseñó algo importante. No necesito trabajar en una gran ciudad para ser feliz. El amor y el respeto que todos tienen entre sí en Sapphire Bay es más importante que cualquier avance profesional o experiencia que pueda obtener en otro lugar”. Tocó el costado de la cara de Owen. “Hablé con Ellie y le dije que no volvería a Nueva York”.

Owen la acercó más, envolviéndola en un abrazo que pretendía ser tan reconfortante para él como para ella. “Me alegro de que te quedes.”

Harper levantó la cabeza de su pecho y sonrió. “Yo también. Pero no te sorprendas si te arrastro para que mires un alojamiento de alquiler. Es posible que pronto me quede sin hogar”.

“Nunca te quedarás sin hogar mientras yo esté aquí. Hay un sofá cama extraíble en la sala de estar que sería perfecto para ti”.

Harper se relajó contra su pecho. “Es la mejor oferta que he tenido en toda la semana”.

CAPÍTULO 23



Tres semanas después, Harper estaba sentada junto a su abuelo en un banco del parque, alimentando a los patos. Rex, el perrito de Steve, estaba sentado en las rodillas de su abuelo, disfrutando del espectáculo frente a ellos.

Si no fuera porque Steve necesitaba encontrar a alguien que cuidara de Rex durante todo un día, Harper nunca lo hubiera llevado a Polson. Su excursión al centro de rehabilitación de su abuelo fue un éxito rotundo, y ella la había repetido dos veces por semana durante las últimas semanas.

“Menos mal que atamos la correa de Rex a tu silla de ruedas, abuelo. De lo contrario, estaría ahuyentando a todos los patos”.

La mano de Benjamin se levantó torpemente mientras le daba unas palmaditas en la espalda. “Buen perro” alcanzó a decir con un brillo en los ojos.

Harper se echó a reír. “A Rex le encanta venir a visitarte. Cree que es el rey del mundo cuando está sentado en tu regazo”.

Como si entendiera lo que estaba diciendo, Rex se apoyó en el pecho de su abuelo. Cuando su boquita se convirtió en lo que parecía una sonrisa, ella se echó a reír. “No querrá volver a casa”.

Su abuelo se limpió el goteo de un lado de la boca. “Quédate conmigo”.

Harper negó con la cabeza. “Me meterás en problemas. Steve no se impresionará si secuestramos a Rex, pero sé a lo que te refieres. Es adorable”.

Rompió un pedazo de pan en pedacitos y se lo arrojó a los patos. Harper todavía estaba sorprendida por la diferencia que Rex había hecho en la recuperación de su abuelo. En lo que respecta a Benjamín y su amiguito, fue amor a primera vista. Rex siempre se sentaba en silencio cuando estaba con su abuelo, y cuanto más cerca, mejor.

A Rex no le importaban los cuidadosos intentos del abuelo de acariciarlo, o la forma en que ocasionalmente lo golpeaba si sus músculos no estaban haciendo lo que se suponía que debían hacer. Desde que comenzó a llevar a Rex a Polson, la fisioterapeuta había notado una gran mejora en la motivación de su abuelo, e incluso la terapeuta del habla vio cuánto impacto estaba teniendo Rex, especialmente cuando su abuelo lo presentó a los otros residentes del centro.

Para Harper y su madre, esa fue la mayor recompensa. Benjamin estaba haciendo amigos, formando su propia red de apoyo con personas que entendían por lo que estaba pasando.

Las visitas con Rex fueron tan exitosas que el centro de rehabilitación estaba armando un programa que incluía visitas regulares de perros pequeños como Rex.

Su abuelo le tocó el brazo. “Lee la carta” dijo mientras sus ojos se dirigían hacia el bolsillo donde ella la había dejado.

Harper no sabía lo que contenía, pero su abuelo se aseguró de que la enfermera se la diera antes de que salieran del centro. Después de abrir el sobre, los ojos de Harper se abrieron de par en par. “Esta es una carta larga. Debí de llevar años decirle a la enfermera lo que tenía que escribir.

Benjamín la miró solemnemente y asintió.

“Está bien, abuelo. Ahí va”. Harper se aclaró la garganta.

“Mi queridísima Harper:

Mientras te dicto esta carta con la amable ayuda de una enfermera, mi corazón está a la vez pesado y ligero. Pesado, porque el tiempo se me escapa, pero aligerado por el amor y el orgullo que siento cuando pienso en ti”.

Los ojos de Harper se llenaron de lágrimas. “Eso es tan dulce. Yo también te amo, abuelo”. Con los ojos llenos de emoción, Benjamín señaló la carta. Ella sonrió ante su determinación. Después de limpiarse los ojos, leyó el siguiente párrafo.

“Te has convertido en una mujer extraordinaria, Harper. Eres fuerte y compasiva, viviendo tu vida con las mejores cualidades que podríamos esperar. A medida que te he visto superar los desafíos que la vida te ha presentado, mi orgullo por ti solo se ha profundizado”.

Harper rebuscó en sus bolsillos un pañuelo de papel. “Ahora me estás haciendo llorar aún más, abuelo” susurró.

“Mi sol” dijo Benjamín lentamente.

Se sonó la nariz y besó la mejilla de su abuelo. Dios sabe cómo pasaría el resto de la carta, pero haría lo mejor que pudiera. Al pasar el dedo por encima del texto, encontró dónde estaba leyendo.

“Quiero extenderte una oferta, una que espero que te ayude tanto como me tranquilice”.

Harper miró a su abuelo y frunció el ceño. “No lo entiendo.”

“Sigue leyendo”, le dijo Benjamin.

Cuando Harper vio las siguientes palabras, tuvo que hacer una pausa para no temblar.

“Mi querida niña, quiero que te conviertas en la dueña de mi casa. Es un lugar que ha protegido a nuestra familia, ha sido testigo de nuestras alegrías y nos ha cobijado mientras llorábamos en el dolor.

En lugar de vender la casa por su valor de mercado, quiero que me la compres por lo suficiente para cubrir mi cuidado en Polson. Con los ahorros adicionales que tengo, debería quitarle cualquier carga financiera a tu mamá y darte una casa sin una hipoteca grande”.

Harper miró a su abuelo. “Aprecio lo que estás haciendo, pero, si alguien debería comprar tu casa, es mamá”.

Benjamín miró fijamente la carta.

Suspiró y siguió leyendo.

“Me estoy haciendo mayor, cariño. Quiero estar aquí por muchos años, pero la realidad significa que debo planificar para un momento en el que no esté aquí. La casa es más que una estructura de madera; Es un legado de la historia de nuestra familia y de mi inquebrantable creencia en su futuro.

Tómate tu tiempo para considerar esta oferta. Me he asegurado de que tu madre esté cuidada en mi testamento, pero discútelo con ella, con Owen y con aquellos que tienen en alta estima tu bienestar. Cualquiera que sea la decisión que tomes será la correcta, porque se hará con el amor y la fuerza que son la esencia misma de lo que eres.

Estoy aquí para ti, todo el tiempo que pueda, con todo el amor que tengo.

Tu amado abuelo, Benjamin”.

Harper abrazó a su abuelo. Rex soltó un suave gemido y ella retrocedió, preocupada de haberlo aplastado. “Oh, abuelo. Fue una carta preciosa y una oferta generosa”.

Con lágrimas en los ojos, Benjamín se llevó la mano al corazón. “Me haces sentir orgulloso”.

Sus palabras en voz baja conmovieron profundamente a Harper. En lugar de decir nada, sacó un puñado de pañuelos limpios de su bolsillo y ayudó a su abuelo a sonarse la nariz. “Pensaré en la casa”, le dijo.

Benjamin la miró a los ojos. “No tengas miedo”.

“No lo haré”, le dijo ella. Y lo decía en serio, pero la decisión no era suya sola. Necesitaba hablar con su madre y asegurarse de que estaba contenta con lo que había en la carta. Si no lo estaba, encontrarían otra forma de darle a su abuelo lo que quería.

Harper dobló la hoja de papel y la volvió a meter en el sobre. Si eso significaba que alquilaría una casa en otro lugar de Sapphire Bay, estaba bien para ella.



OWEN SE ARRODILLÓ en el suelo de madera junto a Harper, doblando una vieja colcha que había hecho su abuela. El aire dentro del ático estaba cargado de motas de polvo y nostalgia, y cada artículo que guardaban contaba historias increíbles del pasado.

Después de mucha discusión, Carrie le había dicho a Harper que debía aceptar el regalo de Benjamin de su casa. Había argumentado que haría feliz al abuelo de Harper, y eso era todo lo que siempre había querido.

“¿Dónde quieres la colcha?” preguntó Owen a Harper.

Señaló cuatro cajas grandes frente a las escaleras. “En la caja etiquetada como 'Reliquias familiares'. Si no hay suficiente espacio, puedes empezar una nueva”.

Habían estado trabajando constantemente en la casa. Cada habitación era un tesoro de recuerdos, cada cajón guardaba secretos que esperaban ser redescubiertos. Mientras Owen colocaba cuidadosamente la colcha en la caja, pensó en la persona que la había cosido muchos años atrás.

“Mira esto” dijo Harper, con una voz que mezclaba sorpresa y reverencia. Mostró una fotografía en blanco y negro de una pareja joven. “Son mis abuelos el día de su boda. Se ven tan felices y llenos de esperanza”. Las lágrimas brotaron de sus ojos mientras trazaba el contorno del rostro de su abuela.

Owen se puso de pie y se acercó, rodeándola con un brazo. “Se ven tan enamorados”, dijo, mirando por encima del hombro de ella la fotografía.

“Lo estaban” respondió Harper, con voz firme a pesar de las lágrimas. “Tuvieron una vida tan hermosa juntos”. Con cuidado, añadió la foto a otras que habían encontrado y pasó a la siguiente caja de recuerdos familiares.

Mientras revisaban baúles de ropa vieja y cajas de juguetes olvidados, encontraron otras fotos, cartas atadas con cintas, postales de vacaciones y las medallas de guerra de su bisabuelo. Cada artículo era una pieza del rompecabezas que era la herencia de Harper.

“No sabía que el abuelo guardaba todo esto” murmuró Harper, sosteniendo una medalla a la luz. “Nunca habla de lo que hizo su padre durante la guerra”.

Owen miró la pesada medalla. “La gente guarda los recuerdos escondidos por todo tipo de razones. A veces son demasiado dolorosos para sacarlos a la luz”.

Continuaron trabajando en silencio, ordenando más pedazos de la vida de su abuelos. Owen lo encontró con los pies en la tierra. Lo conectó con Harper, con la historia de su familia, y profundizó el vínculo que se había formado entre ellos.

Carrie, que había estado trabajando en otra parte de la casa, se unió a ellos en el ático. “Los encontré en el fondo del armario de ropa blanca”, dijo, mostrándoles una pequeña caja. “Fueron regalos que me hizo tu padre, Harper. Creo que es hora de que vuelvan a estar en el mundo, no escondidos”.

La caja contenía piezas sencillas de joyería. Un medallón, un brazalete con bonitos dijes y un par de delicados pendientes. Harper sostenía cada pieza con una tierna curiosidad. “¿Por qué estaban en el armario de la ropa blanca?”

Carrie respiró hondo, su mirada se detuvo en los artículos con una mezcla de cariño y arrepentimiento. “Después de que tu padre y yo nos separamos, me sentí mal al usarlos”, explicó, su voz traicionando sus recuerdos agridulces. “Representaban una época llena de sueños de lo que pensábamos que sería nuestra vida juntos. Cuando las cosas se desmoronaron, las joyas se convirtieron en un recordatorio de lo que perdimos”.

Ella pasó los dedos sobre el relicario, cuya superficie estaba opacada por el tiempo. “No podía soportar deshacerme de ellos, pero tampoco podía mantenerlos cerca. Así que se los di a tu abuela para que los cuidara, esperando que algún día, quisiera volver a usarlos”.

Harper miró a su madre. “¿Y crees que es el momento ahora?”

Carrie negó con la cabeza. “No para mí. ¿Te gustaría tenerlos? O tal vez, cuando estés lista, podrías dárselos a alguien especial.”

Harper recogió el relicario, su pulgar rozando la inscripción. “Creo que los usaré. Son hermosos.”

La decisión pareció levantar un peso de los hombros de Carrie. Cuando sonrió, había gratitud y quizás un toque de disculpa por lo que su divorcio había significado para su hija.

Después de que Harper abrochó el relicario alrededor de su cuello, tocó el brazo de su mamá. “¿Te importaría si busco a papá otra vez?”

Carrie no pareció sorprendida por la pregunta. “No pudimos encontrarlo la última vez que buscamos.”

“Ahora hay muchas más bases de datos. Papá no puede haber desaparecido de la faz de la tierra. Tiene que estar en algún lugar.”

Owen aclaró su garganta. “Podría ayudar. Regularmente teníamos que encontrar personas desaparecidas en Detroit. La mayoría de los recursos que usábamos son accesibles al público; solo hay que saber dónde buscar.”

Harper miró expectante a su madre. “¿Qué piensas?”

Carrie abrazó a su hija. “Creo que deberías seguir tu corazón. Si eso significa que busquemos a tu papá otra vez, entonces está bien para mí.”

Mientras se movían a la última área del ático, Owen les contó a Harper y a su madre sobre algunas de las bases de datos que había usado y las personas desaparecidas que habían reunido con sus familiares y amigos.

Mientras respondía sus preguntas, se dio cuenta de cuánto había logrado. Cuántas vidas había mejorado simplemente haciendo su trabajo.

Y, por primera vez en mucho tiempo, se sintió orgulloso de lo que había hecho.

CAPÍTULO 24



Una semana después, Harper estaba frente a la chimenea encendida en la casa de su abuelo y le entregó a Owen un paquete envuelto para regalo. “Esto es para ti.” Cuando él apretó cuidadosamente el papel, ella sonrió. “No te preocupes. No muerde.”

Él sostuvo el regalo cerca de su oído y lo sacudió. “Tampoco suena.”

Harper suspiró. “No hace ningún ruido, pero huele bien.” Disfrutaba viendo la emoción en el rostro de Owen, la anticipación de lo que había dentro del regalo inesperado. Solo deseaba que lo abriera.

Con movimientos lentos y cuidadosos, deshizo la cinta y quitó la cinta adhesiva. “Puedo sentir tu impaciencia desde aquí,” bromeó, sus ojos brillando con diversión.

Harper puso los ojos en blanco, pero no pudo evitar la sonrisa que apareció en su rostro. “Solo ábrelo, Owen.”

Finalmente, desplegó el papel para revelar el suéter que ella había estado tejiendo. Era de un azul profundo y rico que combinaba con sus ojos, con intrincados patrones de cables a lo largo de los brazos y el pecho. El hilo era suave pero resistente, pensado para soportar el frío del invierno.

La expresión de Owen se suavizó mientras sostenía el suéter. “Esto es increíble. ¿Lo hiciste tú?”

“Sí. Quería darte algo especial.” Una calidez se extendió por el pecho de Harper ante su genuina apreciación. “Algo que puedas usar y pensar en mí.”

Él se puso el suéter por la cabeza, y se ajustó perfectamente a sus hombros. Girando en círculo, sonrió. “¿Cómo me veo?”

“Como si hubieras nacido para usarlo,” dijo Harper, su corazón hinchado de orgullo y afecto. Owen lucía apuesto y perfecto, como si el suéter siempre le hubiera pertenecido.

Él se acercó, envolviéndola en un abrazo suave, la lana entre ellos. “Gracias. Se siente como un abrazo cálido de ti.”

“Hice cada punto con amor,” susurró Harper, recostándose en su abrazo. “Mientras lo tejía, pensaba en cuánto significas para mí, cómo me has apoyado en todo con el abuelo y en mis decisiones sobre mi carrera.”

Retrocediendo ligeramente, Owen la miró, sus ojos reflejando la profunda conexión emocional que sentía por él. “Cada vez que lo use, pensaré en ti y en este momento. Es perfecto, Harper. Como tú.”

Se quedaron allí por un momento, la habitación en silencio excepto por el suave crepitar de las llamas en la chimenea, dejando que el peso del regalo y sus palabras se asentara a su alrededor.

Durante la última semana, habían revisado el resto de la casa de su abuelo y guardado la mayoría de las cosas que habían encontrado. Los objetos que su abuelo no quería habían sido donados al Centro de Bienvenida para que otras personas los disfrutaran.

Había sido un tiempo emocionalmente agotador, pero, a través de todo, ella había encontrado las respuestas a muchas preguntas sobre su familia. Con la ayuda de Owen, habían comenzado a buscar a su padre. Hasta ahora, no habían encontrado ninguna pista sobre dónde había ido, pero ella no estaba dispuesta a rendirse.

Su padre tenía que estar en algún lugar y, esta vez, Harper estaba decidida a encontrarlo.



OWEN MIRÓ FIJAMENTE la pantalla de la computadora, sin poder creer lo que veía. Después de revisar muchos recursos en línea, podría haber encontrado alguna información sobre el padre de Harper.

Las pistas digitales lo habían llevado a un archivo en línea de artículos de periódicos antiguos de un pequeño pueblo no muy lejos de Sapphire Bay. Allí, en blanco y negro, había un artículo que presentaba a un hombre con el mismo apellido que el padre de Harper en un proyecto comunitario a principios de los años 2000. La fotografía era borrosa, pero el parecido con Harper era inconfundible.

“Harper, hay algo que necesito mostrarte,” comenzó, su voz más seria de lo que pretendía.

Ella levantó la vista de su portátil. “¿Has encontrado algo sobre papá?”

“He encontrado un artículo de periódico. Una persona que el periodista entrevistó podría ser él.” Owen la observó cuidadosamente, listo para retroceder si veía alguna señal de angustia.

Harper se movió alrededor de la mesa y se inclinó más cerca de la pantalla de la computadora. Sus ojos trazaron las líneas de texto mientras Owen recorría el artículo.

“No puedo creer que hayas encontrado esto,” murmuró mientras miraba a Owen.

Él respiró aliviado cuando lo único que vio en su expresión fue emoción. “Parece que estamos acercándonos.”

“Sí.” La mirada de Harper volvió a la pantalla y señaló otro enlace. “¿Qué pasa con ese? Parece que podría tener más artículos de la misma época.”

Owen hizo clic en el enlace, y apareció otra página con un archivo de artículos de periódicos antiguos. Escaneó los titulares, deteniéndose en uno que parecía prometedor. “Este menciona un evento comunitario similar.”

Leían el artículo juntos, con cada línea ofreciendo un vistazo al pasado, cada párrafo una posible pista sobre lo que había sucedido con su padre. El artículo no lo mencionaba por su nombre, pero destacaba el mismo proyecto comunitario que se mencionaba en el otro artículo.

“Mamá me dijo que papá se ofrecía como voluntario con un grupo que repartía paquetes de alimentos cada semana,” dijo Harper, su voz teñida de optimismo cauteloso. “Este es exactamente el tipo de proyecto que él disfrutaría.”

Los ojos de Owen se abrieron. “Vamos a investigar más. Tal vez podamos contactar a las personas que organizaron el proyecto. Podrían incluso recordar algo sobre él.”

Harper asintió. “Esa es una gran idea.” Sacó una silla y se sentó a su lado. “¿Sabes lo que esto significa, verdad?”

Owen asintió. “Si es tu papá, vivió a solo unos pocos kilómetros de ti hasta que fuiste a la universidad.”

Ella apoyó los brazos en la mesa. “Lo extrañé tanto. ¿Por qué no querría verme?”

“No lo sé,” dijo Owen. “A veces, no se trata de lo que queremos, sino de lo que creemos que es mejor, aunque no lo sea. Tal vez él pensó que mantenerse alejado era mejor para ti.”

Harper frunció el ceño. “Eso es lo que no entiendo. ¿Cómo podría ser mejor para mí no pasar tiempo con él?”

“No tengo idea,” respondió Owen con suavidad. “Pero preguntarle a tu papá, incluso si la respuesta no es la que quieres escuchar, podría ayudarte.”

Ella miró hacia abajo, sus dedos trazando el borde de la mesa. “Tienes razón. Solo desearía que no doliera tanto.”

Owen la abrazó con ternura. “Sea lo que sea que encontremos, estoy aquí para ti. ¿Quieres que envíe un correo electrónico a los organizadores mencionados en el artículo?”

Harper asintió. “Pregúntales si podemos concertar una reunión. Podría llevar algunas fotos que mamá guardó.”

Mientras escribía, Owen esperaba que estuvieran desentrañando los hilos del pasado de Harper. Cada pieza que descubrían la acercaba más a comprender las decisiones que su padre había tomado y, quizás, a sanar las heridas que él había dejado.

CAPÍTULO 25



Harper estaba de pie en el borde del estacionamiento junto al lago Flathead, sosteniendo una foto en sus manos. Era una de las últimas imágenes que tenía de su padre. Ella y su padre estaban donde ella estaba ahora, disfrutando del sol después de pasar tiempo en el popular mercado de los sábados de Sapphire Bay. Con conos de helado en sus manos y amplias sonrisas en sus rostros, no había indicio del caos que estaba a punto de poner patas arriba la vida de todos.

Owen puso una mano reconfortante en su cintura. “¿Cómo te sientes?”

Harper tragó el nudo en su garganta. “Con el estómago revuelto. ¿Y si no llega? Podría haber cambiado de opinión.”

Owen apretó su cintura. “Estaba contento de que lo encontráramos. Me sorprendería que no viniera.”

Ella esperaba que Owen tuviera razón. Habían conocido a los hombres a cargo del proyecto comunitario mencionado en el artículo que Owen encontró. Después de un suave empujón, habían reconocido a su papá. Él los había ayudado a aislar casas frías y húmedas y a cortar leña para una recaudación de fondos anual.

Para ellos, era un buen hombre que quería marcar la diferencia en la vida de otras personas. Después de dejar Sapphire Bay, Eric se mudó a Finley Point y se quedó allí durante cinco años. Había trabajado como empleado de una tienda de suministros agrícolas y llevado una vida humilde.

Eso era tan diferente de la descripción que su mamá había dado de él que Harper estaba confundida.

Habían hecho más investigaciones y llamado a algunos favores de los amigos de Owen en la policía. Unos días después, habían encontrado al papá de Harper. Después de dejar Finley Point, se mudó a Omaha, Nebraska. Durante los últimos ocho años, había sido un educador al aire libre para adolescentes que se encontraban del lado equivocado de la ley.

El suave crujido de la grava anunció la llegada de un vehículo al estacionamiento. Harper contuvo la respiración cuando un coche se detuvo y un hombre salió. Incluso desde donde estaba, reconoció a su papá. Tenía el mismo cabello oscuro, ahora con mechones grises, y ojos azules que parecían brillar incluso en la luz menguante.

Eric caminó hacia ellos, sus pasos vacilantes.

A medida que se acercaba, Harper pudo ver las profundas líneas de arrepentimiento grabadas en su rostro. Sin decir una palabra, él abrió los brazos e, impulsada por años de anhelo y confusión, ella se adentró en su abrazo. Sus brazos la envolvieron con fuerza, y ella sintió el temblor en su agarre.

“Lo siento mucho, Harper”, susurró Eric, su voz llena de emoción. “Debería haber estado allí para ti. Nunca dejé de pensar en ti.”

Harper se apartó, demasiado abrumada para decir algo.

Owen tocó su brazo y luego extendió la mano hacia Eric. “Soy Owen, señor Wilson. Es un placer conocerlo.”

Eric estrechó la mano de Owen. “Gracias por ayudar a Harper a encontrarme. He querido verla durante mucho tiempo, pero no sabía dónde se había ido después de dejar Polson.”

Los ojos de Harper se agrandaron. “¿Sabías que mamá y yo nos mudamos a Polson?”

Eric asintió. “Te observé, Harper. Cada partido de fútbol, cada competencia de atletismo. Estuve allí en la línea de banda, deseando que todo pudiera haber sido diferente.”

Lágrimas calientes llenaron los ojos de Harper. Durante años, había querido que su papá fuera parte de su vida. Si hubiera sabido que él estaba allí, que aún la amaba, todo habría sido mucho más fácil.

“Me sentí tan sola cuando tú y mamá se divorciaron”, murmuró.

“Lo sé, y lo siento”, respondió Eric, sus propios ojos brillando con lágrimas. “Pensé que mantenerme alejado te protegía de mis fracasos, pero estaba equivocado. Debería haberme quedado y arreglado las cosas contigo y tu mamá.”

Harper respiró hondo, dejando que la honestidad de sus palabras calara en ella. “Te necesitaba”, dijo suavemente.

“Lo sé, cariño. Y te fallé. Pero estoy aquí ahora, si me aceptas. Quiero ser parte de tu vida, en la forma que sea.”

Owen le apretó suavemente el hombro, recordándole el apoyo que ahora la rodeaba.

Miró de un hombre al otro, la ausencia pasada de su padre chocando con la presencia constante de Owen. Eran tan diferentes que era difícil imaginar a su papá alguna vez estando allí para su mamá o amándola como todos merecen ser amados.

Pero quería conocer al hombre que se parecía tanto a ella. No podían retroceder y reemplazar los años en los que él no estuvo allí, pero tal vez podían conocerse como adultos y crear un tipo diferente de relación.

Lentamente, asintió. “Me gustaría que seas parte de mi vida también. Podemos ir día a día.”

Mientras las lágrimas corrían por su rostro, Eric dijo, “Gracias, Harper. Eso es todo lo que puedo pedir.”

Los tres se quedaron junto al lago, el atardecer pintando el cielo con trazos de rosa y naranja, simbolizando un final, pero también un nuevo comienzo. Con Owen a su lado y su padre ahora de vuelta en su vida, Harper sintió una cautelosa esperanza para el futuro.

CAPÍTULO 26



Dos meses después...

OWEN CAMINABA de un lado a otro en su cabaña, con sus pasos amortiguados por el rústico suelo de madera. Con los nervios enredados dentro de él, el pequeño espacio parecía cerrarse a su alrededor.

Steve estaba sentado en el borde del sofá, sosteniendo un papel que delineaba el plan para el día. “Bien, entonces mencionarás casualmente que es un buen día para caminar y te dirigirás al lago, a pesar de lo frío que está. Yo estaré delante de ti con la botella, listo para colocarla en el agua unos minutos antes de que llegues.” Steve miró a Owen para captar su reacción.

Owen dejó de caminar y se pasó una mano por el cabello. “¿Y si el viento se levanta y se la lleva antes de que ella pueda leer lo que hay dentro? O peor, ¿y si se hunde?”

Steve se rió, tratando de aligerar el ambiente. “Es un mensaje en una botella, no el Titanic. La sellaste bien y tiene el peso justo para flotar. Además, no estaré muy lejos. Si se aleja por el lago, la recogeré cuando me alcance. Todo se trata del timing.”

Owen asintió, aunque su estómago se revolvía de ansiedad. “¿Y si dice que no?” preguntó, las palabras colgando pesadamente en el aire.

“Vamos, Owen. Ustedes están geniales juntos. Harper te ama. No dirá que no,” le aseguró Steve, dándole una palmada en la espalda. “Simplemente habla desde tu corazón. Dile lo que significa para ti.”

Respirando hondo, Owen trató de absorber la confianza de su amigo. “Solo quiero que sea perfecto.”

“Has planificado todo hasta el último minuto, Owen. Va a ser especial. Solo concéntrate en el momento y en ella,” le dijo Steve, echando otro vistazo a las instrucciones.

Owen miró por la ventana al cielo gris. El viento sacudía las ramas desnudas de los árboles, enviándole un escalofrío por la columna. Se imaginó a él y a Harper caminando junto al agua, el frío haciendo visible su aliento en el aire, el telón de fondo perfecto para un momento que esperaba recordaran para siempre.

“Está bien, repasémoslo una vez más,” dijo Owen, con la voz más firme. “¿Estás seguro del lugar?”

“Absolutamente,” confirmó Steve. “Está lo suficientemente resguardado del viento y te da un gran telón de fondo para la propuesta. Además, no está muy lejos de The Lakeside Inn.”

Owen respiró hondo. “¿Y estás seguro de que nadie le ha dicho nada a Harper?”

“Totalmente,” confirmó Steve. “Daniella me prometió que todos tienen la boca cerrada. Están tomando café y pastel en la posada, esperando tu señal para unirse a ustedes en el lago.” Miró su reloj. “Tal vez deberías enviarle un mensaje a Harper para asegurarte de que salió de la clínica.”

Owen sacó su teléfono del bolsillo. Estaba tan nervioso que casi lo deja caer. Con manos temblorosas, le envió un mensaje rápido y esperó su respuesta.

Cuando su teléfono emitió un sonido, leyó el mensaje. “Ella está en camino. Vamos.” Tomando su chaqueta, salió de la sala de estar.

Steve carraspeó. “Estás olvidando lo primero en tu lista.” Y con una sonrisa, tomó una pequeña caja de terciopelo del escritorio y se la entregó a Owen. “Todo estará bien. Solo recuerda respirar.”



HARPER APARCÓ su bicicleta junto al parque infantil y se quitó el casco. Miró las aguas agitadas del Lago Flathead y se preguntó por qué Owen quería ir a dar un paseo. Le gustaba pasar tiempo al aire libre, especialmente cuando el aire era fresco y revitalizante, pero hacía un poco de frío, incluso para ella.

Mientras esperaba a Owen, pensó en los últimos dos meses. Había pasado tanto que a veces le costaba recordar su vida antes de regresar a Sapphire Bay.

Este era casi el mismo lugar donde había conocido a su papá. Al día siguiente, su mamá se había unido a ellos para almorzar y, el fin de semana siguiente, habían ido a ver a su abuelo.

A Benjamin no le alegró ver a su papá, pero tampoco lo ignoró. Cuando Eric se disculpó, su abuelo estaba dispuesto al menos a escuchar por qué se había alejado de ellos.

Fue una reunión agridulce para todos, pero algo que Harper se alegraba de haber hecho.

Miró su reloj y buscó a Owen. Llegaba tarde, lo cual era inusual en él. El viento frío no ayudaba a calmar el creciente nudo de ansiedad en su estómago. Ajustó su chaqueta y caminó cerca de la orilla, escaneando con la vista el camino que descendía desde la calle.

Finalmente, Owen apareció, caminando rápidamente hacia ella. A medida que se acercaba, Harper vio las líneas de tensión alrededor de sus ojos profundizarse con cada paso.

“Hola,” dijo él, forzando una sonrisa al acercarse. “Lo siento por llegar tarde. Me retrasé en el estudio.”

Harper le devolvió la sonrisa, aunque estaba preocupada. “Está bien. Estaba disfrutando del paisaje.” Señaló hacia el lago, tratando de aligerar el ambiente. “Está hermoso hoy, ¿no?”

Owen asintió y le tomó la mano. “¿Estás lo suficientemente abrigada?”

Ella apretó sus dedos. “Si me da demasiado frío, tal vez tengamos que echar a correr.”

Por un momento, una expresión de pánico cruzó el rostro de Owen. Luego respiró hondo y le dirigió otra sonrisa tensa. “¿O podría abrazarte fuerte y no soltarte nunca?”

“Eso suena mucho mejor.” Mientras comenzaban a caminar por el sendero, la grava crujía bajo sus pies. Harper le contó sobre su día en la clínica. Hace un mes, había comenzado a trabajar como enfermera. Asumir algunas de las tareas rutinarias del trabajo de Zac estaba ayudando a todos. Sus pacientes no tenían que esperar tanto, y Zac podía dedicar más tiempo a las personas que tenían problemas más complejos.

Owen hizo los ruidos adecuados en los momentos adecuados, pero sus respuestas eran mecánicas, como si tuviera otra cosa en mente.

“¿Está todo bien contigo, Owen?” Ella dejó de caminar y se enfrentó a él, esperando poder

ayudar con lo que fuera que le preocupara.

Owen dudó, sus ojos recorriendo la orilla como si buscara algo. “Yo... Uh. Tengo muchas cosas en la cabeza,” murmuró.

Ella lo miró de cerca. “¿Estás buscando más gemas para tus cuencos?”

Él frunció el ceño, como si estuviera confundido por su pregunta. “No, yo...” Miró hacia el agua y gruñó.

Curiosa, Harper siguió su mirada. Más lejos de la orilla, vio un brillo tenue en el agua. Colocando la mano sobre los ojos, trató de averiguar qué era. “Probablemente sea una botella vieja de un barco pesquero.”

“Regresaré en un minuto.” Owen no esperó su respuesta. Se quitó los zapatos y calcetines, se arremangó los jeans y se metió en el agua fría.

“¿Qué estás haciendo?” le gritó ella. “El agua aún está fría. Te dará hipotermia si estás ahí demasiado tiempo.”

“No está tan mal,” le gritó Owen de vuelta.

Ese hombre estaba loco. Incluso desde allí, podía verlo temblar. Ella se acercó más al agua, observándolo avanzar hacia el objeto brillante.

Momentos después, regresó, sosteniendo una botella de vidrio en la mano. Sus dientes castañeteaban mientras se la entregaba. “Ábrela, por favor,” le pidió con voz temblorosa.

Harper tomó la botella, pero no le prestó mucha atención. “Tenemos que meterte adentro. ¿Qué te hizo meterte en el lago en esta época del año?”

Owen se frotó las manos sobre los brazos. “Abre la botella, Harper. Es importante.”

Ella miró la obstinada inclinación de su mandíbula y supo que no cedería a menos que hiciera lo que él pedía. “¿Estás seguro de que tu TEPT no te está haciendo hacer locuras?”

Cuando él no respondió, ella examinó la botella. “Esta se parece a las botellas que haces en tu estudio.” Frunció el ceño al ver el sello de cera en la parte superior. “Es una de ellas. ¿Qué hace en el lago?”

Owen caminó en su lugar. “Me estoy congelando lentamente, Harper. No te preocupes en por qué está aquí. Solo ábrela.”

Ella murmuró algo sobre hombres obstinados que deberían saberlo mejor antes de abrir el sello. Dentro de la botella había uno de los trozos de papel enrollados que siempre había querido abrir.

Volcando la parte superior de la botella hacia su mano, la golpeó contra su palma para poder deslizar el papel. “Si estás probando qué tan hermética es la botella, es perfecta. El papel está seco y la tinta de la nota no está borrosa en absoluto.”

Su sonrisa desapareció cuando leyó el mensaje. Solo tenía ocho palabras, pero le arrancó lágrimas de los ojos.

Owen tomó la botella de su mano y se arrodilló. “Quiero decir cada palabra. Te amo, Harper. ¿Te casarías conmigo?”

Su corazón dio un vuelco en su pecho. Owen la miraba ansiosamente. Trató de pensar en algo inteligente que decir, pero las palabras se mezclaron en su cerebro. “No... quiero decir...” tartamudeó.

“Está bien,” logró decir él a través de los dientes castañeantes. “Entenderé si piensas que es demasiado pronto. Tenía una lista de cosas que iba a decirte sobre por qué somos perfectos el uno para el otro, pero he olvidado cuáles eran.”

Harper se quitó la chaqueta y la envolvió alrededor de sus hombros. “Eso es porque tus células cerebrales se están congelando. ¿Por qué estaba la botella flotando en el lago?”

“Se suponía que fuera romántico. La botella debía estar cerca de la orilla,” susurró él con los labios que se volvían azules. “Lo tenía todo planeado, hasta lo que dirías después de que te pidiera que te casaras conmigo. Si la botella se desviaba, Steve debía atraparla y traerla de vuelta, pero esto es un desastre total.”

Harper se quitó el gorro de lana y se lo puso a él. “No es un desastre total. Pude abrir una de tus botellas y me pediste que me casara contigo.”

“Pero no quieres casarte conmigo.”

Ella le agarró la mano y lo alejó del borde del agua. “No dije eso. Solo me sorprendí, eso es todo.” Owen dejó de caminar, y ella tiró con más fuerza. “Vamos. Necesitamos meterte adentro.”

“¿Quieres casarte conmigo?” Dada su frialdad, la mirada esperanzada en sus ojos era extrañamente entrañable.

En lugar de responderle, ella suspiró. “¿Qué se suponía que debía decir después de que me pidieras que me casara contigo?”

“Dirías que sí y me besarías apasionadamente.”

Harper sonrió. “Bueno, entonces. No querría arruinar tus planes.” Y antes de que él pudiera responder, ella lo atrajo hacia sí y le dio el beso más grande y lleno de amor que pudo. “¿Cómo estuvo eso?”

Owen cerró los ojos y se tambaleó sobre sus pies. “Guau. Debería darte un mensaje en una botella todos los días.”

Harper se rió. “Sería mucho trabajo.”

Cuando se separaron, el sonido de aplausos y vítores estalló a poca distancia.

Harper frunció el ceño al ver acercarse a una pequeña multitud desde la dirección de The Lakeside Inn. Eran sus familiares y amigos, abrigados con ropa de invierno, sus rostros resplandecientes de felicidad.

Owen gruñó. “Oh, no.”

“¿Esto también era parte del plan?” preguntó Harper.

Él asintió antes de recoger sus zapatos y calcetines. “Creen que nos vamos a casar.”

El ceño de Harper se profundizó. “¿Nos vamos a casar, no?”

La boca de Owen se abrió. “¿Lo haremos?”

Ella estaba confundida. “No quería arruinar tus planes.” Por si Owen lo había olvidado, ella levantó la mano y señaló los puntos más importantes con los dedos. “Decir sí y besar al futuro esposo congelado apasionadamente.”

Las lágrimas llenaron los ojos de Owen. “¿Te casarás conmigo?”

“Sí, sí, y triple sí.” Solo por si acaso, Harper lo besó y sonrió. “Te amo, Owen. Pero si alguna vez vuelves a meterte en el agua en esta época del año, no tendré a quien besar.”

“Prohibido nadar en invierno,” dijo él con una sonrisa. “Tengo algo más para ti.” Con manos que no estaban nada estables, sacó una caja de terciopelo negro de su bolsillo. “El fin de semana pasado, le pregunté a tu papá y a tu abuelo si podía casarme contigo. Tu abuelo quería que tuvieras esto.”

Owen abrió la tapa y se la mostró a Harper. “Es el anillo de compromiso de tu abuela.”

Los ojos de Harper se abrieron de par en par cuando vio el hermoso anillo de estilo antiguo. Sus dedos temblaron al tocar el solitario diamante. “Es hermoso,” susurró, su voz ahogada por la emoción.

Owen le tomó la mano y deslizó el anillo en su dedo. Encajaba perfectamente, como si hubiera sido hecho para ella.

Acercándose más, él dijo, “Prometo hacerte feliz todos los días.”

Las lágrimas brotaron de los ojos de Harper mientras miraba a Owen. No solo veía al hombre que adoraba, sino un futuro lleno de amor y risas. “Sé que lo harás. Y te prometo lo mismo”.

Se abrazaron mientras todos se reunían a su alrededor, felicitándolos por el compromiso que habían hecho el uno con el otro.

Harper miró a su abuelo y sonrió. Estaba sentado en su silla de ruedas, con los ojos empañados por la emoción al presenciar este momento especial.

En silencio, ella le agradeció por el hermoso anillo. Sabía lo mucho que significaba para él. Lo mucho que había cambiado su vida estar casado con su nana. Si ella fuera la mitad de feliz que ellos, su matrimonio sería increíble.

Cuando Owen estornudó, Harper pasó su brazo por el suyo y lo condujo a través de la hierba. “Vamos a empezar nuestro felices para siempre”, susurró.

“Ya lo hemos hecho”. dijo Owen con una tierna sonrisa. “Te amo, Harper.”

“Yo también te amo”.



Gracias por leer La Magia del Sol.

¡Sigue leyendo para disfrutar **de La magia del arco iris**, la historia de Eden y Steve, el tercer libro de la *serie Amor en Anchor Lane*!

¡Compra ahora en AMAZON!
GRATIS en Kindle Unlimited (KU)



***La magia del Arco Iris
Amor en Anchor Lane, Libro 3***

¡A los fanáticos de Pamela Kelley y Robyn Carr les encantará este romance de pueblo pequeño!

EDEN ADORA ENSEÑAR, pero, después de un incidente aterrador, se muda a Sapphire Bay, en busca de un nuevo comienzo y la sensación de seguridad que ha perdido.

RODEADA DE IMPRESIONANTES paisajes y encantadores lugareños, se siente atraída por Steve, un ex soldado que lucha con los inquietantes recuerdos de la guerra, y su adorable cachorro, Rex.

JUNTOS, navegan por el turbulento viaje de la curación, descubriendo que algunas heridas son más profundas de lo que parecen. ¿Podrá su nueva conexión soportar el peso de sus luchas personales? ¿Y Eden y Steve encontrarán la fuerza para reconstruir sus vidas y abrazar un futuro que es mejor de lo que imaginaban?

LA MAGIA DEL ARCO IRIS es el tercer libro de la serie Amor en Anchor Lane y se puede leer fácilmente como un libro independiente. Todas las series de Leeanna están vinculadas. Si encuentras un personaje que te guste, podría estar en otra novela.

CAPITULO 1: LA MAGIA DEL ARCO IRIS



El corazón de Eden latió con fuerza cuando se detuvo en la hermosa casa de la que tanto había oído hablar. Sapphire Bay era todo lo que su amiga, Shelley, había descrito en las charlas largas y a menudo llenas de lágrimas de Eden. Calles tranquilas bordeadas de bonitos jardines, lugareños que se saludan con cálidas sonrisas y el interminable tramo de agua serena que daba nombre a la bahía.

Cuando salió de su coche de alquiler con una de sus maletas, la apretada espiral de tensión en su pecho comenzó a desenrollarse.

Shelley, muy embarazada, ya estaba en la terraza, con una amplia sonrisa en el rostro mientras bajaba las escaleras. “¡Eden!” gritó, con los brazos abiertos.

Eden esbozó una sonrisa tambaleante y se dejó llevar por el abrazo de Shelley. “No puedo creer que realmente esté aquí”.

“Te va a encantar” la tranquilizó Shelley mientras daba un paso atrás, sus manos agarrando las de Eden. “Entra. Vamos a arreglarte”.

Cuando entraron en la sala de estar, el esposo de Shelley, John, se levantó de un sillón. “Estamos muy contentos de que estés aquí, Eden”.

Le dio un abrazo a John. Tenía una manera de hacerte sentir que todo iba a estar bien. Si esa era una habilidad que había aprendido como pastor de la iglesia local o si siempre había sido así, ella no lo sabía.

“Gracias por invitarme”, respondió Eden, su voz más fuerte de lo que sentía.

John asintió y le envió una sonrisa comprensiva. “¿Hay algo más que te gustaría que trajera dentro?”

Eden apretó con más fuerza su maleta. “Hay dos maletas más en el asiento trasero de mi auto de alquiler, pero puedo traerlas adentro más tarde”.

“Déjame ayudarte” dijo John. “Si no lo hago, Shelley lo hará. Y dado que no puede ver por encima de su barriguita, no sería una buena idea”.

Shelley sonrió. “Esa es una de las ventajas de estar embarazada. John está haciendo todo el trabajo pesado. Vamos, Eden. Te llevaré a tu habitación.”

Eden le entregó a John sus llaves. “Gracias. La maleta azul es muy pesada”.

Shelley rodeó con su mano el brazo de Eden mientras la conducía por el pasillo. “Te encantará tu dormitorio. Lo pintamos el verano pasado y siempre me hace sentir feliz”.

A Eden le gustaba ver las extravagantes chucherías en la estrecha mesa del pasillo, las fotografías enmarcadas en las paredes. Todo en la casa de Shelley y John le recordaba cómo debería ser un hogar.

Se detuvo frente a una corona de flores secas que colgaba de un gancho. “Esto es precioso”.

Shelley sonrió. “Mi amiga, Kylie, hizo la corona para John y para mí la Navidad pasada. Es dueña de Blooming Lovely, una floristería en la ciudad. Aquí está tu habitación”.

Eden entró en una habitación pequeña pero soleada, pintada de un alegre tono amarillo. Un jarrón de flores silvestres frescas estaba sobre la mesita de noche, y un acogedor sillón estaba junto a la ventana.

“Es perfecto. El color de la pared me recuerda a los narcisos”. Dejando su maleta junto a la cama, Eden respiró hondo. Había tardado nueve horas en llegar, pero cada minuto que pasaba en los aeropuertos y conducía merecía la pena.

Shelley abrió un cajón y le entregó un juego de toallas. “Pensé que te gustaría esta habitación. Una vez me dijiste que el amarillo era tu color favorito.

“Todavía lo es”, dijo Eden, sintiendo una punzada de nostalgia por tiempos más simples. Se acercó a la ventana y miró hacia afuera, hacia la calle tranquila. No había bocinazos, conductores impacientes o multitudes que se disputaban una posición en las aceras concurridas. Este era el pequeño pueblo de Montana que había cambiado la vida de su amiga y, esperaba Eden, la suya.

“La cena estará lista en una hora” dijo Shelley, con un tono desenfadado, pero con los ojos escrutando el rostro de Eden con preocupación. “¿Por qué no desempacas, te duchas o simplemente descansas?”

Eden asintió, girándose para enfrentar a su amiga. “Gracias por todo, Shelley. Esto significa...” Hizo una pausa, sintiendo un nudo en la garganta. “Significa mucho.”

Shelley la abrazó de nuevo, esta vez con un apretón suave. “Eres mi amiga. Lo superaremos juntas, ya verás.”

Mientras Shelley salía de la habitación, Eden sintió la primera verdadera sensación de paz que la había invadido desde que dejó la Escuela Primaria Campden.

En esta comunidad pequeña y unida, no tendría que preocuparse de que los estudiantes llevaran armas a la escuela, del caos que acabó con la vida de una niña, o del miedo que la mantenía despierta por las noches.

Aquí, en este pequeño santuario, rezaba para poder empezar finalmente a sanar.



STEVE SE LIMPIÓ el sudor de la frente y retrocedió para evaluar la escultura frente a él. Era un enredo de metal y vidrio que de alguna manera capturaba el caos y la belleza de un mar tormentoso.

Llevaba trabajando en esta pieza los últimos tres meses. Finalmente, estaba en la etapa en que se sentía satisfecho con ella.

Quitándose los guantes, los dejó junto a la escultura. Su taller, en el antiguo museo del barco de vapor, estaba lleno de herramientas, varillas de acero y maquinaria pesada. Era uno de los pocos lugares donde podía olvidarse de su pasado y crear arte inolvidable.

La puerta de madera se abrió y su amigo Owen caminó hacia él.

“Hola, Steve. Es bueno verte en tu taller. Pensé que estarías construyendo las casitas,” dijo Owen mientras escudriñaba la habitación.

“He pasado los últimos tres sábados trabajando en ellas. Si no termino este encargo, tendré a un cliente insatisfecho llamándome. ¿No se supone que deberías estar ayudando a tu hermana con los planes de la boda?”

La mirada de Owen se detuvo en la escultura junto a Steve. “Lo hacía, pero necesitaba un descanso. Además, quería ver cómo va tu último proyecto.”

Steve se apartó para darle a Owen una mejor vista. De todos los que conocía, la opinión de Owen era la que más le importaba. Además de ser un buen amigo, había abierto un estudio de vidrio en Sapphire Bay. Sus cuencos, pisapapeles, jarrones y otras piezas eran algunas de las mejores que Steve había visto.

“Se llama *Ferocidad del Océano*,” le dijo Steve a su amigo. “¿Qué piensas?”

“Creo que deberías empezar a exhibir tu trabajo. Es increíble.”

Increíble o no, Steve no estaba dispuesto a mostrar lo que hacía cuando no construía las casitas a nadie aparte de Owen y sus amigos cercanos. Si demasiada gente supiera de las esculturas, alguien se daría cuenta de quién era él.

“Estoy feliz creando algunas esculturas al año para otras personas. Además, es más terapia que arte.”

Owen tocó el borde de una ola de acero inoxidable que se enrollaba, como si estuviera suspendida en el momento antes de estrellarse en el océano. “Si cambias de opinión, hay una galería en Polson que sería perfecta. Su última exposición estaba llena de esculturas que no eran ni de cerca tan buenas como las tuyas.”

Una punzada familiar de ansiedad hizo un nudo en el estómago de Steve ante la idea de que la gente juzgara su trabajo. “Me impresiona que hayas ido a la exposición. Pensé que preferirías ver el trabajo de otros sopladores de vidrio.”

Owen sonrió. “El arte es arte, y tenía curiosidad. Si yo puedo abrir mi estudio al público y exponer mis piezas, tú también puedes. Podría ser bueno para ti”.

Steve se encogió de hombros sin comprometerse, y su mirada volvió a la escultura. “Lo pensaré”.

“¿Por qué no te creo?” dijo Owen con una sonrisa comprensiva. “¿Cuánto tiempo más vas a estar aquí?”

Steve comprobó la hora. Era mucho más tarde de lo que pensaba. “Me iré a casa pronto. ¿Por qué?”

“¿Qué tal si terminamos el día con una carrera? Es el clima perfecto: fresco y con la cantidad justa de luz natural”.

Steve miró las esculturas y herramientas a medio terminar esparcidas por su taller. Salir le haría bien. Podía alejarse de la presión de su último encargo y de las sombras que se colaban en su espacio seguro.

“Muy bien, déjame coger mi equipo” dijo Steve, y su decisión provocó una amplia sonrisa en Owen. “Pero no creas que te voy a dejar ganar. Estaba distraído en nuestra última carrera. Esta vez, planeo vencerte”.

“Últimas palabras famosas”, dijo Owen mientras apagaba el compresor de aire.

Steve se quitó la chaqueta de soldador. “¿Cuándo tienes que volver?”

“Preferiblemente después de que cierren las tiendas en Polson. Daniella amenaza con llevarme a comprar un traje. Sigo diciéndole que no soy yo quien se casa, pero ella no me escucha. Espero que Harrison esté preparado para una vida con una mujer que no acepta un no por respuesta”.

Al cruzar la habitación, Steve sacó su ropa de correr de un casillero. Harrison sabe exactamente lo que está haciendo, y tú también lo sabrás cuando te cases con Harper.”

Owen sonrió. “Estamos pensando en casarnos a mediados de diciembre. En caso de que pienses que puedes escapar de toda la locura que sucede antes de una boda, piénsalo de nuevo. Me gustaría que fueras mi padrino.”

Las cejas de Steve se levantaron. “Me siento honrado, pero ¿por qué yo?”

Owen empezó a estirarse. “Me entiendes mejor que nadie. Además, conoces a Harper casi tan bien como yo. Se siente bien”.

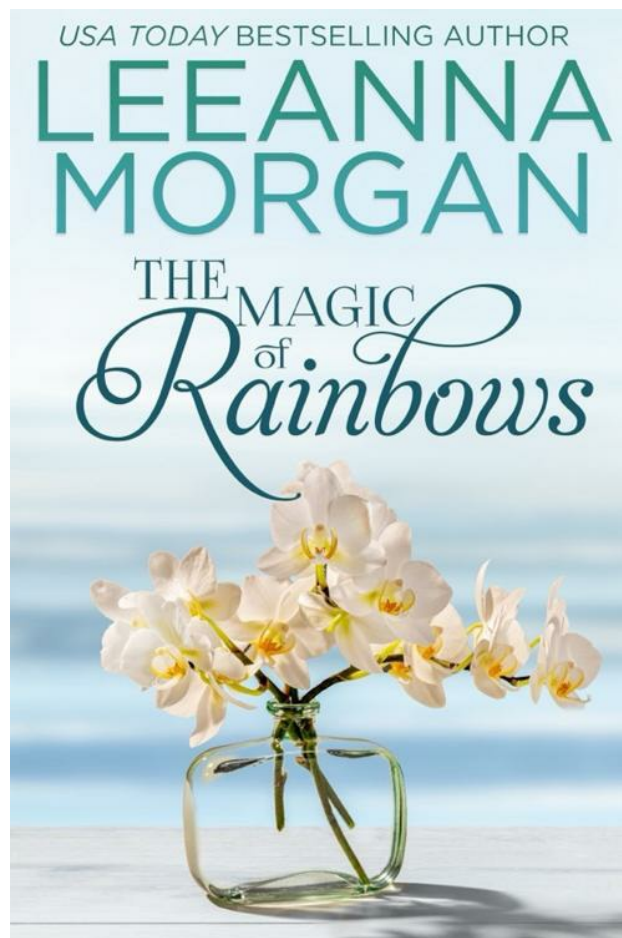
A pesar de que no era bueno con grandes grupos de personas, Steve no podía defraudar a su amigo. “Entonces, ¿cómo puedo negarme? Me encantaría ser tu padrino.”

“Eso es genial”. Owen señaló la bolsa de gimnasia de Steve. “Ahora, date prisa y prepárate. Si no estoy en uno de los senderos en los próximos diez minutos, Daniella me localizará y me llevará de compras”.

Steve no estaba dispuesto a interponerse entre Owen y su hermana. Entonces, se puso su ropa de correr, agarró su botella de agua y se dirigió a la puerta.

Sin dar un paso afuera, su estado de ánimo ya era más ligero. Owen tenía una manera de resolver los problemas de la vida y encontrar lo que realmente importaba; Buenos amigos, paisajes increíbles y la mejor pizza de la ciudad cuando terminaban cada carrera.

¡Compra ahora en AMAZON!
GRATIS en Kindle Unlimited (KU)



La magia del arco iris
Amor en Anchor Lane, Libro 3

GRACIAS



*G*racias por leer *La magia del sol*. ¡Espero que te haya gustado! Si lo hiciste...

1. Ayuda a otras personas a encontrar este libro **[Escribe una reseña](#)**
2. Regístrate en mi **[Correo electrónico de nuevos lanzamientos](#)**, para que puedas enterarte del próximo libro tan pronto como esté disponible.
3. Dale like a mi página de **[Facebook](#)**.
4. Visita mi sitio web: **leeannamorgan.com**

¡Ten un día maravilloso!

Leeanna

DISFRUTA DE MÁS LIBROS DE LEEANNA MORGAN

Las cabañas en Anchor Lane:

- Libro 1: La cabaña de las flores (Paris y Richard)
- Libro 2: El Café de la Luz Estelar (Andrea y David)
- Libro 3: La tienda de colchas acogedoras (Shona y Joseph)
- Libro 4: Una puntada a tiempo (Jackie y Aidan)

Amor en Anchor Lane:

- Libro 1: La magia del verano (Daniella y Harrison)
- Libro 2: La magia del sol (Harper y Owen)
- Libro 3: La magia del arco iris (Emily y Steve)
- Libro 4: La magia de la Navidad (Chloe y Liam)